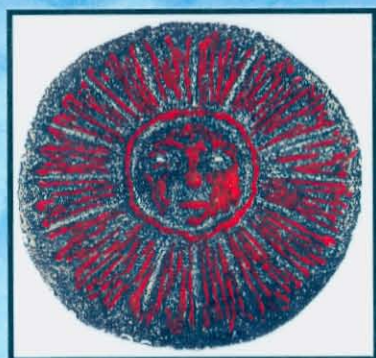


GRUPO DE UR y Otros

LA MAGIA

COMO CIENCIA
DEL ESPÍRITU

TOMO VI



Ediciones



Heracles

GRUPO DE UR

**LA
MAGIA**

COMO CIENCIA DEL ESPÍRITU

Tomo VI

GRUPO DE UR

LA
MAGIA
COMO CIENCIA
DEL ESPÍRITU

TOMO VI



Ediciones Heracles

Hecho el depósito que marca la Ley
Buenos Aires - mayo del 2.000
(Impreso en la Argentina)

© Ediciones Heracles, 2.000

*Ilustración de portada:
Sol de los Indios Comechingones, hallado en la provincia de
Córdoba, Argentina.*

Traducción del italiano: a cargo de Albus

Edición patrocinada por el
Centro de Estudios Evolianos
Casilla de Correo N° 92
CP (1425) Suc. 25 - Buenos Aires
e-mail: evola@pinos.com

*Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, óptico,
de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.*

I

1) EA

ARISTOCRACIA E IDEAL INICIÁTICO

Entre las confusiones más características de los diferentes ambientes “espiritualistas” de hoy en día se encuentra la relativa al desconocimiento del carácter eminentemente aristocrático de todo lo que tiene que ver con la ciencia iniciática.

Desde el punto de vista más exterior, es un absurdo manifiesto que sirve para resaltar el nivel mental de las corrientes espiritualistas, y en especial de las teosofistas actuales, las cuales, mientras que por un lado pretenden ser los que vuelven a anunciar y a valorizar las enseñanzas de la antigua Sabiduría, caen simultáneamente en posturas democráticas y humanitarias, profesando en gran medida el evangelio de la igualdad universal, así como una especie de “servicio social” aplicado a un progresismo y a un evolucionismo afirmados incluso en términos cósmicos. También la antroposofía, aparte de las pretensiones iniciáticas y de una pretendida clarividencia, como consigna para las tareas más inmediatas en aras de la “evolución”, ha indicado el tema cristianizante del amor. Pero donde la contradicción y el absurdo resultan más manifiestos es en la Masonería moderna. Esta organización, a la cual algunos querrían actualmente atribuirle aun aquel carácter iniciático que ya desde hace mucho tiempo la misma ha dejado de tener y que en lo interno se encuentra articulada en un sistema de jerarquías complejo –si bien tan sólo artificial– de grados y de dignidades, es también aquella que desde los orígenes ha hecho suyos los “inmortales principios” de la Revolución Francesa y del liberalismo, presentándose, salvo escasas excepciones, como una especie de religión laica y militante de la democracia mundial.

En contraposición a tales principios debe sostenerse sin medias tintas que los únicos principios que un saber iniciático rectamente comprendido puede fundar y justificar son los de la diferencia, de la autoridad emanada de lo alto, de la jerarquía y de la aristocracia. Desde un punto de vista particular, no hay que olvidar que, si el saber esotérico en sus falsificaciones

encuentra hoy sus cultores en círculos y ambientes que están casi al margen de la cultura, de la vida política y de la ciencia oficial, en cambio en cualquier civilización normal y tradicional tuvo en vez una posición en ~~in~~ *central*, fue herencia y privilegio de castas regias y sacerdotales en posesión legítima del poder supremo y que ejercían una acción formativa y orientativa sobre todas las manifestaciones de la vida de los estratos sociales subordinados. El esoterismo y la condición de adepto son, por definición, lo más antidemocrático que se pueda imaginar.

Pasemos ahora a un segundo punto sobre el cual queremos llevar nuevamente la atención. Al recordar justamente que la ciencia esotérica hizo una sola cosa con un arte regio y un arte sacerdotal, ELIPHAS LEVI con razón preguntó a los que se querían acercar a la misma: ¿Sentís acaso en vosotros una naturaleza de rey, una naturaleza de sacerdotes? Una tal pregunta no quiere para nada desmoralizar. Se trata en cambio de tener ideas claras, por lo menos en lo relativo a una calificación humana elemental – en esta época, en la cual se llega a poner en una misma bolsa al tipo del adepto y al, en muchos casos equívoco, del “ocultista” y de seres que, como los *medium*, los espiritistas, los sensitivos, los pendolistas y semejantes, no arriban ni siquiera a la altura de un hombre sano y normal. Una cierta natural calificación aristocrática, como diferenciación de un tipo humano no sólo normal, sino más bien superior, es, cuanto más, el presupuesto para cualquier tipo de participación en el orden iniciático, que por esto mismo fue, es y siempre será algo restringido a una *élite*.

En correspondencia con ello, aun considerando a quien ha arribado a una cierta realización, existe sí el tipo “hermético”, rosacruz y taoísta del iniciado, cuya verdadera naturaleza no es perceptible y que exteriormente puede confundirse del todo con el hombre común; sin embargo existe también la superior forma de expresión que se concreta en aquello que, en general, fue ya el *aristócrata* y que en su origen estuvo como fundamento del significado espiritual propio de toda nobleza.

La idea de que las aristocracias hayan surgido y se hayan afirmado a través de una “selección natural” de tipo casi darwiniano, es decir, a través del triunfo de los más fuertes, aun fuesen éstos del estilo del “superhombre” nietzscheano, procede de una gran incomprensión e ignorancia. Los orígenes de casi todas las antiguas aristocracias y las de la misma realeza han sido de carácter *sacro*, por ende tales de tener una cierta referencia con el

mismo orden iniciático. En especial en el marco de una tradición heroico-guerrera (T. II, cap. 9) fue esencialmente la aristocracia la que ejerció aquella función mediadora y que presentó aquella actualización de superiores posibilidades humanas, que, en el marco de las tradiciones religioso-sapienciales, se realizó en vez en la figura del sacerdote y del asceta. Por lo demás, aun en el Occidente caballeresco y, en parte, feudal, la nobleza presentó muchas veces esta dimensión interna y espiritual, siendo notoria la existencia de una iniciación caballeresca así como de venas secretas que alimentaron las organizaciones más características de tal espiritualidad. Al respecto, un estudio especial podría distinguir aquello que en la heráldica y en la emblemática de antiguas estirpes nobles se remonta a un efectivo simbolismo esotérico, aun si muchas veces estos elementos subsistieron tan sólo a título de testimonios mudos, pero no por esto menos significativos. De todo ello el mismo Vico tuvo una intuición.

Como orientación podría pues decirse que la aristocracia corresponde en general al modo de ser de una superioridad viril, libre y personalizada. Responde a la exigencia –que en el mundo clásico tuvo expresiones características– de que aquello que vive en lo interno como espiritualidad se testimonie también en una forma, sellándose en un equilibrio de cuerpo, alma y voluntad, en una tradición de honor, de elevada capacidad y de severidad, sea en el gesto como en los mismos detalles de las costumbres – en modo general, en un estilo de pensar, de sentir y de reaccionar. También aquello que, visto desde lo externo, no puede parecer otra cosa que formalismo y preceptos estereotipados, aun cuando la nobleza puede haber también decaído en tales defectos, sin embargo ello se deja remitir a un valor originario de instrumento de una disciplina interior, a un valor casi diríamos de *rito*.

Desde el aspecto interno es propio por lo tanto del tipo del aristócrata tradicional una especial “ascesis”, un sentido de superioridad con respecto a aquello que es simple interés en la vida; un predominio del *ethos* sobre el *pathos*; una simplificación interior y un desprecio por la ruda inmediatez de los impulsos, de las emociones y de las sensaciones, en lo cual se encuentra el secreto de aquello que es una calma que no significa indiferencia, sino superioridad real, de aquella capacidad de ánimo abierto y de fineza no menos que de acción decidida y fuerte, típica para el tipo del noble. Aquella ausencia de los impulsos por los cuales los hombres son arrastrados como hambrientos a la mesa de la vida; aquella posesión

de sí que no es preocupación, sino la simpleza casi de una segunda naturaleza siempre presente; aquella compostura y aquel equilibrio conciente que, justamente, es aquel “estilo” y “línea” – todo esto, en tanto forma parte del ideal del aristócrata, del hombre de clase, encuentra su correspondencia por ejemplo en la figura del Sabio griego, o del Asceta budhista, o del Perfecto extremo-oriental. Justamente de la superioridad interna con respecto a la simple fuerza proceden a nivel natural la dignidad, la capacidad y el derecho de los verdaderos jefes, de aquellos que supieron suscitar en los otros un reconocimiento espontáneo y un orgullo en la acción de seguir y de servir.

Como distinción entre la cualidad aristocrática y la de un asceta en el sentido común, cristiano, se encuentra el hecho de que la superioridad efectiva de la que se ha hablado no implica la renuncia y no desprecia la forma, sino que se concreta en una expresión mundana convirtiéndose en principio de un regular proceso de afinamiento y de selección. Existen en la nobleza aspectos de la fineza, de la exquisitez, de la magnificencia y de la realeza, que tradicionalmente fueron debidas a esta contraparte, es decir a la superación de los intereses más inmediatos y de la necesidad burda de la vida natural, más que en la disposición de mayores medios materiales. Y si desde el punto de vista moralista la nobleza fue a veces acusada de corrupción, sobre esto es necesario esclarecer: no hay que confundir el privilegio eventual de aquel que puede permitirse algunas cosas tan sólo porque también tiene el poder de abstenerse de ellas, con el desenfreno de quien es esclavo del vicio y de la anarquía: puesto que si existen dos opuestos, son justamente éstos.

Por lo demás hay que poner de relieve un punto: si el aristócrata se convierte en señor de sí; si se encuentra listo para considerar a la vida y a la felicidad como algo que vale menos que el honor, la fidelidad y la tradición; si es capaz de indulgencia y de sacrificio activo – ello acontece por una directa intuición de la sangre que le hace reconocer que todo esto es *bien*, que querer todo esto es *bueno* y convierte en superiores, en *nobles*. *Sentir* estos valores específicos espontáneamente es justamente la señal de la *nobleza*. No sentirlos, tener necesidad de apoyos y de justificaciones extrínsecas caracteriza en vez al hombre común. La norma aristocrática, a tal respecto, es una norma que se basta a sí misma, que tiene por base un estilo innato, una naturaleza diferenciada, con respecto a la de la mayoría

de los seres humanos.

A tal respecto es necesario naturalmente reconocer el papel que tiene también la herencia. Así como hay una herencia física, biológica, también existe una psíquica y espiritual, en vistas de la cual se justificaba en las sociedades tradicionales aquel principio de clausura y de casta, que tan intolerable en cambio parece a la demagogia y al individualismo de nuestros días. Así como un animal no se convierte en doméstico de golpe, de la misma manera sólo la lenta y tenaz adquisición, conservación y preservación de disposiciones sutiles del ser en base a una influencia de lo alto, disposiciones transmitidas de generación en generación, daban a la tradición aristocrática un valor efectivo y objetivo: a tal respecto, llevar un determinado nombre ilustre y determinadas “armas” significaba también poseer de hecho, como preformación psico-física y sutil, la herencia virtual de formas diferenciadas de interés, de sensibilidad y de instinto: partiendo de las cuales el sujeto se hallaba en una postura privilegiada para tender a una elevación y a una realización, que a otros ya, en cuanto a sus mismos presupuestos, cuanto más hubiera requerido una vida de esfuerzos, de ejercitaciones, y casi de violencia en contra de sí mismos. Es por ello que, en razón de aquel afinamiento esencial que se imprime hasta en los rasgos del rostro, en las facciones del cuerpo, en el modo y en el gesto, es en gran medida verdad que “Señores” se nace y no se improvisa; y es además verdad que como principio la mezcla de las castas, cuando éstas en verdad correspondan a la función que tuvieron en las civilizaciones tradicionales, es un delito, puesto que quiebra desconsideradamente una continuidad oculta y preciosa, la cual es de la sangre así como lo es también más allá de la sangre.

Por cierto, aquello que, en razón de factores múltiples, se ha ido destruyendo, por su misma naturaleza no puede ser reconstruido de la noche a la mañana. Hoy a tal respecto se puede sólo hacer mención a fragmentos y reemergencias saludables, en uno o en otro, de herencias actualizadas por diferentes vías de aquellas que en cambio en otras civilizaciones habrían sido las normales y que en gran medida se basaron justamente en la sangre.

De cualquier manera, teniendo en cuenta las condiciones desfavorables que presentan nuestros tiempos, no hay que hacerse ilusiones, puesto que mantiene toda su verdad aquella enseñanza esotérica: que la espiritualidad no tiene nada que ver con la simple “cultura”, ni con creencias y “teorías”,

ni con vagas aspiraciones, ni, en suma, con cosas periféricas con respecto al dato existencial de cada uno. En la misma se debe en vez entender una superioridad efectiva entramada en el ritmo mismo de la sangre. Así es enseñanza por igual conocida que iniciáticamente tienen valor sólo aquellos esfuerzos y aquellas realizaciones que arriben a informar y a transformar un estrato profundo, a considerarse, no por metáfora, sino objetivamente vinculado a la sangre, así como a las tendencias innatas, a las fuerzas atávicas, a las oscuras energías orgánicas, a la subconciencia del Yo. Se sabe que en una enseñanza, como la hindú, se dice muchas veces que el fin último del *yoga* puede realizarse sólo como término de una acción que en anteriores existencias lo hayan separado en un cuerpo y en un conjunto de disposiciones sutiles aptas. Si ello debe valer sólo como una forma popular figurada de expresarse, sin embargo la idea-base mantiene un valor propio y se vincula con lo que hemos dicho hace poco con respecto a la tradición de la aristocracia; por lo cual se puede comprender por qué en algunas civilizaciones el acceso a los misterios y la iniciación estuviesen reservados a las castas superiores. En efecto es necesario retener que las cualidades que se reúnen en el tipo de un aristócrata son a un mismo tiempo aquellas que acercan más al hombre al tipo exterior del iniciado, en especial como lo ha concebido la tradición “regia”. La pureza de una sangre aristocrática, comprendida en un estricto sentido de *realidad*, con las disposiciones vinculadas al mismo, son el “soporte” mejor para una realización iniciática, presentando ya aquella “quintaesencia” que, al intervenir la influencia de lo alto, fructifica de acuerdo al mejor fruto.

Todo esto es dicho de acuerdo a un plano relativo a los principios, considerando siempre a un tipo completo y tradicional de civilización ¹. Y también en el estado actual de las cosas, frente a las concepciones

¹ La dificultad que también en un tal tipo de civilización podía constituir el hecho de una aparente injusticia, puesto que quien nacía en una determinada casta –en nuestro caso, quien nacía “noble”– se hallaba en una cierta posición de privilegio respecto de la misma espiritualidad, se resuelve del mismo modo que cualquier otra dificultad que, en base al concepto moderno y democrático de “justicia”, puede hacer surgir cualquier diferencia. Aparte del hecho de que la diferencia es la ley misma de la *realidad*, dos seres que fuesen verdaderamente y bajo cualquier aspecto iguales no serían más dos seres, sino un único ser, se encuentra la concepción general de que el nacimiento no es una casualidad, sino que se define sobre la base de una determinación y elección prenatal y por leyes de

democratizantes y humanitarias señaladas por nosotros más arriba como presentes en el moderno “espiritualismo”, debe siempre quedar firme la idea de aquella estrecha relación entre las cualidades aristocráticas y todo lo que es iniciático: sea en el sentido ascendente, puesto que la iniciación no podrá nunca ser algo relativo a la masa o, aunque sea, a un gran número de personas, e implica una calificación bien diferenciada, incluso en el nivel orgánico; sea en el sentido descendente, puesto que a su vez, y casi en una circularidad, la figura del aristócrata es aquella que mejor se presta cual expresión y exteriorización de la cualidad despertada, o redespertada, del “Arte Regia”.

Un último punto sobre el cual quizás convenga llamar la atención es que el ideal del aristócrata, al vincularse, tal como se ha mencionado, sobre todo a una tradición de tipo guerrero, en su esencia permanece como poco conciliable con las concepciones de la religión que ha predominado en Occidente.

En efecto, mientras que el presupuesto de aquel ideal es el reconocimiento de la necesidad y del valor espiritual de la diferencia y de la desigualdad entre los hombres, el presupuesto del cristianismo es una consagración religiosa del opuesto principio de la igualdad y de la hermandad. Sobre la base de una experiencia de una superioridad con respecto a sí y de un desprecio heroico por la existencia, el aristócrata no conoce ni aquel derecho, ni aquel respeto del “hombre” que el cristianismo ha en vez introducido en el Occidente y que tenía que desarrollarse en las formas de una verdadera superstición. La ley del noble es el honor, la justicia, el sano orgullo de quien mantiene en alto a la propia tradición y de quien se fortifica en la calma conciencia de la propia virtud. Ahora bien, es demasiado notorio que para el cristiano todo esto posee un sabor “luciférico” y que sus valores son más bien los de sentirse “pecadores”, la humildad, el arrepentimiento, la caridad, el perdón, la plegaria. El principio evangélico de devolver el mal con el bien no es el de los aristócratas: ellos pueden perdonar y ser generosos, pero con el enemigo vencido, no con aquel que se mantiene de pie con la fuerza de su injusticia. Ni tampoco es un principio de los aristócratas el del amor en el sentido de una necesidad de abrazarse, de comunicarse, de rebajarse, y de tomarse cuidados por

correspondencia y simpatía. Tal concepción, como se sabe, en la verdadera enseñanza esotérica sustituye el mito de la herencia creada por anteriores existencias terrenales.

quien también puede no requerirlos ni tampoco ser digno de ellos: las relaciones de par con par que ellos conocen no tienen nada de comunista o de fraternalista, son hechos de lealtad, de reconocimiento, de respeto recíproco, manteniendo cada uno su dignidad de manera diferenciada. Por esto, en las jerarquías de casta guerrera no hay nada que se asemeja a un lazo “místico”, a una dependencia incorpórea e impersonal. Ellas se forman ante la gran luz, a través de libres relaciones entre fuerzas libres. El término “fuerzas” debe aquí tomarse en el sentido más amplio, de modo tal que las físicas no representen sino un caso sumamente particular e inferior.

A partir de todo esto se ve que allí donde se pudiese reconstituir una verdadera tradición aristocrática, con ello estaría también abierta una vía para que el Occidente se reencuentre a sí mismo, eliminando las influencias de una espiritualidad y de una moral que, a pesar de todo, le resultan exógenas, para buscar, en un segundo tiempo, aquellas que le son conformes y que no sólo no son incompatibles con los valores iniciáticos, sino que, de acuerdo a lo ya dicho, justamente puedan representar la más natural manifestación extrínseca de éstos.

Respecto del estado de degeneración en que se encuentra hoy en día la residual nobleza europea en relación con su tradición originaria, ello es algo que ni vale la pena hacer mención ². Las cosas parecen haber arribado a una situación tal que queda excluida la posibilidad de que a partir de ella pueda hallar su base una acción reconstitutiva. Por otro lado, la dirección de la totalidad de la civilización moderna se opone a un retorno a la normalidad, el principio de la cual sería justamente el retorno y el reconocimiento de los valores aristocráticos. Así concretamente, las consideraciones desarrolladas deben sobre todo tener que ver con la forma del ideal de un cumplimiento en una cierta medida individual allí donde circunstancias contingentes, o bien una especial actitud interior no conduzcan al tipo “hermético”, impenetrable del esoterista, sino que acontezca que el retorno de contactos con un orden superior de influencias conduzca también al resurgimiento de una raza física y espiritual casi desaparecida.

² Se debe además resaltar que la nobleza sobreviviente en Europa deriva de una aristocracia, la cual, a diferencia de los orígenes de otras civilizaciones, ha sido prevalentemente guerrera en un sentido secular. El carácter del cristianismo ha hecho de modo tal que no existiese una tradición de sangre y de casta como contraparte de una tradición de espíritu; ello por la ley del celibato impuesta al clero.

2) BREZINA

CÁNTICO DEL FUEGO

(Traducido del texto checoslovaco "Vètri od Polù", Ed. Mânes, Praga, 1926)

Oh Misterio del Fuego. Liberador.

Símbolo radiante de lo Omnipresente.

Soplo soberbio de fuerza. Abrazo transformado en Luz.

Tú que te elevas hacia lo alto.

Ilusión de los colores destruída en un solo incendio.

Lenguas de fuego resplandecientes por encima de las cabezas de los Santos.

Jardines de llamas escondidos en las profundidades de las cosas y florecientes

con la gloria de los pasajes de lo visible a lo invisible.

En nuestras calles, he aquí, las almas de los Fuertes van con su propio amor y

como un canto de amor es para ellas el murmullo de vuestras sonrisas.

¡Oh llamas, amigas del nuevo viento!

En vosotros, los Victoriosos encienden sus antorchas para los crepúsculos de

los tiempos venideros,

y en medio de vosotros vaga el dolor de la muchedumbre, recogiendo con

gestos bruscos vuestras sanguíneas flores vibrantes,

de cuyas coronas luego arranca, con manos desnudas, todas las hojas

ardientes, como pétalos de rosa,

para lanzarlas en luz y en olores,

sobre la vía de las almas.

3) ARVO

ACERCA DE UN “ORÁCULO ARITMÉTICO” Y LOS BASTIDORES DE LA CONCIENCIA

Hace muchos años a una persona que llegamos a conocer, al encontrarse de joven veraneando en un pueblo en las cercanías de Roma (Bagnaia presso Viterbo), le sucedió de tener que auxiliar a un anciano, al que encontrara herido, un día en un sendero del campo; un viejo, el cual entre los campesinos del lugar tenía fama de ser un personaje extraño e incluso sospechoso, y que desde hacía años vivía solitario en una especie de cabaña abandonada.

Luego de este encuentro entre los dos se estableció una espontánea amistad, tan grande que, cuando llegó el momento para el joven de volver a la Capital, el viejo le obsequió unos apuntes manuscritos, diciéndole que eran “*una pequeña parte de una gran cosa*”, que quizás algún día la misma le habría sido útil. Sin embargo se hizo jurar de parte del joven que no le habría comunicado nunca a nadie acerca del contenido del escrito.

El apunte, con escritos aparentemente incomprensibles, por muchos años permaneció olvidado en un cajón, hasta que el joven, habiendo llegado a grande, hizo amistad con una persona interesada en temas de ocultismo. Un día, habiendo llegado a contar la extraña amistad y el misterioso obsequio recibido hacía tantos años, fue incitado por tal persona para averiguar con seriedad acerca del contenido del mismo. Y fue así cómo el apunte fue rescatado del olvido y estudiado, habiendo sido nosotros mismos quienes nos ocupamos de hacerlo.

He aquí de lo que se trata. Se dan allí un conjunto de reglas, basadas en claves de cifras para la traducción de las letras del alfabeto en los números correspondientes. Para la combinación de estos últimos por medio de operaciones aritméticas complicadas, ordenadas a veces a través de la estructura de ciertas figuras geométricas, hasta arribar a una serie de cifras que es nuevamente traducida en letras. Simultáneamente se obtiene como “clave” un número el cual nos dice cada cuantas letras de la serie (cada tres, cada cuatro, etc.) es necesario tomar una, la que se pone a un lado, puesto que su conjunto constituirá una frase con su significado. Todo este método se aplica a una frase inicial, que exprese en síntesis una pregunta

cualquiera, respecto de la cual la frase que se obtiene al final debería constituir una respuesta.

Es digna de relieve en todo esto la *absoluta mecanicidad e impersonalidad del método*. La persona de quien lo aplica no tiene participación. Se trata de un sistema de operaciones que son las que son, sin que algo dependa de la elección, de la interpretación o de la intuición de quien la ejecuta. Una vez que habéis formulado la pregunta, todo lo que es necesario está dado. No hay que aplicar sino el método y quienquiera conociese las reglas, siempre que no efectúe errores de cálculos y a tal efecto (puesto que a veces el desarrollo de las operaciones puede incluso reclamar de 4 a 5 horas) se puede también ayudar con una calculadora o confiar a otros una parte de las operaciones – por ende cualquiera arribaría a los mismos resultados.

El método no es pues, como en el caso de la cristaloscopia, de la visión en el espejo, de una cierta cartomancia, de la mesita espiritista, etc., un expediente para fijar la atención y para propiciar el pasaje a otras condiciones de la conciencia: el método es aquí en vez el centro de todo. Lo interesante pues es que, por medio del mismo, las letras y las sílabas de la pregunta *producen* ellas mismas otra frase, que tiene casi siempre el valor de una respuesta y que en cada manera se forma con palabras completas.

Acerca del alcance de las respuestas, no tenemos elementos para podernos pronunciar con seguridad. El que recibió el apunte misterioso y su amigo han hecho muchos experimentos, preguntando sea sobre cosas prácticas para recibir consejos, informaciones, previsiones (ellos sostienen que muchas veces la experiencia ha confirmado las repuestas); sea sobre asuntos doctrinales, a cuyo respecto ha venido muchas veces la declaración de que tanto la enseñanza, como el método mismo provenían de los “*Tres Sabios*”. Pero aun prescindiendo, tal como se ha dicho, de la exactitud y del valor de las respuestas, el asunto no es menos interesante, por aquello hacia lo cual conduce a quien reflexione y extraiga las debidas deducciones.

Es una nueva rendija que se abre sobre la subconciencia y sobre la “*infraconciencia*”, sobre los psiquismos ocultos que resbalan entre la trama de nuestros procesos mentales. En especial en el momento oscuro de su formación. En efecto, la posibilidad de un método, como aquel del cual se ha hablado, quedaría inexplicable, si no se admitiese que ya en la pregunta, a causa de relaciones que escapan, esté potencialmente contenida

una respuesta; si no se admitiese por ende que al acto de asomarse, y especialmente de formularse en ciertas palabras compuestas por determinadas letras, de la misma pregunta, actúe alguna cosa irreductible al pensamiento conciente y que, a través de leyes desconocidas, determina lo que es necesario a fin de que el proceso impersonal y automático del método matemático dé como resultado, por lo menos una frase sensata.

En segundo lugar la existencia de un método semejante prueba la de una ciencia –que recuerda al *Ars combinatoria* de RAIMUNDO LULIO y a los métodos aritmofónicos utilizados por algunos exegetas cabalistas– relativos justamente a las leyes profundas y ocultas del lenguaje, y a aquellas que en especial vinculan secretamente ciertos elementos sutiles con ciertas letras o sílabas en la expresión. Sólo en este presupuesto es en efecto posible la formulación de una regla exacta y objetiva: para la extracción de lo que existe de manera invisible entre letra y letra en una frase. Por lo cual el caso que hemos referido debería sobre todo servir para hacer sospechar la existencia de bastidores, de los cuales la ciencia y la filosofía profana no saben nada, pero que no obstante “alguien” ha conocido.

De aquí también la desconfianza que se debería alimentar en lo referente al denominado “mundo interior”, en relación a todo lo que por otra parte ya fue dicho por IAGLA ¹. También por otro camino nos podemos convencer de cuan relativa e incompleta sea aquella “conciencia de vigilia”, en la cual los hombres se sienten tan seguros. Raíces subterráneas conducen a sus formas, y entre sus bastidores elementos invisibles guían los hilos de muchos procesos del pensamiento “conciente” sin que se sospeche de nada. *Nuestro caso nos dice que el breve momento de concentración, en el cual formulamos una pregunta, es en efecto una especie de solución de continuidad de la conciencia, y basta que un grupo de elementos infraconciente aflore y que, según leyes precisas, tome cuerpo en la expresión conceptual y verbal.*

De quererse en manera general alcanzar la naturaleza de estos elementos, se debe sobre todo considerar una clase de los mismos, que es de carácter personal, en el sentido más restringido de la palabra. Por ejemplo, si la pregunta vierte sobre algo que es objeto de una preocupación nuestra, confesa o no, el acto de formularla reclamará en muchos casos una

¹T. III, cap. XIV: *La lógica del subsuelo*.

constelación de sentimientos más o menos definidos de duda, esperanza o temor, la cual dirigirá el proceso subconsciente de modo tal de encerrar en la misma pregunta una respuesta que refleje lo que se desea o se teme o que de cualquier modo se ha formulado en lo subconsciente. Lo mismo se verifica en el caso de algunas falsas previsiones sobre el porvenir, cuando el vidente, en vez de superar objetivamente la condición del tiempo, no hace sino entrar en relación con la psiquis de quien lo interroga; en la medida en que la “previsión” entonces no es sino la lectura o visualización telepática de lo que vive secretamente en este último en relación justamente con lo que él supone o desea para el porvenir.

Además de este dominio individual, existe en la subconciencia uno de carácter colectivo, en el cual operan las opiniones, las creencias o los sentimientos dominantes de una época. Son influencias que pueden igualmente actuar desde atrás de los bastidores y dar lugar a varios complejos mentales. Por ejemplo, las pretendidas “revelaciones” que en varios ambientes “espiritualistas” modernos han sido tomadas sin más como moneda corriente y convertidas en base de las teorías más singulares, deben ser muchas veces explicadas con estas influencias colectivas que, como las anteriores, tienen una naturaleza irracional e infraconsciente ².

Sin embargo no debe considerarse que fenómenos de tal tipo se limiten al campo colectivo sub-individual, que se manifiesta en creencias y prejuicios. Mucho más interesante e importante es en vez confirmar la presencia de influencias análogas en la base de tantas ideas que se presumen adquiridas y probadas en el ámbito de la cultura y de la misma ciencia. Por ejemplo, arribaría a conocimientos sumamente desconcertantes aquel que fuese capaz de “espectrocopizar” en este sentido los criterios, las evidencias, los modos de ver ya consagrados en la cultura moderna en lo

² Los respuestas del oráculo aritmético a veces tenían la apariencia de respuestas dadas por seres reales e inteligentes; ilusión ésta semejante a aquella que puede verificarse en ciertos fenómenos mediánicos o de escritura automática. Para citar un ejemplo, nosotros mismos, queriendo probar el alcance adivinatorio objetivo del método, preguntamos cuál palabra estuviese al comienzo de un cierto renglón de una determinada página de un libro cerrado. La respuesta fue a su vez una pregunta: *¿Con qué fin?* Algo análogo se verificó también en otras respuestas. En el momento de formularlas ha debido incorporarse o una “personalidad segunda”, o bien una “influencia” extraindividual, que en efecto pareció manifestarse en toda una serie de respuestas obtenidas con el método matemático y que pretendió proceder de los ya mencionados “Tres Sabios”.

relativo a acontecimientos, personas o épocas de la historia; de ciertas antiguas ciencias o tradiciones; de ciertas doctrinas, cuando no son las occidentales. Aquí se hallarían falsificaciones y unilateralidades, que no se pueden considerar ni casuales, ni inconcientes, que dan en vez la sensación de una *intención* precisa y casi de un *plano*. Se trata, en efecto, de fuerzas que deben ser juzgadas como algo muy distinto que irracionales, las cuales, a través de procesos infraconcientes, arriban a determinar lo que les resulta necesario a nivel de juicio y de convicción de determinadas personalidades, a fin de que ciertas cosas sean vistas y otras no, y que la psiquis colectiva asuma, en correspondencia con ello, una determinada orientación. El examen de la denominada “opinión pública” desde este punto de vista, esclarecería varias cosas que el hombre actual se encuentra muy lejos de sospechar siquiera.

En tercer lugar, pueden incorporarse en los psiquismos infraconcientes elementos de conocimiento *real*, los cuales forman parte del ser integral del hombre, si bien en forma latente con respecto al contenido conciente de la mente, y por una vía de adquisición diferente de la de las fuentes comunes de conocimiento.

Cuando éste sea el caso, sea el método aritmético del cual hemos hablado, como cualquier otro método de “divinificación” debe ser considerado como un medio indirecto para hacer venir a la conciencia este saber.

Por último, debemos llevar la atención sobre la circunstancia de influjos de carácter superior, no vinculados ni a “intenciones”, ni a corrientes colectivas, ni a complejos individuales semiconcientes o a “influencias errantes” insertadas en una manera o en la otra. Nos queremos referir a lo que ya se ha dicho (T. II, cap. VI, pg. 158) sobre los significados superiores que pueden ser contenidos en estado latente en tantos mitos, leyendas, fábulas, elementos de *folklore*, como también en las estructuras etimológicas de nombres de personas, de divinidades, de lugares, etc. A tal propósito, decíamos que el volver a tales significados superiores no indica siempre una intención conciente y la posesión igualmente conciente de una conciencia esotérica verdadera y propia de parte de distintas personas o también de grupos; pero no quiere tampoco decir, por otro lado, que todo se reduzca a interpretaciones gratuitas superpuestas y extrínsecas. El uno y el otro punto de vista se dejan escapar aquello de lo cual en verdad se trata.

Es bastante simplista, y podemos también decir materialista, creer que

la mitología, la fábula, ciertas narraciones y ciertos nombres contenidos en las escrituras sagradas, etc., remitan siempre a “iniciados”, que habrían creado todo esto en razón de un revestimiento del conocimiento superior para uso del pueblo. Ciertas influencias sutiles pueden en vez actuar en forma de instinto dentro de la fantasía poética y religiosa de determinados individuos, los cuales entonces pueden encontrarse lejos de suponer qué cosa está *también* contenida, como contenido objetivo de sabiduría, en aquello que ellos piensan haber hecho. Es por esto que varias interpretaciones, en una literatura de tal tipo, no se excluyen ni se contradicen, y un significado literal puede coexistir con un significado simbólico, un significado poético con uno religioso, físico o metafísico; reputar que uno sólo de éstos sea el justo, y de cualquier modo llamar como juez a la “intención” de los autores, es algo erróneo, puesto que así se desconocería la multiplicidad de los elementos concientes y subconcientes, individuales y supraindividuales, que concurren en cada proceso de la psiquis humana, y sobre todo en algunos individuos y en algunas especiales circunstancias ³.

En realidad, es para reclamar la atención sobre todos estos elementos que hemos aquí hablado del “oráculo numérico”, “*pequeña parte de una gran cosa*”. Tales menciones deben indicar cuál es el sentido de los primeros pasos de un trabajo oculto. Se trata de sorprender el elemento sutil y “hermético”, hecho de una sabiduría y de una influencia oculta, que circula entre las tramas de aquello que el hombre cree serle más íntimo y más suyo, que escapa a los sentidos groseros y a la conciencia de los estados mentales definidos, más que el agua entre los dedos. Por poco que se haya avanzado en este sentido, despertando una forma de sensibilidad y de control sutil – un paso, cuya importancia no puede ser exagerada, habrá sido ya hecho, a lo largo de la vía de la emancipación y del poder.

PÓSTUMA. – El caso del mencionado oráculo matemático debía darnos un ejemplo de la facilidad con la cual se crean leyendas y corrientes “espiritualistas”. Hemos llegado a saber que este asunto, llevado a nuestro conocimiento en 1928, y al cual no podíamos dar sino el valor de una

³ Sobre esto nos podemos útilmente referir a lo que ha escrito ABRAXA acerca de las “soluciones de ritmo y de liberación” en el T. IV, pg. 23.

interesante curiosidad, más tarde en París, sobre la base de los respuestas, dio lugar a una especie de movimiento o reagrupamiento que se bautizó con el nombre "*des Polaires*". Y el anciano del pueblito de Viterbo, que había transmitido el apunte con cifras, fue convertido en un iniciado del Tibet, que habría finalmente retornado allí...

(Nota de Ur)

4) AROM

EXPERIENCIAS: LA CORONA DE LUZ

Los ojos de los cuales suele hablarse no son los únicos. Con mayor exactitud habría que hablar de más de dos ojos o, quizás mejor, de un único "ojo", como conciencia espiritual que puede desplazarse en varios "centros" realizando en cada uno de ellos un "órgano" propio y un "modo" determinado de visión, el cual en cada uno ellos posee aspectos y caracteres inconfundibles.

Es lo que yo percibo por lo menos en mi experiencia personal. Sin embargo quiero agregar que hasta el momento puedo hablar con certeza conciente tan sólo de tres de estos centros de visión. A ellos se les pueden dar las siguientes referencias respectivas: la extremidad de la cabeza, el centro de la frente, y la región del corazón. Los estudiosos del tema saben que estas mismas son las localizaciones dadas por la enseñanza hindú al *sahasrâra-cakra*, al *âjñacakra* y al *anâhatacakra*.

Repito que cada uno de estos "centros" da una visión propia particular diferente la una de la otra, del mismo modo que diferentes pueden ser los distintos sentidos del cuerpo físico. Luego de lo cual, trataré de decir por cuál vía he personalmente arribado a su conocimiento y cómo ésta se me ha manifestado; limitándome por ahora, al primero de ellos.

Pongo como premisa que las prácticas, que ahora resumiré brevemente, son seguidas de otras, que ya me habían conducido hacia otros fenómenos, los que tuve ocasión de referir en estas páginas (T. I, cap. V, pág. 143). Creo que esta premisa sea necesaria, puesto que puede darse el caso de que yo haya llevado a la práctica, que ahora describiré, una condición espiritual, a la cual deba atribuirse el éxito y que, al faltar ésta habría sido también posible que no hubiese arribado a nada.

Por lo tanto, estando sentado en postura cómoda ante el sol y teniendo vivo en mí el sentido de su presencia como un ser espiritual, he tratado de fijarlo un poco con los ojos semiabiertos, cerrándolos luego y continuando a fijarlo por debajo de las párpados.

Fui llevado a hacer esto numerosas veces, hasta que en un determinado momento cambió totalmente el modo de aparecérseme del sol. El mismo

se manifestó en mí con los colores más puros y fúlgidos, antes como relámpagos, luego con contornos crudamente recortados, luego como lentos alones verdes, purpúreos, violetas, etc., que daban vuelta alrededor de la luz central.

Insisto en la sensación de cosa viviente que poseían estos colores; sensación que temo no poder comunicar y a la cual se le unía otra sensación correspondiente de colores “muertos” en lo referente a todos los otros colores comunes, por más vivos que éstos fuesen.

Continué con estas experiencias, prolongándolas hasta que sentí poderlo hacer sin cansarme demasiado. Tras repetirlas por varios días, me di cuenta que lograba fijar el sol por largo tiempo sin tener que parpadear. Agrego que la respiración rítmica y la concentración de la energía sutil del soplo en la extremidad de la cabeza me fueron útiles para hacer la prueba más eficiente; aunque no creo que ésta sea una condición propiamente necesaria.

Al comienzo el ejercicio no es agradable, puesto que no tardan en venir dolores de cabeza, además de una constante molestia en las pupilas, que puede durar por alguna semana. A todo aquel que quisiese seguir mi práctica le aconsejo no alarmarse, puesto que por lo que a mí se refiere puedo afirmar que la vista no se ve afectada en nada, y que los dolores de cabeza sobrevienen sólo cuando la experiencia haya sido prolongada más de la medida. La molestia de las pupilas es soportable, y concluirá también con la costumbre en tal práctica, y, *sobre todo, con darse cuenta de qué es aquello que en nosotros entra en juego*, de modo tal de poderse regular a tal efecto. *La mirada física en realidad es un simple apoyo, y se pasa a otras condiciones de conciencia.*

Arribado pues a algo así como a una meditación profunda, llegó un momento en el cual el caos de los colores que se despertaban moviéndose perezosos alrededor del astro poco a poco se orientaron de acuerdo a un orden concéntrico, perdiendo la intensidad de sus tinturas, para terminar luego todos en una luminosidad dorada y solemne, la cual en determinados momentos alcanzó un esplendor tal, que la misma luz del sol, aquella luz usual que resplandece sobre todos, no me pareció más sino una pálida cosa en comparación con aquello.

Prosiguiendo aun, en estos órdenes circulares me aparecieron figuras personalizadas, en grupos, casi como guirnaldas; pero en un determinado momento la visión fue tomada por un rapidísimo movimiento de

expansión, hasta desaparecer del todo. Al mismo sol no lo vi más.

El estado interior era como de incapacidad para formular cualquier pensamiento y de reclamar cualquier palabra. Y *en este punto, todo estriba en saberse mantener en la condición espiritual del "silencio" y de la "inmovilidad" más completa.*

La vista, aquella vista que mira sólo delante de sí, la de los ojos de carne en suma, queda totalmente suspendida. Y ahora "resbala" una sensación nueva. En la cúspide del rostro se advierte una claridad-ojo que se abre levemente primero, formándose alrededor la visión de una corona de luz tenuemente dorada; corona, que se alarga siempre más en círculos cada vez más grandiosos, siempre más profundos y poderosos, casi como ondas de sonido¹.

Reaparecen ahora las guirnaldas de figuras que se mueven en un lento movimiento circular, componiendo escenas que se transforman con gran lentitud y con solemnidad majestuosa, sobre un fondo claro de oro en fusión.

A veces la experiencia toma un carácter sumamente diferente. El centro coronal se convierte en un centro que proyecta líneas fulmíneas, la cuales con una precisión inimaginable a veces describen figuras de una complejidad asombrosa, a veces trazan algo así como grandiosos símbolos alquímicos o mágicos. Cada uno de estos últimos imprime en el espíritu una sensación indeleble y profunda, que es también como de un conocimiento, que aun no se sabe atrapar.

Debo poner en relación con estos resultados un lenguaje realmente nuevo en el cual empezaron a hablarme las obras maestras de la gran pintura: Rafael, Leonardo, Miguel Ángel, Correggio. Me ha parecido comprenderlas sólo entonces y de descubrir sólo entonces un sentido arcano escondido en ellas y que las transfiguraba.

Sentía con una evidencia directa e irrefrenable que las formas, los colores, las escenas y las figuras visibles inmediatamente en estas obras de arte no eran sino *símbolos*, no eran sino sombras lanzadas sobre la luz. A

¹ En el "Ritual Mitraico" del *Gran Papiro de París*, traducido en el T. I, cap. IV, se pueden volver a hallar las mismas dos fases sucesivas, aunque no en una operación de ensimismamiento contemplativo, sino de acción teúrgico-ceremonial. Antes se abren las puertas y aparece el mundo de los dioses que se encuentra adentro de ellas; luego los rayos solares convergen en el teúrgo, que se convierte en el centro de ellos.

través de las mismas, y encendiéndose en ellas, estaban los estados de la contemplación trascendente y solar que me hacían volver a salir desde lo profundo; y sentía que el ocultamiento de éstos –y no cosa alguna que venga de los hombres– era la sustancia verdadera de todo lo que los creadores han hecho de grandioso y de sublime en cada tiempo. Repito que ésta no es una teoría: es una evidencia que se me ha presentado directamente, de repente, junto al estupor por el hecho de que hasta aquel momento no me había dado cuenta de nada.

De cualquier modo, volviendo a ser hombres en la vida cotidiana, además que el recuerdo indeleble de aquellas contemplaciones, se lleva en sí una oleada casi insostenible de energía creativa, una nueva voluntad de realización, una riqueza y una rapidez de las imágenes, que no padece confrontación.

Se lleva también la sensación directa de que aquello que los ojos físicos hacen ver en el mundo, no son sino mínimos fragmentos fijados, apariciones esporádicas de un todo. La vista, retornada a los límites de la prisión corpórea choca en contra de ésta del mismo modo que un pájaro encerrado en la oscuridad. Entre ceja y ceja ella *siente* una cantidad de cosas, que sin embargo no logra todavía *ver*. Ella anhela disolverse, anhela volver a la luz, a la áurea corona de luz emplazada en lo más alto del cuerpo. Aquella corona nadie podrá arrancársela jamás al que una vez la haya conocido; ni tampoco hay soberano de la tierra que podrá ceñirse una más bella.

5) G. DORN

CLAVIS PHILOSOPHIAE CHEMISTICAE

(Bajo el cuidado de TIKAIPÓS)

Gerard Dorn o Dornaeus, quien viviera en Estrasburgo, en Basilea y en Franckfurt, desarrolló su actividad literario alquímica desde 1563 (Diction. Chem. Theophrasti) hasta 1583 (De Natura Lucis)- Clavis totius philosophiae alchemicae (Ludguni, Batav., 1567) fue su primer tratado sobre tal temática y de la primera parte del mismo son extractados estos textos. Al mismo le siguieron luego: Lapis Metaphysicus (Basileae, 1569) y Astronomia Chymia, Anatomia viva (Basileae, 1577). Parece ser que de Magia en sí misma, bajo el mismo y habitual pretexto de Alquimia o de Medicina, no hubiese escrito quizás nada, aunque varias de sus categorías aparecen en su defensa del gran Paracelso (1493-1541) contra su posteridad y también contra tantos pretendidos ataques de parte de doctrinarios. Y Dorn fue al respecto muy breve y relativamente claro, en este primer escrito suyo, dividido, como toda la obra, en tres partes: Theoria, Praxis, Applicationes. Luego –al ser criticado por los Hermetistas– se convirtió en oscuro, difuso y divagante también él: excepto cuando reproducía frecuentes y largos pasajes de su primera obra. Es en efecto obvio que ésta, en razón de la amplia recepción de parte de sus simpatizantes, así como del duro rechazo de parte de sus detractores, en muy poco tiempo se convirtiese en inhallable. De cuántas obras de tal tipo hoy no hallaríamos absolutamente nada a no ser de la existencia del Theatrum Chemicum de Zaetznner y la Biblioteca Chemica de Manget. De la primera parte del tratado dorniano han sido extractados estos fragmentos (en Theatr. Chem, T. I, pgs. 205-44), para uso humilde de quien, practicando, haya ya obtenido algo: algo fisiológica y sensiblemente concreto, y pueda extraer de ello una cierta claridad de orientación para los desarrollos sucesivos. He subrayado algunas frases y agregado algún esclarecimiento. ¿He acaso con ello profanado el secreto? Pienso que no, sobre todo porque los esclarecimientos son más bien palabras; luego porque no son siempre

alentadoras. Finalmente digamos que en los tiempos de Dorn, enorme era el grupo de los interesados, casi todos por un deseo exorbitado por el oro material; hoy, al ser escaso tal grupo –y en Italia es escasísimo: lo cual tiene también su aspecto... positivo – se puede pues tener una gran confianza de que aquel poco de mayor claridad eventualmente introducido en tales textos arribe sólo a quienes les resulta útil.

ARTIS CHEMISTAE, LIBRI TRES.

Alterius non sit, qui suus esse potest.

Que no sea de otros aquel que puede ser para sí mismo.

Al Lector:... Te quiero advertir sólo esto: no salgas sobre todo de los límites de una medicina del cuerpo humano; que si en vez perseguirás la transformación de los metales vulgares, no tendrás luego que deplorar tu error... (209).

LIBRO I. – LA TEORÍA ALQUÍMICA

1. *Filosofía alquímica* es la que enseña a investigar –no de acuerdo a las apariencias, sino según la verdad concreta– las **formas latentes** de las cosas... (210).

2. *Naturaleza* es para los Alquimistas una operación (*exercitatio*) de Cielo {Éter, Materia prima, Thelema universal} y de elementos ¹, para la generación de toda cosa que es... (210).

3. *Forma*, es acto y dominio de la esfera etérea, sobre la elemental. A través de una variable transformación de los Elementos, va la Naturaleza adaptando la Materia, para incluir en ella la Forma como en la matriz una

¹ Los cuatro Elementos conocidos: en el macrocosmos, Tierra, Agua, Aire y Fuego; en el microcosmos, *forma física* (Sal, Saturno, Plomo, etc.), *forma lunar* (Mercurio pasivo, Plata, Espíritu sensitivo), *forma mercurial* (Mercurio activo, Plata viva, Alma racional) y *forma solar* (Azufre etéreo, Mente superior). Descomponerlos y recomponerlos: no era, no, un nombre mal hallado el de Alquimia.

Semilla; y, del modo como una madre preñada por la fuerza de ésta, extrae luego la Materia su embrión, en la actualidad que le es específica. Esto es lo que entienden los Filósofos cuando dicen *Forma aducitur* (es extraída) *de potentia Materiae*. Aquello que es generado en la Materia por la Forma, la misma Materia tiene luego el poder de sacarlo a la luz... (210).

4. *Materia* es en efecto para nosotros toda la región elemental, dividida en cuatro partes que denominamos Elementos: Fuego, Aire, Agua, Tierra. Pero los principales no son sino dos: Fuego y Agua; el Aire no parece en efecto sino Agua permanente, **disuelta del calor en la creación del mundo**; y no otra cosa, es la Tierra, sino nuevamente **Agua, condensada por el calor o más bien disecada**... (211) ². – Nada sin embargo es consumido por el Fuego; sino, a través de un proceso transformativo, aquello que se aleja de un Elemento, se agrega a otro. Cotidianamente así –de una forma y de elementos mutuamente transmutados en tal manera– solícitamente se enseña. **Naturaleza sagaz**, para suscitar formas nuevas: de manera tal que sea por **regeneración** reformado lo que por corrupción quedó deformado; y haya una natural **operación circular**, y como un movimiento **celeste**... (211-12).

5. {*Quinta esencia – Forma*} ³. Demasiados meticulosos naturalistas aun no expertos en los hechos, suelen también decir: Los cuerpos naturales no constan sino de cuatro Elementos; ¿en dónde se encontrará pues el quinto? – Respondemos que cada cuerpo natural consta de los cuatro Elementos, pero también además de Forma: la cual debe también ser algo, y es justamente **la más pura parte** de cada sujeto compuesto... Con este vínculo, todos los cuerpos son mantenidos unidos por la Naturaleza; y esto es lo que los Filósofos suelen mencionar a través de enigmas, cuando dicen: “Haz la paz entre los enemigos, y tendrás ya todo el magisterio”: es decir, el alquímico... (212).

6. *Generación* es denominada manifestación de lo oculto, desde y después de la ocultación de lo manifiesto. Todos los cuerpos son concluidos

²Nótese cómo al Fuego –en cuanto activo elemento superior, menos remoto respecto del Primer Principio– le es en cada caso otorgado un papel en sí mismo.

³ *Forma*, en el más bruniano entre los múltiples sentidos que estaba por asumir poco años después el mismo BRUNO, en *De la Causa, Principio e Uno* (*Opere ital.*, 2ª Ed., Gentile, pg. 192). Por más que después, en contra de las Quintaesencias –de origen más bien aristotélico, y utilizadas por algunos en contra de COPÉRNICO– en forma repetida BRUNO tuviese, al menos materialmente, que lanzarse en su contra.

por tres dimensiones: por Altitud manifiesta, por Profundidad oculta, y por Latitud mediadora entre los dos. Esto nos han transmitido de manera oculta los Filósofos, a través del dicho: “No se efectúa un pasaje de extremo a extremo, salvo a través del medio {mediador plástico}; es decir, desde la manifiesta forma de un cuerpo no puede manifestarse la oculta, si no es a través de tal disolución de lo manifiesto, de modo tal de hacerse manifiesta la cualidad (*proprietates*) de lo oculto... (213).

7. *El Ternario*. Todo el Universo, en orden, número y medida, fue plasmado por y con Sagrado Ternario, a través de la Unidad. No es número la Unidad, sino que es pacto de concordia. Fuente en vez y origen de discordia, el Binario –este primero de los números {en cuanto la unidad primordial no era ni siquiera pensable como elemento de numeración}– quedó escindido del Uno por asunción de Materia; ni se lo puede recomponer en la unidad, si no es con un vínculo tan indisoluble, cual es el Uno tan sólo... (214). Con esto –tal como dice TRITEMIO– se vuelva a expulsar al Binario; y el Ternario será referible a la simplicidad del Uno...; ascenso bien sabido sólo para aquellos en cuya mente se encuentre el Ternario: los cuales, habiendo rechazado el Binario por asunción del Ternario, son elevados a simplicidad de unidad... (215) ⁴.

8. *La Tierra*. Sostenedora y retenedora de toda cosa: sea de influjos celestes, como de los cuerpos... Tal como dijera el TRISMEGISTO: “Es desde la Tierra que en el Cielo él asciende, y es en la Tierra que nuevamente él descende... De tal *unum* es padre el Sol y su madre es la Luna; y el Viento lo llevó en su vientre, Y SU AMAMANTADORA ES LA TIERRA.

9. *Los Minerales*. En vano parecen preocuparse los que se ingenian en hacer oro potable –tal como dice MARSILIO FICINO– si no hemos ante todo vuelto a disolver el Oro en su materia prima: es decir, en Plata viva y en Azufre: la cual materia es, para todos los metales, la primera y próxima e inmediata... (216-217).

– Debajo de los metales comunes ocultaron pues los Sabios las físicas y filosóficas medicinas ⁵; y las prepararon a partir de metales aun

⁴ Casi todas las epístolas en las cuales el muy famoso TRITEMIO, benedictino alemán (14622-1516), trató acerca de Magia, fueron reunidas en apéndice en su *De septem Secundeis*; Argentorati, Zetzner, 1613. DORN, además de citarlo muchas veces, le dedicó también un capítulo especial, *Physica Trithemii*, pgs. 430-32 de nuestro mismo volumen I del *Theatrum*. Y esto mismo está precedido por una *Phys. Trismegisti* (pgs. 389-420).

vulgares, en las trasmutaciones de los de ellos, es decir, de los metales filosóficos. Todo esto a fin de que tanto tesoro de medicina permaneciese inaccesible al vulgo ignorante. Médicos expertos: es decir, aquellos mismos que también hacían una no exigua práctica de Filosofía (218-19).

LIBRO II. – LA PRÁCTICA ALQUÍMICA

1. *Praxis alquímica*. Es ostensión que, desde lo oculto, se hace **sensiblemente manifiesta** sobre efectos que el Filósofo –en razón de notorios y seguros argumentos filosóficos y con inteligencia aplicada– ha prácticamente **realizado** con respecto a las latentes formas de las cosas. No creo en efecto poder aceptar todo lo que escriben Autores, hasta no anteponer a sus opiniones lo que como cosa más positiva nos enseñe el **experimento**. Lamentablemente acontece muchas veces que también los Autores –alrededor de las cosas no investigadas hasta el fondo– emitan afirmaciones y sentencias aun sobre puntos que personalmente a ellos no les constan... (221).

2. *Laboratorio alquímico*. Uni-trina hornalla... en la cual tres operaciones diferentes pueden hacer con un **disolvente Fuego único y solo**... (221).

3-4. *Hornos y hornallas*. {También hay dos incisiones. Ningún lector ignora que laboratorio, hornos, hornallas y otras cosas. todo ello se encuentra comprendido en nosotros mismos}.

5. *Los instrumentos*. Así como de Naturaleza, es instrumento propio de los Alquimistas el fuego ⁶... fuego propio interno, y naturalmente ínsito en cada sustancia; y es indispensable que lo tenga en cuenta también el Alquimista... (225-26).

6. *La operación*. Es doble: *solutio* y *congelatio*. La solución {disolución} es calcinación {fluidificación} del cuerpo: el congelamiento es en vez {y en el interín} condensación de espíritu ⁷ reducido a vapor... Así el cuerpo térreo es disuelto en cal y el ácuo en espíritu aeriforme; el cual se recondensa en cuerpo áureo {o mercurial} **en una sola y única**

⁵ Los reales y teoréticos agentes mágicos.

⁶ Fuego de *Amor factivo*, lector mío; y esto prácticamente, en la vía húmeda, es lo *esencial*; todo lo demás, o viene luego por sí mismo, o permanece más o menos como literatura.

operación, denominada destilación por parte del vulgo y , con más propiedad, **separación** ⁸ por parte de los Filósofos... Y **rectificación** no es luego otra cosa que repetición de destilaciones... (226-227).

LIBRO III. – ALQUIMIA APLICADA

1. *Preparación de los fármacos*. Cuando los empíricos sin conocimiento de Física se esmeran en imitar a los Físicos; no logran habitualmente conseguir lo que braman. Se encuentran en efecto reducidos a mezclar –sin previa preparación– cuerpos con cuerpos, intentando en ese interín las preparaciones. Yo no os esconderé en vez que los Alquimistas **mezclan físicamente Cuerpos con Espíritus**, para atraer cosas semejantes con cosas semejantes; hecho lo cual, **dejan en banda los cuerpos**, como totalmente ineptos para la Medicina. Y hacen también algo mejor: los espíritus, en tal manera mezclados con sutilísimos procesos, ellos los vuelven a separar... (228).

2-5. Preparación de vitriolo, de aguardiente, de los óleos, en **hornos de fuego lento** (228-32).

6. *Virtud de las Quintaesencias*. Es una cosa admirable, e increíble para el vulgo, que el Espíritu del Vino ⁹ –extraído y totalmente separado de su cuerpo– valga, por un continuo movimiento de circulación, para extraer –a través tan sólo de una infusión– así como quieren otros espíritus de sus cuerpos: sea vegetales, como minerales o animales. Y sin embargo los filósofos alquímicos no conocen una máxima más verdadera, ni experimentalmente más comprobada que ésta: que los Activos, separados

⁷ *Spiritus*, los Espíritus –de los *spiritelli* de DANTE, hasta los *espíritus vitales* de los vitalistas– eran fluidices concretas y materiales: reductibles a formas flúidicas, algunas más gruesas y otras más sutiles.

⁸Es decir, separación de los cuatro –o tres, o dos– elementos nuestros constitutivos: a fin de que, para la preparación de la nueva unidad superior, adquiera mientras tanto –o readquiera– cada uno de ellos, una verdadera y propia autonomía. Lo cual, siendo en suma esencialmente *anormal*, no es ni siquiera sin peligros más o menos graves. He aquí por qué se hace de la magia tan estricto secreto, el que no se revela o expone tan sólo a quien –luego de largas pruebas y desilusiones– parezca dar alguna confianza por su sólido temperamento y elevado carácter.

⁹Todo el párrafo tiene herméticamente múltiples sentidos subjetivos y objetivos, individuales y colectivos, particulares y universales, humanos y divinos. No subrayaré casi nada, puesto que sería suficiente con subrayar cada cosa.

de sus Pasivos, actúan sobre cualquier Compuesto: separando del mismo, por co-disolución (*per symbolisationem*), al espíritu. Cosas semejantes son en efecto atraídas por todas las cosas similares no obstaculizadas; y el Espíritu por su naturaleza, anhela la liberación de los troncos del Cuerpo, para volver a su propio origen, o para unirse a uno similar a él. No es pues sorprendente si la *Quinta-Virtus-Essentia-Prima* del *Vinum*¹⁰ atrae las *vires* (fuerzas-facultades) de todos los seres infundidos en ella: disolviéndolas de los elementos, por disolución de su lazo natural: logrando los espíritus, por apetencia o reacción, elevarse por sobre las resistencias pasivas... (233).

7. *Solución por sí*. Casi todos los químicos enseñan a *destilar* (disolver) metales: algunos con vinagre redestilado, o con alguna lejía fuerte; la mayoría, con aguas o jugos, extractos de sustancias reactivas (*ex acuentibus*). Yo en vez mostraré ahora un modo de disolver cualquier metal, no por mezclas, sino por sí mismo; lo cual creo que no ha sido aun enseñado por nadie, o por lo menos no recuerdo haberlo leído jamás. Por evaporación será disuelto todo metal consumible por el fuego, si, al ser puesto en un alambique –... y bien cerrado con tierra fuerte– sea tratado con **fuego de licuefacción**: con tal de que en el momento de la licuefacción sea tenido **por un larguísimo tiempo**... Manera ésta, de disolver metales, la cual no es para nada algo que deba descuidarse; es por el contrario algo que debe observarse con suma diligencia: que puede verte a propósito por alguna cosa mucho mejor¹¹, tan sólo que tú lo sepas (233-34).

12. *Enigma mineral*. “Visita (bis) Interiora Terrae; Rectificando, Invenies Occultum Lapidem (Veram Medicinam)” – Visitarás lo interior de la Tierra; rectificando, hallarás la piedra oculta (la medicina veraz).

“*Huius Lapidis, jam manifesti, libras sex... calcinabimus*”. Primer sentido: “Calcinaremos seis libras de esta {oculta} Piedra, a nosotros ya hecha manifiesta”. Segundo sentido, leyendo *sex* = VI = *vi* = por fuerza o

¹⁰ Entendían por *Vinum*: en el microcosmos el *vinum vinens*, vino rojo, o viva sangre humana en las vivas venas – y no ya la sangre extractada y profanada en las abominaciones brujeriles; y, en el macrocosmos, el *Vinum-Unum-Vita*, o la viviente Sustancia omnipresente omníeiva y uníeiva; concreta y profunda Materia-Forma-Vida del *unum-Universum*. Sobre el *Vinum* se verá más adelante también un especial Enigma. En el microcosmos todo esto es también comprendido a veces en relación al semen humano y a todo jugo humano, y quizás en relación al mismo vino: con tal de que sea bueno.

¹¹ Para pasar de la vía húmeda a la seca: *si sapis*, si sabes.

virtud: “*En virtud* de esta {oculta y divina} Piedra, calcinaremos a los *equilibrados* {Elementos nuestros}... ¹²” (237-39).

13. *Enigma vegetal*. “Unum post quinque nihil enim post quinque millenium colloca”. – Después de cinco (V), pon uno (I), y *nihil o enim* (los que se abrevian ambos en N), y luego de cinco (V) pon mil (M). {De allí entonces VINUM} ¹³.

“Huius partes 16 aequales... destillabimus”. Primer sentido: “De éste (*Vinum*), destilaremos 16 partes iguales...”. – Segundo sentido, leyendo $16 = XVI = Xrsti vi$ = “En virtud de Cristo, destilaremos las partes iguales de este Vino” {la parte lunar, es decir la mercurial} (239-240).

14. *Enigma animal* ¹⁴. El *Precium vile-carum* {el cuerpo físico}, se lo damos para devorar al dragón generador de decadencia {al principio mercurial disolvente} de acuerdo a la segunda parte {la VI, la *vi*, la fuerza que es *parte* o dote} de éste. Una vez degustado, enseguida esta inquieta serpiente {el fugitivo Mercurio} detiene su paso; y, puesto en situación de sopor, le acontece absorber de aguas emanadas de dos fuentes: una blanca, y una verde {influjos denominados invernales o *lunares*, y denominados primaverales o *venerianos*}, hasta que vuelva el próximo verano {vuelvan los influjos denominados *solares*}. El cual verano, con su calor vehemente, diseque las aguas y, en una profundidad de mar, aparezca muerto el cadáver {del viejo Adán}. El cual, lanzado en el Fuego, revive; y, reasumidas las alas, sale a volar por el aire, dejando sin embargo en el fuego un embrión: aquel que él pare, por concepción del *Precium*. Este embrión, puesto que ha nacido en Fuego, debe también alimentarse, casi como una Salamandra, con el Fuego: hasta el momento en que, convertido en adolescente, se convierta en sumamente rubicundo y sanguíneo. Entonces, en más felices

¹² Es el famoso enigma cuya primera forma –sin lo que aquí ha sido puesto entre paréntesis – fue de BASILIO VALENTINO. Las iniciales latinas formaban VRITTIOL(UM), nombre dado también por VALENTINO a la misteriosa Piedra Filosofal. Visitar pues lo íntimo del propio ser; luego rectificar sin cansarse, y sin arredrarse.

¹³ De la denominación *Vino* –ahora blanco y ahora rojo (forma lunar y mercurial, semen y sangre humana y así sucesivamente)– había ya hecho un gran uso LULIO (1232-1335). Sin embargo no conocía el enigma, y creo que sea sin más de DORN. Respecto de LULIO se puede hoy consultar el volumen un poco tímido pero concienzudo del LUCIEN-GRAUX, *Le Docteur Illuminé*, París, Fayard, 1927.

¹⁴ Es por cierto todo del mismo DORN; y lo doy completo, con algún esclarecimiento en los habituales paréntesis.

olas que aquellas en las cuales ya proveía su madre, conviene lavarlo y sumergirlo, a fin de que, desde esta muerte suya {por inmersión}, vivan más felizmente los ya languidecidos. Se separa del cuerpo ya hecho pálido, con la sangre, aquella alma que para nosotros es tal premio, pero que debe ser considerada vil en cuanto se sea cuerpos ¹⁵. Esta alma, totalmente sana por todas partes, al ser infundida en un cuerpo enfermo, saben por prueba los Filósofos cómo pueda –en virtud de su sutileza simple– hacerlo libre de cualquier contagio ¹⁶. Ésta, entre todas las medicinas, es la más perfecta y simple, que no deja nada de corrupto en los cuerpos humanos ¹⁷); que restaura toda languidez y atempera todo exceso o defecto. Con su sutileza de unión, hace hacer paz y concordia a enemigos acérrimos ¹⁸ da vida en este siglo –si es que Dios lo consiente– también a los ya moribundos y a los cuerpos débiles otorga salud (240-41).

CONCLUSIÓN

Todos los ignorantes respecto de nuestro Arte –sean éstos aun universitarios muy doctos – suelen reprobarla. ¡Qué maravilla! ¿Cuándo has experimentado u oído algo semejante? A ello no le sigue que tenga que condenarse un arte tan sólo porque los doctos la ignoren... (241).

Entre nosotros y en nosotros, también si no de nosotros, tenemos todo lo que vamos buscando afuera y de otros... (242). En cada compuesto o individuo, se encuentra algo muy distinto que lo solo caliente o lo solo frío, o seco o húmedo, ni seco, ni frío, ni escasamente caliente; es un *aethereum quid*, a la manera de Cielo {Éter o Fuego} segregado de los Elementos inferiores. Por lo tanto, por parte de los Filósofos esta Medicina

¹⁵ Texto sumamente oscuro: “*quae precium nobis est, corpora cuncta vilibus valeant*”. He terminado suponiendo que falta “... *est (tale, ut) corpora...*”. Pero otras suposiciones se presentarían: *est = edit* = come (aquella alma que devora el *Precium*; y que todos los cuerpos permanezcan también para los viles); o bien, falta incluso alguna línea completa luego de *est*, el cual está al final de un renglón.

¹⁶ Es sabido cómo múltiples corporaciones iniciáticas, antiguas y no tan antiguas – rosacrucianas, paracelsianas, etc. – fuesen y quizás aun hoy lo sean, de terapeutas.

¹⁷ En los cuerpos, naturalmente, también astrales: sujetos a infecciones también ellos.

¹⁸ Como el Cuerpo y el Alma.

es denominada también Cielo: sea porque no actúa de manera diferente sobre nuestros cuerpos, de cómo actúa el Cielo sobre las cosas inferiores: y sea porque ella, en relación con el cuerpo del cual se ha desunido, es de naturaleza incorruptible, como el Cielo¹⁹ en comparación con los Elementos. Cosa muerta son en efecto los Elementos –y nada producen– si no son vivificados por el Espíritu o Alma del Universo. Así como la Tierra: la cual, aun si pingüe, no produce nada hasta que no sea expuesta al aire; pero he aquí que en contacto con el aire abierto, ella produce hierbas y animales. Ahora bien, no hay nada tan compacto en la corteza terrestre {y tanto menos en el organismo humano}, que pueda impedir a aquella Alma penetrar hasta el centro... (243-45). Aquel que creyese pues que los Elementos pudiesen generar por sí mismos, no sería estimado como más filósofo que aquel tonto que creyese que la mujer pudiese concebir sin el hombre... Por ende aquel Fuego elemental que extrae su primer origen del centro terrestre... aquel ejercita sobre los otros Elementos, el magisterio de la disolución; pero al Cielo –y no a los Elementos– se le debe en cambio el beneficio de la generación. La cual acontece pues siempre entre Cielo y Elementos... y el feto es por lo tanto siempre un mixto de un Progenitor y de los otros...: **plasmado de su sustancia, en perfeccionamiento de sí...** (243).

Y a fin de que no parezcamos querer prostituir al modo de un lenocinio los secretos de la Naturaleza, basten sobre esto estas escasas menciones, a los hijos de la Sabiduría: ellos fácilmente comprenderán qué es lo que entendemos bajo tales cosas. Aquellos que, luego, ignoran nuestro Arte, y a su vez se burlan de ella, se vayan bien lejos de aquí: pues para ellos sobrevendrá la destrucción: que buscando no encuentren y que oyendo no comprendan... A través del Espíritu y no por la boca reciben su alimento los hijos de la Sabiduría: a fin de que más que con el cuerpo vivan con la Mente: pero quieren también, mientras tanto, que se tenga *Mens sana in corpore sano*: hasta tanto las tres cosas {Cuerpo físico, Espíritu mercurial y *Mens* neoplatónica} disueltas del lazo de la Naturaleza –luego una vez más reunidas en un *unum*–vivan en lo eterno.

¹⁹ Evidentemente este Cielo es comprendido aquí, antes o después, como habría sido comprendido luego por BRUNO, o como la sola Materia universal, o como la universal Materia-Forma.

6) GLOSAS VARIAS

DIFICULTADES EN CREER

Las “dificultades en creer” en lo relativo a ciertas cosas de nuestras disciplinas tienen muchas veces aspectos sumamente curiosos.

Por ejemplo: si se dice que, en el orden de una “cadena mágica”, se ha tomado a un ser humano, y de la ciudad en la que se encontraba se lo ha hecho encontrar en otra, es una pequeña sonrisa lo que, en la mejor de las hipótesis, tienen Uds. que esperarse. Pero si se dice a esa misma persona que en una sesión espiritista se ha verificado un “aporte” (objeto extraño arribado a un ambiente cerrado), hoy en día no acontecerá para nada un escándalo.

Ahora bien, desde el punto de vista *objetivo* sería difícil indicar una gran diferencia entre los dos fenómenos. En un caso como en otro tenemos un estado de desmaterialización (tomemos así por bueno este término) y otro de rematerialización, con un estado intermedio libre respecto de la condición del espacio. Así pues, si el fenómeno de “aporte” corresponde a una posibilidad ya positivamente confirmada, no se ve por cuál razón deba resultar más inconcebible otro proceso sustancialmente idéntico, por la sola diferencia de que el mismo en vez de verificarse inconcientemente e inintencionalmente en el estado de *trance* de un médium, se presume que pueda acontecer volitivamente a través del éxtasis activo de un mago. En efecto, no es que sea presupuesta otra cosa para comprender los fenómenos “increíbles” del género aquí referido.

Y estas consideraciones podrían ser extendidas a varias otras posibilidades ya constatadas experimentalmente por parte de las indagaciones psicológicas. El hombre moderno aparece como singularmente derrotista en lo relativo a sí mismo. Es en contra de su voluntad, a causa de la evidencia —si no también por la violencia— de la “experiencia”, que él arriba a admitir ciertas posibilidades extranormales. Pero cuando, además de esto, se lo invita a ver si, por casualidad, con un cierto método, puede hacerse dueño de éstas y convertirse directamente en conciente de las mismas; entonces la medida ha sido superada, nos *distraemos*, pensamos en otra cosa, se grita en contra de los visionarios y de los mistificadores que aun hoy piensa en reexhumar la *magia*.

AQUEL QUE “VEÍA” A LOS DIOS

Uno de los prejuicios que hoy en día impiden más la comprensión de las tradiciones antiguas o de civilizaciones que aun presentan un forma diferente de la dominante en Occidente, es: pensar que tal como hoy se encuentra el mundo de las facultades humanas en lo relativo a la percepción sensible, haya sido siempre así de la misma manera.

Si nosotros por ejemplo consideramos a la imaginación, hallamos que ésta, hoy en día, en el estado de vigilia, en la gran mayoría de los hombres es una facultad *subjetiva*: ella elabora formas que pertenecen al mundo del Yo y que no tienen relación con la realidad. De manera tal que decir irreal o arbitrario, hoy en día, es todo una misma cosa; así un juicio análogo es extendido a todo lo que en las antiguas tradiciones aparece como teniendo referencia a una facultad de tal tipo – contenido de fábulas, de mitos, etc..

Una tal opinión es exacta en relación con una cierta condición de la facultad fantástica, por la cual ésta se encuentra aislada del mundo externo, y receptiva tan sólo a los impulsos que le vienen del mundo subjetivo del Yo. Pero es posible, para tal facultad, una condición diferente y opuesta, por la cual ésta, en vez, sea aislada con respecto al mundo subjetivo y abierta al mundo objetivo justamente como acontece para las facultades de la percepción física. En este estado –el que estamos fundados en considerar como constitucional en civilizaciones primordiales, mientras que hoy es despertable tan sólo a nivel extranormal y excepcional– en este estado las fuerzas naturales, del mismo modo que al actuar sobre los órganos de los sentidos producen una percepción o representación que tiene valor de conocimiento real, así también éstas, actuando sobre la fantasía, crean un fantasma, una visión, o imagen, que tiene por igual un valor de conocimiento real. Es decir que surgen formas simbólico-fantásticas que traducen figurativamente un contacto con las fuerzas de las cosas.

Así es como el hombre antiguo *veía* a los dioses, *veía* a los gnomos, las sílfides, a las ondinas, a los démones, a los genios y así sucesivamente. Todo esto no era para él en modo alguno una “invención”, una libertad poética, sino un dato inmediato de la experiencia que se insertaba espontáneamente entre la trama de aquello que revelan los sentidos físicos, casi como para continuarla. Repitamos que aun hoy el asunto es posible y

tiene lugar cuando en el estado de vigilia se sea capaces de aislarse en aquello que en otra parte ha sido denominado como el “hombre lunar”¹.

Expliquémonos con aun mayor claridad: si ponemos a un hombre provisto de una cierta sensibilidad estética ante un océano en tempestad, se establecerá una cierta relación por la cual, además de la común representación sensorial, él sentirá una cierta emoción estética. En un segundo momento, partiendo de esta emoción él podrá desarrollar determinadas imágenes poéticas y fantásticas, de un valor puramente personal. Objetivamente, he aquí lo que ha sucedido: una cierta acción invisible de las fuerzas físicamente manifestadas en el océano ha pasado enseguida a transformarse y a consumarse en un estado *subjetivo*: el Yo se ha interpuesto, ha retenido únicamente su sacudida emotiva y sobre aquélla, en tanto hecho privado de un poeta, ha construido. Sin embargo hacer esto no hubiera sido posible con una percepción física; en la medida en que el proceso de la percepción sensoria es tal que el Yo no puede intervenir antes de la producción de una representación que tenga el carácter de un conocimiento real, objetivo. Ahora bien, si a nivel espontáneo y provocado el Yo fuese conducido a una tal incapacidad de intervención y de apropiación también en lo relativo al proceso del cual hablaríamos recién, la acción desde afuera no hallaría más el transformador que la detiene en la forma de sensación subjetiva – emoción lírica u otra cosa; continuaría su vía, sin arribar *pura* a la fantasía, la cual reaccionaría produciendo una imagen, una visión, una aparición. Sería por ejemplo la figura del “ente” del Océano. En este caso la fantasía actuaría como una facultad de *conocimiento*, conocimiento real como el proporcionado por los sentidos ordinarios.

Sin embargo no debemos olvidar nunca el carácter *simbólico* de cada una de estas visiones. Nos damos cuenta cómo se encuentran las cosas cuando se dice así: mundo de las emociones y de las sensaciones –mundo privado de forma– pura realidad privada del Yo; mundo de las “visiones” –mundo con forma– hay un contenido de realidad, pero como un símbolo a descifrar; estadio ulterior –nuevamente sin forma– puesto que el Yo

¹ En el “hombre lunar” de noche la fantasía se activa y produce los sueños; el transcurso de los cuales tiene precisamente el mismo carácter de traducción simbólica de un contenido que sin embargo, normalmente, continúa perteneciendo o al mundo subjetivo del Yo (estímulos, deseos, pensamientos reprimidos), o al mundo de las sensaciones físicas (el ruido de una silla caída se traduce, en el sueño, por ejemplo, en un cañón que dispara): sólo raramente el mismo contiene mensajes de los mundos superiores.

neutraliza la misma facultad de la imaginación, a fin de que la impresión no sea detenida ni siquiera por una imagen y arribe directamente al centro: en el mismo Yo, sin intermediarios. Entonces se tiene el *contacto metafísico* o de *unión*, que es *conocimiento* en el sentido integral del término.

Pero, aun limitándose al estadio intermedio, los modernos tendrían mucho que aprender, si *viesen*, no sólo estudiando las visiones, las leyendas y mitos de la humanidad antigua, sino incluso de aquellos residuos degenerados de la misma, que son los pueblos salvajes.

HOMBRES Y DIOSSES

“Dos órdenes de realidades: los dioses y los hombres. Aquellos, en el espacio. Nosotros, en la tierra. Nos han posado aquí abajo *como sus dobles*, dejándonos sin embargo una cierta autonomía.

Ellos son el espacio, cuya curvatura es la ribera de lo Infinito. A nosotros, la tierra. He aquí nuestra misión.

Ellos han hecho descender los cielos sobre la tierra. Han conducido la evolución hasta la forma humana. Y parecen descansar. Entonces el hombre actuará, en el *séptimo día*. El universo celeste está orientado hacia nosotros, la justicia y la misericordia universal convergen hacia nuestro extraño planeta de sangre y de barro, que es el Centro del Mundo. Los siete cielos se encuentran alrededor de él. Del mismo modo que un espejo, él vuelve a enviarles los siete rayos, posados sobre siete sellos. Y todo lo que se encuentra abajo es como lo que se encuentra en lo Alto...

Nuestra carne está forjada sobre el modelo divino. Pero la semejanza no es alcanzada sin pena. Son necesarios siglos para una imagen que satisfaga: muchas son informes o deformes. Pero acontece también que la reproducción se logre. Entonces entre mil y diez mil personas, se ve un rostro realmente divino. Esto es suficiente para el que sabe ver...

Todo hombre es el doble de un dios. Encerrado como en un círculo de hierro, la Cábala ha dado un nombre a su guardián: EL DRAGÓN DEL UMBRAL. ¡Corre de aquí por allí y *come el polvo* todos los días, todos los días!

Muere. Pero es para renacer y morir y renacer. Un día toma conciencia de sí. Al final –puesto que todo tiene un fin aquí abajo– al final, se despierta dios.

(De “*Le Symbolisme*”)

II

1) EA

LA LEYENDA DEL GRIAL Y EL “MISTERIO” DEL IMPERIO

En una o en otra forma, en las tradiciones de los pueblos más variados siempre se encuentra la idea de un poderoso “Señor del Mundo”, de un reino misterioso que se encuentra por encima de todo reino visible. De una residencia que tiene, en sentido superior, el significado de un polo, de un eje, de un centro inmutable, representado como una tierra firme en medio del océano de la vida, como una comarca sagrada e intangible, como una tierra de la luz, o tierra solar.

Significados metafísicos, símbolos y oscuros recuerdos se entrelazan aquí inseparablemente. La idea de la realeza olímpica y del “mandato del cielo” constituye un tema central: “Aquel que reina a través de la Virtud (del Cielo)–dice KONG-TZE – se asemeja a la estrella polar: él permanece inmóvil, pero todas las cosas se mueven a su alrededor”. La idea del “Rey del Mundo” concebido como *cakravartî* se encuentra por encima de una serie de temas subordinados : el *kravarti* –Rey de los reyes– hace girar la rueda –la rueda del *Regnum*, de la “Ley”– permaneciendo él mismo inmóvil. Invisible como la del viento, su acción tiene sin embargo la irresistible fuerza de las fuerzas de la naturaleza. En mil formas, y en estrecha conexión con la idea de una tierra nórdico-hiperbórea, irrumpe el simbolismo de la sede del medio, de la sede inmutable: la isla, la altura montañosa, la ciudadela del sol, la tierra defendida, la isla blanca o isla del esplendor, la tierra de los héroes: “Ni por tierra ni por mar se alcanza la tierra sagrada” – se dice en la tradición helénica. “Sólo el vuelo del espíritu os puede conducir allí” –susurra la tradición extremo-oriental. Otras tradiciones hablan de un monte magnético misterioso y del monte, en el cual desaparecen o son raptados aquellos que han obtenido la perfecta iluminación espiritual. Otros hablan aun nuevamente de una tierra solar, desde la cual provienen aquellos que son destinados a asumir la dignidad de reyes legítimos entre pueblos sin príncipes. Ésta es también la *isla de Avalón*, es decir, la isla de Apolo, del dios solar hiperbóreo, denominado

a su vez Aballún por parte de los Celtas. También respecto de legendarias razas “divinas”, como los Tuatha dè Danann, que vinieron del Avalón, se dice que vinieron “del cielo”. Los Tuatha llevaron consigo desde el Avalón algunos objetos místicos: una piedra que indica a los reyes legítimos, una lanza, una espada, un vaso que provee un alimento permanente, el “don de vida”. Son los mismos objetos que figurarán en la leyenda del Grial.

Desde los tiempos primordiales estos temas originarios descienden hasta el Medioevo asumiendo en esta época formas características. De aquí, por ejemplo, las tradiciones relativas al reino del Preste Juan y del Rey Arturo.

“Preste Juan” no es un nombre, sino una denominación: se habla de una dinastía de “Prestes Juan” la cual, del mismo modo que la estirpe de David, habría revestido a un mismo tiempo la estirpe regia y la sacerdotal. El reino de Juan asume muchas veces los rasgos del “lugar primordial”, del “paraíso terrestre”. Es allá donde crece el Árbol; un árbol que, en las diversas redacciones de la leyenda, aparece a veces como Árbol de la Vida, otras como un Árbol de la Victoria y del dominio universal. Allí se encuentra también la piedra de la Luz, una piedra que tiene la virtud de resucitar al animal imperial, el Águila. Juan domina a los pueblos de Gog y de Magog, es decir, las fuerzas elementales, el demonismo de lo colectivo. Varias leyendas hablan de viajes simbólicos que los más grandes dominadores de la historia habrían hecho hasta el país del Preste Juan, o hacia tierras que tenían un significado análogo, para recibir allí una especie de consagración sobrenatural de su poder. Por otro lado, el Preste Juan habría enviado a emperadores, como “Federicus”, donaciones simbólicas que tenían el significado de un “mandato divino”. Uno de los héroes que habría alcanzado el reino del Preste Juan es Oyero de Dinamarca. Pero en la leyenda de Oyero de Dinamarca el reino del Preste Juan se identifica con el Avalón, es decir con la isla hiperbórea, con la tierra solar, con la “isla blanca”.

En Avalón se ha retirado el *Rey Arturo*. Acontecimientos trágicos, descriptos en formas diferentes de acuerdo a los textos, lo obligan a buscar allí refugio. Este retiro de Arturo no tiene el significado de la conversión de un principio, de una función, en algo latente. Arturo, de acuerdo a la saga, no ha muerto nunca. Él vive todavía en el Avalón. Él se volverá a manifestar nuevamente. En la figura del Rey Arturo debe verse una de las múltiples funciones del “dominador polar”, del “rey del mundo”.

El elemento histórico se encuentra aquí revestido por el suprahistórico. Ya la antigua etimología vinculaba el nombre de Arturo con *arkthos*, es decir, “oso”, lo cual, a través del simbolismo astronómico de la constelación polar, remite nuevamente a la idea del “centro”. El simbolismo de la “Mesa Redonda”, de cuya caballería Rey Arturo es el jefe supremo, es “solar” y “polar”. El palacio de Rey Arturo –así como el Mitgard, la residencia luminosa de los *Aasen*, de los “héroes divinos” nórdicos– está construido en el “centro del mundo” – *in medio mundi constructum*. De acuerdo a algunos textos, el mismo gira alrededor de un punto central: gira, como en la “isla blanca” –*çvetadvîp*– recordada por los indoeuropeos de Asia, en la tierra hiperbórea cuyo dios es el solar Vishnu, gira la *swastika*, como “la isla de vidrio” céltico-nórdica –un facsímil del Avalón– gira; como la rueda fatal del *cakravartî*, del “Rey del Mundo” ariano, gira. Los rasgos sobrenaturales, “mágicos”, propios de esta figura se encarnan, por decirlo así, en *Myrddhin*, es decir, en Merlín, consejero inseparable de Rey Arturo, que es, en el fondo, más que un ser diferente de él, la representación personificada de la parte sobrenatural del mismo Arturo. La caballería de Arturo irá a la búsqueda del Grial. La caballería de Arturo, que recluta sus miembros entre todas las patrias, tiene como consigna: “El que es jefe, que sea nuestro puente”. De acuerdo a la antigua etimología, *pontifex* significaba por lo demás el “hacedor de puentes”, aquel que establece el lazo entre las dos riberas, entre los dos mundos.

A ello se le agregan oscuros recuerdos históricos y transposiciones geográficas de nociones temporales. La “isla” situada “en la extremidad del mundo”, respecto de lo cual, en varias tradiciones, en realidad significa el centro primordial en las lejanías remotas del tiempo. La tierra del sol es, para los Griegos, Thulé – *Thule ultima a sole nomen habens* – y Thulé equivale al *Airyānem-Vaêjô*, al país del extremo norte de los antiguos Persas. El *Airyānem-Vaêjô* ha conocido el reino del solar rey Yima, la “edad del Oro”. Pero Hesíodo recuerda: “Cuando esta edad (la edad del Oro) declinó, aquellos hombres divinos continuaron a vivir *toi mèn...eisi* y se convirtieron, en forma invisible *eóra essamenou* en los guardianes de los hombres”. Ello porque el “sentido de la historia” es la decadencia: a la edad del Oro le sucede la de la Plata – la edad de las Madres; luego la del Bronce – la edad de los Titanes; finalmente la edad del Hierro; “edad oscura”, *kali-yuga*, “crepúsculo de los dioses”. ¿Por qué? Muchos mitos

parecen querer establecer una relación entre “caída” e *hybris*, es decir, usurpación prometeica, revuelta titánica. Pero nuevamente, HESÍODO nos recuerda: Zeus, el principio olímpico, ha creado en la edad del Hierro una generación de héroes, que son más que “titanes” y tienen la posibilidad de conquistar una vida similar a la de los dioses, *íós te òesí*. Un símbolo: el Heracles dórico-aqueo, aliado de los Olímpicos, enemigo de los titanes y de los gigantes.

La doctrina del centro supremo y de las edades del mundo está estrechamente vinculada con la de las leyes cíclicas y de las manifestaciones periódicas. Si se dejase a un lado tales puntos de referencia, muchos mitos y muchos recuerdos tradicionales nos remitirían a una situación de fragmentos casi incomprensibles. “Ello aconteció una vez – ello acontecerá de nuevo”, enseña la tradición. Y también: “Cada vez que el espíritu declina y la impiedad triunfa, yo me manifiesto; para la protección de los justos, para la destrucción de los malvados, para establecer firmemente la ley, de edad en edad yo revisto un cuerpo”. En todas las tradiciones, bajo diferentes formas, más o menos completas, recorre siempre la doctrina de las manifestaciones cíclicas de un principio único, subsistente en los períodos intermedios en estado latente. Mesías, Juicio Universal, *Regnum*, etc.: todo esto no representa otra cosa que una traducción religiosa y fantiosamente deformada, de este conocimiento; conocimiento que por lo demás se encuentra también en la base de aquellas confusas leyendas, en las que se narra acerca de un dominador que no habría muerto nunca, sino que se habría retirado en una sede inaccesible – idéntica en el fondo, al “Centro” – para volver a manifestarse en el día de la “última batalla”; de un emperador que duerme y que se volverá a despertar; de un príncipe herido, que espera a aquel que lo curará y que conducirá su reino decaído o devastado hacia un nuevo esplendor. Todos estos muy notorios temas de la leyenda imperial medieval nos remiten sumamente lejos en los tiempos. El mito primordial del *Kalki-avatâra* contiene ya todas estas ideas en una relación sumamente significativa con otros símbolos ya indicados por nosotros. *Kalki-avatâra* ha “nacido” en Shambala, que es una de las designaciones del centro hiperbóreo primordial. La enseñanza le ha sido transmitida por parte de PARAÇU-RÂMA, el representante “nunca muerto” de la tradición de los “héroes divinos”, el destructor de la casta guerrera en rebelión. *Kalki-avatâra* combate en contra de la “edad oscura” y sobre

todo contra los jefes de las fuerzas demoníacas de la misma, Koka y Vikoca, los cuales, aun etimológicamente remiten a Gog y Magog, a las fuerzas subterráneas que, ya dominadas y subyugadas por el regio Preste Juan, se desencadenarán en la edad oscura y contra las cuales también el emperador vuelto a despertar deberá combatir.

La leyenda del Grial debe ser referida a tal orden de ideas y sólo sobre la base de estos datos tradicionales y de este simbolismo universal la misma puede ser comprendida sea desde el punto de vista histórico como desde el suprahistórico. Aquel que en la historia del Grial considera tan sólo una leyenda cristiana, o una expresión del “*folklore céltico pagano*”, o la creación de una literatura caballeresca sublimada, no captará de los respectivos textos, sino el aspecto más exterior, accidental e insignificante. De la misma manera sería equivocado también todo intento de deducir los temas del Grial del espíritu de un pueblo en particular. Se puede afirmar, por ejemplo, que el Grial es un “misterio” nórdico; pero tan sólo a condición de entender por “nórdico” a algo sumamente más profundo y más comprensivo que “alemán” o aun “indogermánico”, algo que en vez remita a la tradición hiperbórea, la cual hace una misma cosa con la misma tradición primordial del presente ciclo. En realidad, justamente desde esta tradición se pueden deducir todos los temas principales de las leyendas en cuestión.

A tal respecto es sumamente significativo que, según el “*Perceval li Gallois*”, los textos que contienen la historia del Grial habrían sido hallados en la “Isla de Avalón”, en donde “está la tumba de Arturo”. Además otros textos llaman al país, en el cual *José de Arimatea* habría llevado el Grial y en donde habitaban ciertos enigmáticos antepasados del mismo José, la “Isla Blanca” e “*Insula Avallonis*”: son, nuevamente, designaciones del centro nórdico primordial. Si Inglaterra en esta literatura aparece muchas veces como una especie de tierra prometida del Grial y como el país en el cual se desarrollan esencialmente las aventuras del Grial, muchos indicios nos dicen que, al respecto, se trata de un país simbólico. Inglaterra fue llamada también “Albión” e “Isla Blanca”; “Albania” fue una parte de la misma; Avalón la localidad de Glastonbury. La antigua toponomástica céltico-británica parece pues haber transferido a Inglaterra, por lo menos

a una parte de ésta, algunos recuerdos y algunos significados referidos esencialmente al centro nórdico primordial, a Thulé, a la “tierra solar”. Éste es el verdadero país del Grial. Y es por esto que el reino del Grial se encuentra en estrecha relación con el reino simbólico de Arturo, con el reino devastado –*la terre gaste*–, con el reino cuyo soberano se encuentra herido, en letargo y decaído. Una isla montañosa, una isla de vidrio, una isla que gira sobre sí misma (*the isle of the tournance*), una residencia rodeada por las aguas, un lugar inaccesible, una cumbre alpina, un castillo solar, un monte salvaje y un monte de la salvación (*Montsalvatsche* y *Mons Salvationis*), una ciudadela invisible, tal de poder ser alcanzada sólo por los elegidos, e incluso por parte de éstos corriendo un peligro mortal, etc. – he aquí las escenas más importantes sobre las cuales se dirigen las principales aventuras de los héroes del Grial: éstas no son sino tantas representaciones del “Centro”, de la residencia simbólica del Rey del Mundo. También el tema de la tierra primordial es recurrente: un texto llama “Edén” a la tierra del Grial. El ciclo de *Lohengrin* y la *Sachsenkronik von Halberstadt* refieren: “Arturo se encuentra con sus caballeros, en el Grial, que ya fue el paraíso y que ahora se ha convertido en un lugar de pecado”.

En la literatura caballeresca el Grial es propiamente un objeto sobrenatural, que tiene esencialmente estas virtudes: alimenta (“don de vida”); ilumina (iluminación espiritual); convierte en invencible (quien lo ha visto, *n'en court de bataille venchu*, según ROBERT DE BORON). En cuanto a los restantes aspectos, hay que señalar dos.

Sobre todo el Grial es una piedra celeste, que no sólo designa a los reyes –como la piedra que los Thuata llevaron consigo al Avalón– sino que indica también a los dominadores destinados a convertirse en “Preste Juan” (de acuerdo al “*Triturel*”).

En segundo lugar, el Grial sería la piedra caída de la corona de Lucifer en el momento de su derrota (de acuerdo al “*Wartburgkrieg*”). Como tal, el Grial simboliza un poder que Lucifer perdiera al caer, y el mismo también en otros textos conserva el carácter de un *mysterium tremendum*. Como una fuerza temible, el Grial mata, despedaza, enceguece a los caballeros que se le acercan sin ser dignos del mismo y sin ser los elegidos (según el “*Grand St. Graal*”, “*Joseph de Arimathia*”, etc.). Este aspecto del Grial se encuentra en relación con la prueba del “lugar peligroso”. A

la Mesa Redonda de Arturo le falta ya alguien, Un lugar se encuentra vacío, el cual, en el fondo, es el del jefe supremo de la Orden. Aquel que lo ocupa sin ser el héroe esperado, es fulminado o es tragado por una súbita vorágine. El Grial puede ser alcanzado tan sólo combatiendo –*er nuos erstriten werden* – dice WOLFRAM VON ESCHENBACH.

El misterio del Grial comprende dos temáticas. La primera retoma la idea de un reino simbólico, concebido como una imagen del centro supremo; reino, que debe ser restaurado. El Grial no está más presente allí, o bien ha perdido su virtud. El rey del Grial está enfermo, herido, decrepito, o bien padece un sortilegio, en razón del cual él parece vivir, conserva una apariencia de vida, aun estando muerto desde siglos (según el “*Diû Krone*”). La otra temática consiste en la llegada de un héroe que, habiendo visto al Grial, debe sentirse llevado hacia una tal restauración; de otro modo él traicionará su misión y su fuerza heroica será maldita (según WOLFRAM VON ESCHENBACH). Él debe volver a unir una espada partida. Él debe ser el vengador. Él debe “formular la pregunta”.

¿Pero de qué pregunta se trata? ¿Y cuál es propiamente la misión de este “elegido”? Parece ser la misma que HESÍODO atribuye a los “héroes”, es decir, a aquella misma generación que, nacida en la edad oscura de la decadencia, tiene sin embargo aun la posibilidad de restaurar la “edad del Oro”. Y así como el héroe hesiódico debe superar y gobernar el elemento titánico, de la misma manera vemos que el héroe del Grial debe superar el peligro luciférico. No basta que el caballero del Grial se muestre como “el mejor y el más valiente caballero del mundo” y un corazón de acero –“*ein stählernes Herz*”– en cada tipo de aventuras naturales y sobrenaturales: él debe también “estar libre de orgullo” y debe “conquistar la sabiduría” (según WOLFRAM y GAUTIER). Si el Grial ha sido perdido por Lucifer, he aquí que algunos textos (*Grand St, Graal*, GERBERT DE MOSTREUIL, “*Morte Darthur*”) refieren justamente a Lucifer el poder demoníaco que actúa en diferentes pruebas en contra de los caballeros del Grial. Además el viejo rey del Grial se ha hecho impotente e incapaz de reinar en razón de una herida que se le hiciera con una lanza envenenada mientras él se encontraba al servicio de Orguelluse: pero es bastante visible que esta Orguelluse no es sino una personificación femenina del mismo principio del “orgullo”. Además otros caballeros del Grial, por ejemplo Gauvain (“Galvano”), son puestos a la prueba en el castillo de esta misma Orguelluse. Pero ellos

no sucumben. Vencen, desplazan –“poseen”– a Orguelluse. El sentido de esta prueba es la realización de una fuerza pura, de una virilidad espiritual; es la transposición de la calificación heroica sobre un plano separado de todo lo que es caos y violencia, “La caballería terrestre debe convertirse en caballería celeste” – se dice (*Queste du Graal*). Ésta es la condición para poder abrirse el camino hasta el Grial, para poder ocupar el “lugar peligroso” sin ser fulminados, así como lo fueron los titanes por parte del Dios olímpico.

Sin embargo como tema fundamental de todo el ciclo del Grial debe ser considerado el siguiente: al héroe de todas estas pruebas se le impone una tarea ulterior y decisiva. Una vez que ha sido admitido en el castillo del Grial, él debe sentir la tragedia del Rey del Grial herido, paralizado o viviente sólo en apariencia y debe tomar la iniciativa de una acción de restauración absoluta. Ello es expresado por los textos en varias formas enigmáticas: el héroe del Grial debe “formular la cuestión”. ¿Cuál cuestión? Aquí se diría que los autores han querido callar. Se tiene la impresión de que algo les impide hablar y que una explicación banal esconda la respuesta verdadera. Pero si se sigue la lógica interna del conjunto no es difícil comprender aquello de lo que en verdad se trata: *la cuestión a formular es la cuestión del Imperio*. No se trata de saber –como según la letra de los textos– lo que significan ciertos objetos del castillo del Grial, sino que se trata de comprender la tragedia de la decadencia y, luego de haber “visto” el Grial, de formular el problema de la restauración. Sólo sobre esta base la virtud milagrosa de esta enigmática pregunta se convierte en comprensible: puesto que el héroe que no ha sido indiferente y que ha “formulado la cuestión”, con esta cuestión redime el reino. Entonces aquel que tenía tan sólo una apariencia de vida desaparece; aquel que estaba herido se cura. A veces, el héroe se convierte en el nuevo y verdadero rey del Grial sustituyendo al precedente. Entonces, un nuevo ciclo comienza.

Según algunos textos, el caballero muerto, que parece querer recordar al héroe la misión a cumplir y la venganza, aparece en un ataúd transportado sobre el mar por *cisnes*. Pero el cisne es el animal de Apolo en el país de los Hiperbóreos, en la tierra nórdica primordial. Conducidos por cisnes parten los caballeros del centro supremo, en el cual Arturo es rey: desde el Avalón.

En otros textos, el héroe del Grial es llamado *el caballero de las dos*

espadas. Pero en la literatura teológico-política de la época, sobre todo en la gibelina, las dos espadas significaban nada más que el *doble poder, temporal y sobrenatural*. Un texto clásico habla del país hiperbóreo como de la tierra de la que vinieron dinastías que, como las de los Heraclidas, encarnaron a un mismo tiempo la dignidad regia y la sacerdotal. En un texto del Grial la espada que será vuelta a unir tiene una custodia cuyo nombre es: *memoria de la sangre*.

El reino inaccesible e intangible del Grial es una realidad también en la forma, según la cual el mismo no está vinculado a ningún lugar, a ninguna organización visible y a ningún reino terrestre. El mismo representa una patria, a la cual se pertenece por un nacimiento diferente del corporal, que tiene el sentido de una dignidad espiritual e iniciática. Este reino une en una cadena infrangible a hombres que pueden también aparecer como dispersos por el mundo, por el espacio, por el tiempo, por las naciones, hasta el límite de aparecer como aislados y de no conocerse recíprocamente. En este sentido el reino del Grial –como el de Arturo y del Preste Juan, como Thulé, como Mitgard, Avalón, etc.– *está siempre presente*. Según su naturaleza “polar”, el mismo permanece *inmóvil*. En consecuencia, no es que el mismo esté a veces más cerca y a veces más lejos de la corriente de la historia, son los hombres y sus reinos los que pueden estarle más o menos cerca.

Ahora bien, en un cierto período, el Medioevo gibelino pareció presentar una mayor aproximación y ofrecer, por decirlo así, una materia histórica y espiritual de tal carácter, que el reino del Grial habría podido convertirse, de oculto, también en sensible, y dar lugar a una realidad al mismo tiempo interior y exterior, como en las civilizaciones tradicionales de los orígenes. Sobre tal base se puede sostener que el Grial fue la coronación y el “misterio” del mito imperial medieval y la suprema profesión de fe del alto gibelinismo. Una tal profesión de fe se manifiesta más en la leyenda y en el mito que en la clara voluntad política de la época, según lo que acontece también en el individuo, en donde lo que

hay de más profundo y de más peligroso se expresa menos a través de las formas de su conciencia refleja que a través del simbolismo y de una espontaneidad subconciente.

El Medioevo esperaba al héroe del Grial a fin de que el Árbol Seco del Imperio volviera a florecer, a fin de que toda usurpación, todo contraste, toda oposición fuese destruida y reinara verdaderamente un nuevo orden solar. El reino del Grial, que habría debido resurgir con un nuevo esplendor, era el mismo Sacro Imperio Romano. El héroe del Grial, que habría podido convertirse en el “dominador de todas las criaturas” y aquel al cual “ha sido confiado el poder supremo”, es el Emperador histórico –“Federicus”–, si es que él hubiese sido el realizador del misterio del Grial, del misterio hiperbóreo.

Historia y suprahistoria, parecieron pues, por un instante, interferir: resultó de ello un período de alta tensión metafísica, una culminación, una suprema esperanza – luego, nuevamente, derrumbe y dispersión.

Toda la literatura del Grial parece agruparse en un período relativamente breve: ningún texto parecer ser anterior al último cuarto del siglo XII. A partir del primer cuarto del siglo XIII se cesa de golpe, como por una consigna, de hablarse del Grial. Sólo luego de muchos años, y ya bajo un espíritu diferente, se escribirá nuevamente sobre el Grial. Parece pues como si en un cierto momento una corriente subterránea hubiese vuelto a aflorar, para luego volver a ocultarse (WESTON). La época de esta repentina desaparición de la primera tradición del Grial coincide aproximadamente con la tragedia de los templarios. Quizás éste es el inicio de la fractura.

En WOLFRAM VON ESCHENBACH los caballeros del Grial son llamados *Templeise* –“templarios”– si bien en su relato no figure para nada un templo, sino sólo una corte. En algunos textos los caballeros-monjes de la “isla” misteriosa llevan el signo de los Templarios: una cruz roja sobre un fondo blanco. En otros textos las aventuras del Grial toman una dirección típica de “crepúsculo de los dioses”: el héroe del Grial cumple, es cierto, con la “venganza” y restaura el reino, pero una voz celeste le anuncia que él debe retirarse con el Grial en una tierra insular misteriosa. La nave que viene a buscarlo es la nave de los Templarios: tiene una vela blanca con una cruz roja.

Como arterias esparcidas, organizaciones secretas parecen haber custodiado los antiguos símbolos y las tradiciones del Grial aun luego del

derrumbe de la civilización imperial ecuménica: “Fieles del Amor” gibelinos, trovadores del período más tardío, hermetistas. Así arribamos hasta los Rosacruces. Entre los Rosacruces se presenta todavía una vez más el mismo mito: la ciudadela solar, el *Imperator* cual “Señor del Cuarto Imperio” y destructor de toda usurpación, una confraternidad invisible de personalidades trascendentes, unida únicamente a través de su esencia y su intención, finalmente, el extraño misterio de la resurrección del Rey, misterio que se transforma en la constatación de que el Rey a resucitar ya vivía y estaba despierto. El que asiste a este misterio lleva el signo de los Templarios: un estandarte blanco con una cruz roja. También el pájaro del Grial –la paloma– está presente.

Pero una consigna parece haber sido transmitida en este caso. En un determinado momento, se deja súbitamente de hablar de los Rosacruces. De acuerdo a la tradición, los últimos Rosacruces, en el período en el cual el absolutismo, el racionalismo, el individualismo y el iluminismo estaban por preparar el camino a la Revolución Francesa y los tratados de Westfalia iban a sellar la decadencia definitiva de la autonomía del Sacro Romano Imperio, habrían abandonado el Occidente para retirarse en “India”.

La “India” es aquí el símbolo. Equivale a la residencia del Preste Juan, del Rey del Mundo. Es Avalón. Es Thulé. Según el “*Titulel*”, tiempos oscuros han arribado para Salvatierra, donde residen los caballeros de Monsalvat. El Grial no puede permanecer más en aquel lugar. Es transportado a la “India”, en el reino del Preste Juan, que se encuentra “cerca del paraíso”. Una vez que los caballeros del Grial han arribado allí, el mismo Monsalvat y su ciudadela se les aparecen a ellos, son transportados allí mágicamente, porque “nada de todo esto debe permanecer entre pueblos pecadores”. El mismo Parcifal revestirá la función de “Preste Juan”.

Y aun hoy ascetas tibetanos dicen respecto de Shambala, la ciudad sagrada del Norte, hacia donde conduce la “vía del Septentrión”, es decir la “vía de los dioses” –*devayâna*– : “Ella reside en mi corazón”¹.

¹ Una exposición sistemática y documentada de la leyenda del Grial sobre la base de esta interpretación se la encuentra en la obra de J. EVOLA, *Il mistero del Graal e la tradizione ghibellina dell' impero*. Ceschina, 2ª Ed. Milano, 1964. Hay traducción española.

2) HAVISMAT

EL INSTANTE Y LO ETERNO

Puede decirse que lo sagrado se distingue de lo profano pues se encuentra dirigido esencialmente hacia el pasado para fijar las etapas de un desarrollo que, necesariamente, encuentra su ápice en un “presente”: este presente es el punto metafísico en el cual desemboca la eternidad y en el que se disuelven los mundos en una amplitud que no tiene margen, en una duración que no tiene ritmo, en una beatitud que no tiene fin. El presente es lo eterno: el pasado es el vestíbulo que lo guía, que lo hace penetrar en lo eterno. Rehacer, recorrer todo el ciclo que se cumple en dicho punto significa llevar consigo toda la experiencia de los siglos, toda la evolución cósmica para disolver su trama en la pupila de Dios.

Fausto no podía detener el instante porque captaba del mismo tan sólo lo caduco, la inmediata irización de la ilusión, el vértigo que sumerge y no transfigura, el fantasma lábil y desvaneciente y no lo que en Dios permanece en una momentaneidad infinita, que es el misterio de la actualidad eterna. Éstos son los dos aspectos del “instante”, de acuerdo a lo que se formule en el plano humano o en el divino. Se trata de dos puntos aparentemente opuestos y divergentes que indican dos mundos, dos ritmos, dos realidades, de las cuales la una es absoluta y esencial, la otra es falaz e ilusoria. El *verweile doch, du bist so schön* (“detente, eres tan bello”) de Fausto es un sustituto lírico de muy escasa originalidad ante la abismal plenitud de lo Inefable en donde se cumple el misterio de la gestación divina. El mito de la purificación a través de la estética es el fragilísimo puente que la imbecilidad moderna ha tendido sobre la momentaneidad de la ilusión humano-cósmica para evadirse de la positiva certidumbre del misterio, es una pared que no es franqueable, sino por medio de la superación vertiginosa del ala, es decir, del Espíritu Santo.

He aquí por qué el mundo moderno oscila entre un pasado muerto y un porvenir nebuloso, entre lo que no es más y lo que nunca será si no es en la esperanza anticipatoria y constructiva. En vez la sabiduría tradicional se dirige hacia el pasado, lo vive, lo fecunda, lo *actualiza*, se inserta en él llevándolo todo completo en el presente y renovándolo en el *ver aeternum*

que los Antiguos asignaban a la edad del oro, indicando la germinación perenne de la Verdad, el pulular de los estados transfiguradores, la ascensión en la vida que no conoce nacimiento y muerte, pero que se cumple en la beatitud del conocimiento realizador. Para los modernos, en vez, el pasado es pasado, está muerto, es finito, cumplido, cerrado irremediamente – *le déjà vu, le déjà veçu*, dice BERGSON, con una evidente orientación psicologista que delata todo el sentimentalismo nostálgico del pequeño hombre terriblemente esclavo del pequeño mundo. De modo que, entre tener un pasado muerto y un futuro aun no nacido, oscila el presente crepuscular, ocaso nebuloso y alba descolorida al mismo tiempo, en suma, una verdadera y propia pausa de agonía. De esta errónea visión de las cosas deriva el *mito del porvenir*, la tendencia hacia todo lo que no es, hacia lo que nunca será, puesto que en realidad sólo el presente, absorbiendo el pasado, es el punto dinámico, *toda la proa de la nave que enfrenta al horizonte, pero nunca lo alcanza*.

El hombre moderno puede compararse con un necróforo que suspira por el día que nunca aparece: el cadáver que él lleva es el pasado, la herencia inerte, infecunda, y el día que él espera es el porvenir, la prole imaginaria, el cumplimiento radiante de un quimérico parto incumplido. Se observará que todos los modernos, los “grandes hombres”, esperan el juicio definitivo de su obra por parte del porvenir, puesto que quizás ellos, conciente o inconcientemente, sienten que nada de lo que han realizado se vincula tradicionalmente al río regio del pasado y es capaz de resistir a la oscilante aguja magnética del presente, instante fugaz y momentaneidad que incide en muy otros abismos que los de la desaveniencia marginal de la nube pasajera. He aquí por qué el hombre antiguo es un portador de mundos; él no ha dejado detrás suyo al pasado, sino que lo recoge y arrastra consigo en modo tal de construir en realidad un punto tan sólo incidente, *el solo presente, la actualidad* – mientras que el hombre moderno, desembarazándose de un fardo excesivamente pesado para sus débiles espaldas, es ligero, inconsistente, y, por miedo a ser arrastrado por las oblicuas ráfagas de viento, se ancla en la máquina que representa su sepulcro y su cuna. Puesto que al mito del porvenir se le vincula el de la velocidad que, en tanto se considere en su función, en su esquema interno, es la abolición del pasado en lo ya recorrido, la imperceptibilidad del presente minimizado en la *espera continua del porvenir*. Los lectores que

quieran profundizar estos esbozos por su cuenta y en manera penetrante, hallarán más de un sendero fácil para la comprensión de alguna verdad mayor: nos interesa sólo fijar con una cierta insistencia algunas alturas *críticas* desde la cuales el desarrollo perspectivo resulta más neto y seguro.

Se comprende que el hombre antiguo y el moderno se encuentran absolutamente en contraste y como en las antípodas, en un sentido literal, vinculados a un mismo tronco pero dirigidos a cielos diferentes y constelados de manera variada, si bien el mismo sol impasible los ilumine en lo que para los unos es día y para los otros noche. En efecto, para los Antiguos el pasado es todo, para los Modernos no es nada, aun cuando éstos se ilusionan de buscar en él distraídamente soluciones a temas de actualidad, las denominadas “admoniciones”, las “enseñanzas” –todas fantasías sentimentales explotadas con cínico oportunismo según las circunstancias y propuestas formuladas a la credulidad de los ingenuos para las interpretaciones más lacrimógenas. La retórica, que nunca ha triunfado tanto como en esta turbia y cenagosa Europa de hoy en día, recurre a las sinuosidades más bestiales para captar el asentimiento de las plebes que oyen y se sirve del pasado como de un remedio adecuado a todos los males, consuelo universal, afianzamiento del presente, pero de un uso momentáneo, casi como para conjurar el *vae soli!*

En realidad el hombre moderno ha ya transcurrido en el pasado, no lo vive más y no recibe de él sino polvo y ruinas: lo estudia, lo cataloga, lo ignora. Para la investigación se hace de éste una minuta, se vuelve esqueleto, y cada uno busca luego galvanizar a su manera aquellos huesos compuestos en el sueño de la muerte. De este modo los modernos se dirigen hacia el pasado cuando lo estudian, con la misma ilusión con la cual obedecen cuando creen por ejemplo que la fotografía se encuentra más cerca de la realidad, mientras que en cambio ésta la desnaturaliza completamente fijándola en su momentaneidad de cosa ya transcurrida. Pero, independientemente del estudio, veamos si los modernos se sirven del pasado para la vida. Quien dice pasado dice tradición, es decir reenlazamiento íntimo, dinámico, no adhesión externa, no acompañamiento oportunista, no simplemente colocación o posición. En otros términos, entre pasado y presente debería haber *continuidad, inmutabilidad* o, para decirlo mejor, un desarrollo rítmico tan plano, continuo, interno, de parecer casi como imperceptible. La antigüedad en efecto se caracteriza por esta

tonalidad constante, que de una época a la otra se mantiene casi sin variar; la mutación que hay y que debe existir se cumple en profundidad, en los estratos internos, diríamos casi invisiblemente, en modo de no perturbar la constancia del ritmo.

Se ha dicho tanto que las civilizaciones antiguas son inmóviles o que aparecen como tales; ello constituye justamente su grandeza, esta estaticidad basilar que ahoga todos los contrastes, que asigna todos los ritmos en la vena central, en el *tipo tradicional*, el cual sólo permanece en la plenitud de su eficiencia determinante. He aquí por qué lógicamente quien no quiere permanecer en el puro ámbito de la verdad, que es el tradicional, se remite siempre al pasado para recorrer los anillos de la certidumbre e integrarlos en su experiencia que, a tal respecto, es reasuntiva y conclusiva, no repitiendo externamente, sino imprimiendo su ritmo que no es otra cosa que su mismo rostro ignorado y ahora reasumido y vivificado. Es muy difícil expresar ciertas cosas a quienes viven en posturas dualistas, pensando que existe otra cosa diferente afuera de la verdad, que es Dios eternamente presente: Verdad, en la cual tan sólo *se arriba a ser lo que se es*, es decir se supera la esfera de las limitaciones humanas para vivir el latir mismo de lo infinito.

Cuando decimos *antiguo* entendemos todo lo que es válido, perenne, tradicionalmente auténtico en el pasado del Oriente y del Occidente, remoto o próximo importa poco, doctrinal o social, con tal de que refleje en la variedad de la expresión la gran luz del Supramundo. Además de los Libros Sagrados, están los símbolos, se encuentra el arte sagrado, existe finalmente toda forma de aquellas actividades que, en el pasado, se vinculaban con una verdad de carácter superior, aun en el humilde utensilio y en la fabricación y destinación de los objetos de uso común. El pasado, así como nosotros lo comprendemos y como lo deben comprender todos aquellos que tan sólo buscan la verdad de Dios, es vida, es ritmo creador, es depósito inagotable de sabiduría que se reencuentra todas las veces que se ha actualizado nuevamente por medio de una experiencia. Pero es sobre todo realidad de vida vibrante porque vivificada por el soplo perenne de la linfa tradicional. Los modernos consideran en vez al pasado como una reliquia, de la cual alaban su carácter vetusto y alrededor de la cual se agitan con una curiosidad de fotógrafos y de arqueólogos: ¿quién entre ellos lo *acepta por completo*, lo asume en toda su amplitud, no para captar

del mismo tan sólo unos fragmentos y exaltarlos, sino para insertarlo en su experiencia totalizándolo en manera creativa?

¿Cuántos son los admiradores de DANTE que no se limitan sino tan sólo a magnificar el verso o la expresión –cosas absolutamente exteriores y superficiales– pero no asumen en cambio su doctrina, su saber sobre todos los planos del ser al cual se aplica y en la totalidad del Viaje Celeste?

El pasado no es nada si no está integrado, vivido, convalidado por la propia experiencia, por la propia vida, integrado y vuelto a elevar en el gran estremecimiento de la actualidad eterna. Los modernos en vez, cuando no fornican en él como ladrones en una necrópolis, le dan vuelta las espaldas contemplando el hipotético “sol del porvenir”, el que no resplandecerá nunca pues el futuro no existe sino como un término ineficaz de laboriosa fantasía, espejismo y nada más, proyección falaz coloreada por el espasmo de la propia insuficiencia. La imperfección ante la Verdad, el sentimentalismo incurable de quien ni sabe ni puede llevar consigo el peso del mundo asumiéndolo en el instante divino, han creado el mito del provenir. Con las espaldas obstinadamente dirigidas hacia lo que es, se espera curiosamente lo que no es, lo que será, y se espera la convalidación de un sueño a partir de un reflejo ilusorio del sueño mismo en una marcha nocturna de fantasmas que el presente tan sólo genera en la espontaneidad de su flujo y de su espejismo. Extraña especulación sobre el provenir, que hace olvidar los tesoros del pasado y la inmediatez tangible del presente, en la cual sólo se está realmente, con todos los mundos, en la unidad esencial del punto, gema de todas las gemas, ojo eterno de Dios.

Y querríamos decir más, pero preferimos interrumpir con estas palabras de ZARATHUSTRA: *diesen Menschen von heute will ich nicht Licht sein, nicht Licht heissen. Die – will ich blenden: Blitz meiner Weisheit! Stich ihnen die Augen aus!* – “Para estos hombres de hoy en día yo no quiero ser su luz ni llamarme luz. Yo quiero enceguecerlos: ¡oh rayo de mi sabiduría! ¡enceguece sus ojos!”.

3) ABRAXA

LAS COMUNICACIONES

Lo que se te comunicará ahora no pertenece a la alta magia. Tú lo sabes: nunca el verdadero mago hará del simple fenómeno el fin de su obra. Pero puede acontecer esto: así como tú no hesitas en servirme de una palanca para levantar una piedra o de un coche para conducirte hacia un lugar, de la misma manera el iniciado puede desarrollar ciertas habilidades que la ignorancia moderna denominaría como “sobrenaturales”, mientras que para él representan tan sólo cosas tan exteriores como insignificantes, de la misma manera que para otro lo son la palanca y el vehículo en la vida práctica. Y él se sirve de ellos con la misma indiferencia como naturalidad.

Telepatía: su realidad, ya ni siquiera los “espíritus críticos” de hoy la discuten. Pero respecto de la misma ellos no saben sino como si se tratase de un hecho contingente: constatan el “fenómeno”, cuando se produce, cuando *quiere* producirse, aquí y allá. La ciencia significa para ellos registrar, no determinar. *Crear y dirigir* el fenómeno: en esto ellos no piensan. Aquí en vez es donde comienza nuestra ciencia.

Ella sostiene con firmeza que, si tus facultades son sanas, tu pensamiento puede superar la condición del espacio físico y lo que hoy teléfonos, radio y otros utensilios te hacen posible, puedes realizarlo con una técnica apropiada de la mente y con un acto del espíritu. Oh sí, ello será algo infinitamente más largo, más fatigoso – pero será en verdad un *poder* que tú tendrás, tal que, a diferencia de las máquinas, ninguna contingencia lo podrá tocar o revocar.

Si no es de realizaciones superiores de lo que se trata, cada transmisión psíquica por un camino no material se referirá a dos personas oportunamente preparadas: y mucho más fácil será la práctica, si se tratará de dos elementos que forman parte de una “cadena”. En cuanto a la técnica, puedes darte fácilmente cuenta de que ella sola es una adaptación de los mismos instrumentos internos, que te han sido necesarios para el verdadero *opus magicum*.

Distíngue mientras tanto a quien se debe preparar para recibir y

comprender, y quién se debe en vez preparar para emitir y enviar. Para lo segundo se solicita una sola cosa: el pensamiento *fijo y sutil*. “Fijo” significa: la mente que formula el pensamiento, que se identifica con el pensamiento, que envuelve el pensamiento, olvida y disuelve toda sensación extraña, permaneciendo firme, *continua* respecto de su objeto, sea éste una imagen, sea éste una fórmula verbal. Si es una fórmula, pronúnciala interiormente escandiéndola bien, perfectamente definida – “Sutil” significa: el “silencio” debe estar a tu alrededor y tú no debes “querer”, sino justamente tan sólo “idear”, *pensar*. Y de manera absoluta debe estar ausente de ti la conciencia “yo pienso”, “yo envío este pensamiento”, sino que debe ser, tu pensar o imaginar, casi como el de quien recuerdas o vuelves a evocar, debe tener la naturaleza de un *soplo*, de una *onda*, de un *susurro*. Calma profunda debe pues reinar en tu ánimo y en tu cuerpo – y, *luego, como quien disuelve luminosamente un sello en los umbrales silenciosos del sueño*.

Una disciplina especial es necesaria también para quien debe recibir el pensamiento ajeno, el mensaje ajeno o, también la influencia ajena, cuando se trata, más o menos, de personas que se encuentran en el mismo punto de la vía. Puesto que de un Adepto se dice en vez que él puede transmitir su pensamiento a cualquiera, por acción directa, sin que una preparación haya afinado el oído sutil de quien lo recibe.

En el otro caso, la vía a recorrer no es diferente de la de quien extrae una conciencia de la conciencia y aísla en la vida de su alma el Sin-Movimiento que se encuentra en el centro de la red, receptivo a todas las vibraciones transmitidas desde las extremidades periféricas de la misma. No sólo también aquí se te solicita el “silencio”, sino que debes acostumbrarte a un examen minucioso de todas tus sensaciones, de todos tus estados psíquicos y emotivos, de todas tus asociaciones mentales. Debes *ver y separar*. Por un lado hallarás pensamientos, estados, asociaciones que tú puedes explicar, de las cuales ves bien las causas, directas o indirectas; pero por el otro descubrirás cosas que han arribado delante de ti *pasando desde lo bajo*, brotando desde atrás –o bien simples “estados”, recuerdos súbitos, por nada causados, imágenes privadas de relación. Es así cómo las fronteras de tu conciencia y de tu intelecto sutil se ampliarán. Una vez cumplidos los primeros pasos, los sucesivos te parecerán fáciles. Advertir inmediatamente lo que pertenece a los procesos de tu sola psiquis de individuo y lo que en vez se penetra desde afuera y desde abajo – éste es

el fin de la disciplina. Serán meses, probablemente. Pero debes arribar a tanto. Fatiga tonta, ésta, si tu esfuerzo se justificase sólo con los fenómenos de pensamiento sin espacio que quieres producir. Pero tú sabes que este mismo sendero te resulta necesario para la defensa oculta y para el triunfo interior, tú sabes que ésta es ya una operación espagírica, no de la pequeña, sino de la Gran Arte. Y cuánta más *luz* habrá en tu ánimo, tanto más la aplicación te resultará posible.

Luego de lo cual, prueba. Por grados. Dos vasos, naturalmente. Pero andróginos ambos, en poder sólo disímiles, como en el signo de nuestra Magia. Los primeros contactos pruébalos sobre el tronco de un único flujo de pensamiento. Sentaos ambos en un mismo ambiente, en la penumbra, en la calma inmovilidad hierática y ritual. Tenéis que tener fijada una dirección. Será un símbolo. Será una frase. Punto de partida para ambos, que la mente medite, contemple. Arrestadla luego, y teniendo enteramente controlado cada uno los propios pensamientos, los propios sentimientos, las propias imágenes, confrontad. Esto se denomina: *el encaminamiento por unión*, o, si prefieres, por sintonía. Es la tarea de la primera fase.

En la segunda, uno de vosotros debe abolir el apoyo, generar el vacío, estar atento. Un flujo mental en un determinado momento se formará. Cuídate de molestarlo. Vigílaló. Regístraló. Y luego confronta: ves cuáles pensamientos, cuáles imágenes, cuáles sentimientos, cuáles percepciones reflejan lo que tu compañero y tu maestro ha pensado. Repitiendo, afinate. Con ahínco, con fervor. El oído sutil se despertará: descubrirá, en la masa de las formaciones psíquicas, aquellas que son mensajes, comunicaciones. Y también este punto representará para ti, simultáneamente, una conquista sobre el más alto sendero. Puesto que tú sorprenderás el mismo carácter de cosa extraña, *sugerida*, en muchos, muchos pensamientos y estados, que no tienen relación con la práctica presente. “Los bastidores de la conciencia”: de lo cual ya se te habló ¹. O será también el aislar, como un

¹Ver tomo III, págs. 121 y sig. Aquí se podría hacer referencia a aquello que en el esoterismo islámico son denominados los *khawâtir*; el término designa las ideas inexplicables acontecidas en la conciencia, proviniendo de una región psíquica ignota. Son distinguidas varias especies de *khawâtir*, en cuanto las mismas pueden provenir del mundo superior, o bien del simple subconciente individual, o aun, de influencias demoníacas. (*N. de Ur*).

filón precioso, influencias que te quieren guiar o advertir.

Una vez que has arribado a esta forma de receptividad, y constatadas, más o menos completas, transmisiones reales, debes quitar el apoyo que, para ti, pero también para el otro, representa la sugestión de la proximidad espacial y de la cercanía física. Debes repetir la operación primera, no estando, Uds. dos, en el mismo ambiente, sino separándolos por ejemplo un muro; luego, estando distantes, en dos puntos de una misma ciudad; finalmente estando en ciudades diferentes. Concordaréis antes con las horas. Luego haréis caer también esto. Ten en la mente que éstas no son las realizaciones más difíciles, *puesto que el pensamiento hermético no conoce espacio*: para éste, un metro o mil kilómetros entre dos personas es lo mismo. Éstas son en vez fases de la destrucción de la *idea* del espacio en vosotros dos, puesto que tal es el límite, tal es la obstrucción: *el fantasma del espacio que lleváis en vuestra alma, inconcientemente*. Y sólo por grados podéis destruirlo, usando la sugestión de las diferentes distancias, de la transmisión menos lejana.

Quien asume al función de transmitir, cuando el otro no está presente, debe evocar sobre todo la figura, hacérsela aparecer adelante, así como era en las primeras fases con la cercanía física. Luego hacer retroceder rápidamente la imagen misma manteniéndola sin embargo clara y distinta en cada detalle suyo. Operarás por ende una especie de proyección, en una manera de la cual por lo demás ya se te habló: imaginarás un rayo que parte desde el medio de tu frente y se lanza en un relámpago sin tiempo hasta alcanzar el mismo punto de la frente de la imagen del otro,

Éste es un medio. Pero otros podrás sugerirte tu intelecto sutil, o podrá hallarlos en los tratados de magia aplicada, de Oriente o de Occidente.

Dos seres que recorren juntos la vía esotérica, en virtud de tales prácticas, permanecen en contacto sin relación con las distancias y pueden comunicar, pueden entenderse, pueden ponerse de acuerdo. Y si el uno se aproxima a la dignidad de un Adepto, los mensajes pueden significar también ayudas, sostenes, advertencias, admoniciones para la acción interior y la conducta de vida del otro. Pero entonces tú a poco a poco te acercas a aquel plano superior en donde no es más un individuo el que te inspira y te guía, sino la fuerza misma de la Tradición.

Así como una práctica inferior puede siempre servir como sostén para una realización superior, del mismo modo también esta técnica de una

“telepatía” –si quieres usar el banal nombre moderno– activa y controlada puede propiciarte un conocimiento. Es el conocimiento, de *que la mente no tiene espacio* y de que, al final, no tiene plural. Es el conocimiento de que el yo puede hablar por tu boca así como puede hablar por boca de otro, puesto que el mismo no tiene nada que ver con la “persona”. Y cuando tú comiences a intuir y *vivir* esta verdad, por contragolpe, también la virtud de las transmisiones resultará exaltada. Y poco a poco podrás proceder en lo profundo: la actitud que tú has creado para recoger mensajes de otros seres, o para enviar a otros seres, te ayudará para poder oír o pronunciar una palabra que no pertenece más al tiempo o al hombre.

4) DIGNIDAD DEL HOMBRE

(Vulgarización de PICO DE LA MIRANDOLA, Opera, Basilea, 1601, pgs. 107 y sig. – de B. Cicognani)

Leí en los antiguos libros de los Árabes que, interrogado ABDALA el sarraceno respecto de cuál, ante sus ojos, en esta escena del mundo, fuese el espectáculo más maravilloso, contestó que nada veía más maravilloso que el hombre. Lo cual concuerda con aquella exclamación de HERMES: “¡Gran milagro, oh Asclépidas, es el hombre!”.

Ahora bien, a mí que meditaba acerca de la razón de tales juicios, no me persuadían para nada aquellas argumentaciones que suelen referirse como las relativas a la superioridad de la naturaleza humana: que el hombre es mensajero entre las criaturas, familiar con las divinidades, rey de los seres inferiores por la agudeza de sus sentidos, por la indagación de la mente, por la luz de su intelecto, intérprete de la naturaleza, casi intersticio entre lo eterno inmóvil y el tiempo que va, o, al decir de los Persas, unión del mundo, es más, fruto de estas nupcias perennes apenas un poco (según lo que atestigua David) menos que los ángeles.

Razones, éstas, sí de gran importancia, pero no esenciales, para explicar el privilegio de la suma maravillosidad. Porque en efecto, ¿por qué no se admiran más a los mismos ángeles y a los beatísimos coros celestiales?

Finalmente me ha parecido haber entendido por qué felicísimo y digno de toda admiración sea el hombre, y cuál sea, en la serie del Universo, la condición que él ha hallado, envidiable no sólo por parte de los brutos, sino por parte de los astros, de las inteligencias ultramundanas. Cosa que se encuentra más allá de la credibilidad y de la maravilla...

He aquí pues: que ya el Sumo Padre y Arquitecto Dios tenía leyes de arcana sabiduría, habiendo sido creada esta que nosotros vemos casa mundana de la divinidad, augustísimo templo. Por encima había embellecido de inteligencias la región celeste, avivado de almas eternas los etéreos globos, poblado de todas las más variadas formas de animales las partes putrefactas y fermentadas del mundo inferior.

Pero, una vez concluido el trabajo, el Artífice, deseaba que alguno fuese aquel que comprendiese la razón de tanta obra, amase su belleza, admirase su grandiosidad. Por esto, finalmente, cuando todo había sido

ya llevado a cumplimiento, pensó en producir al hombre. No había sin embargo en los arquetipos de quién hacer una efigie de una nueva forma, y en los tesoros cuál cosa darle al nuevo hijo en herencia, y en las sedes de todo el mundo no había donde, en tanto ser contemplador del universo, pudiese aquel sentarse. Todo espacio estaba ya lleno; todo había sido distribuido a los sumos, a los medios, a los ínfimos órdenes. Pero no hubiera sido de la potestad del Padre, por último, en la generación, casi por agotamiento, venir a menos en su proyecto; no era propio de la suma Sabiduría haber hesitado por falta de un medio apropiado a la necesidad, ni tampoco del benéfico Amor que aquel había sido llamado a alabar en las otras criaturas la liberalidad divina, hubiese sido obligado en cambio a lamentarse de ello en lo interior de sí mismo.

Estableció luego por fin, el óptimo Supremo Autor, que a aquel al cual no podía serle dado nada como propio le fuese común todo lo que singularmente a las otras criaturas había sido dado en particular. Creó pues al hombre —esta obra de tipo indefinido— y habiéndolo puesto en el centro del Universo, así le habló:

“Ni una determinada sede, ni un aspecto propio, ni don verdaderamente especial, oh Adán, te hemos dado, a fin de que aquella sede, aquel aspecto, aquellos dones que concientemente tú hayas bramado, aquellos, por tu voluntad, por tu sentimiento, tú los tengas y los poseas.

La ajena y definida naturaleza está constreñida dentro de leyes prescriptas por nosotros. Tú, en cambio al no estar obligado adentro de ningún vallado, por tu arbitrio, en cuyo poder te he puesto, por ti mismo te las prescribirás. Te he colocado en el medio del mundo para que alrededor más cómodamente tú veas lo que existe en el mundo. No te hicimos ni celeste, ni terrenal, ni mortal, ni inmortal, a fin de que tú por ti mismo, de acuerdo a tu talento y, por decirlo así, honorario plasmador y realizador de efigies, tomaras la forma que concientemente habrás elegido. Podrás degenerar en las inferiores que son brutas. Podrás, por decisión de tu ánimo, regenerarte en las superiores que son divinas”.

¡Oh suma liberalidad de Dios Padre, suma y maravillosa felicidad del hombre! Al cual le es dado tener lo que él brame, ser lo que quiera. Los brutos, apenas nacen traen consigo de la vagina materna lo que poseerán. Los sumos espíritus desde el comienzo o enseguida después, fueron lo que serán en la eternidad. Al hombre, al nacer, el Padre le dio una variedad de

semilla y los gérmenes de toda especie de vida. Así como cada uno la habrá cultivado, éste alineará y producirá en sí sus frutos. Si vegetales, se convertirá en planta; si sensuales, se convertirá en bruto; si racionales, se convertirá en alma celeste; si intelectuales, será ángel e hijo de Dios. Y si acaso aconteciese que no se sintiese atraído por ninguna de las criaturas, que se recoja en el centro de su unidad, convertido entonces en un espíritu solo con Dios, en la solitaria tiniebla del Padre que está constituido sobre todas las cosas, estará por encima de todos.

5) GLOSAS VARIAS

El lector puede constatar que un cierto tema común recorre en los primeros tres escritos de este capítulo. En relación al de HAVISMAT creemos útil señalar una obra, publicada posteriormente, en la cual se puede hallar una amplia e interesante documentación sobre el sentido del tiempo y del pasado atemporal en el mundo tradicional. El autor es MIRCEA ELIADE y el título es *Le Mythe de l'éternel retour* (Gallimard, París, 1949). En tal obra se pone de relieve que el significado interno de una vasta serie de ritos era el hacer de un acto o acontecimiento presente –es decir retomado en el río de la historia– la repetición de un acto o hecho originario referido a un pasado mítico y por ello mismo intemporal. Por tal camino el presente empírico, el “ahora” y el “aquí”, se integran en un presente de tipo diferente, en un presente metafísico, justamente sin tiempo y sin historia, que sólo iba a hacerlo real en grado eminente y a llenarlo de sentido, siendo el devenir así transformado y transfigurado en el “ser”. Se puede por lo tanto hablar de una regeneración y de una purificación periódica de aquello que se desarrolla en el tiempo operada por medio de tales ritos, como reconexión vivificante en el origen, en el comienzo o presente eterno, que se encuentra por encima del tiempo.

Esta postura tiene un interés también práctico – ELIADE resalta justamente que todas las acciones rituales y sacrificiales son cumplidas en el fondo en estados que participan del “presente” de los orígenes. En el rito el tiempo profano, cronológico, está suspendido, actúa un modo de la conciencia que es libre, como un retomar *ex novo*.

Esto nos remite a lo que ha sido ya dicho por EA y por ABRAXA puesto que, por una extensión natural, una cosa análoga vale también para el espacio. El pensamiento mágico es un pensamiento sin espacio, libre de espacio y por ende también ubicuo. En el espacio mágico se manifiesta el espacio del “Centro”, en cualquier lugar en que éste se encuentre: espacio siempre igual a sí mismo. Una cosa no diferente vale también para el “Centro” mismo en cuanto tal, en el sentido tratado por EA en relación con la saga del Grial. Las localizaciones de este Centro son esencialmente simbólicas, en los casos mismos en los cuales se trata de sus manifestaciones que tienen también una base real: como el hacerse más o menos sensible,

en ésta o en aquella tierra, en éste o en aquel Reino, de algo único, ubicuo y de superior a la historia: como apariciones de una única *presencia*: aquel rey, que ya vive, mientras se creía que tuviese que ser resucitado.

Éstos son pues significados que, en general, se deberían convertir en vivientes en sede operativa, además que por la comprensión de la realidad tradicional. En un caso como en otro, debe correrse el velo del espejismo espacio-temporal hasta la sensación del *presente central* que es también el modo del Hombre reintegrado y convertido en viviente.

Valdrá la pena agregar que la constante referencia al pasado por parte de las ciencias esotéricas no debe ser comprendido como un volver a dirigirse hacia un tiempo transcurrido e idéntico al actual. El tiempo hacia los orígenes es un tiempo cualitativamente diferente del nuestro, más próximo a lo que es supratemporal, en el mismo el velo es menos espeso y es por ende natural que allí vaya la referencia en donde se tenga que indicar una vía para acercarse a lo que es efectivamente metafísico.

El que quiera puede también referirse a las consideraciones desarrolladas ya por F. W. SCHELLING (*Einleitung in die Philosophie der Mythologie*, T. I, pgs. 233-5), el cual puso justamente de relieve el hecho de que la diferencia entre “historia” y “prehistoria” no es relativa como si se tratase de dos períodos de un mismo tiempo, sino que tiene más bien referencia con dos especies diferentes del tiempo (de la experiencia del tiempo). El tiempo de la prehistoria está compenetrado por un elemento supratemporal, casi a título de algo intermedio entre lo que es historia y “devenir” por un lado, y lo que refleja lo eterno y lo idéntico por el otro. En estos términos se debe entender cuánto, a los ojos modernos, en las civilizaciones de los orígenes parece tener un carácter “estático” – en esto se tuvo pues casi una huella en la temporalidad de lo que le es superior.

III

1) APRO

LOS CICLOS DE LA CONCIENCIA

Prescindiendo de la raíz profunda que justifica conjuntamente los artificios del hombre y al hombre como artífice, o “inconciente repetidor de sí mismo”: habiendo puesto como premisa pues que se trata aquí de ilustrar el mecanismo de la conciencia, y no el Yo profundo que lo determina, queremos tratar de cerrar en un esquema unitario las modalidades de este mecanismo, de modo tal de comprender del mismo, sea las formas usuales, como las más insólitas y extranormales.

Como *fenómeno de conciencia* comprenderemos cualquier modificación del dinamismo individual (mental, sensorial, motriz). El mecanismo del fenómeno de conciencia simple, o proceso psíquico elemental, puede reducirse al esquema conocido bajo el nombre de “arco de reflejo”. En el mismo, habitualmente se comprende al recorrido esquemático, en lo interior del organismo, de la onda vibratoria producida por un choque, o estímulo, que se propaga como corriente centrípeta hasta un centro nervioso, y aquí debe entenderse el reflejo bajo la forma de una corriente centrífuga hasta interesar el órgano o tejido sobre el cual ha actuado el estímulo y para comunicarle el denominado “movimiento reflejo”.

Nosotros interpretamos en modo más general la expresión aludida, extendiéndola a sistemas cíclicos de acciones y de reacciones que pueden también determinarse sobre un plano superior, es decir, que permanecen excluidos los elementos sensación-movimiento, y pudiendo también no acompañarse con algún movimiento externo visible. El estímulo, es decir, no es necesariamente de naturaleza mecánica y externa: puede ser sea de naturaleza orgánica, como de naturaleza psíquica o mental; y la transmisión y la reacción centrífuga pueden no acontecer por medio de las células nerviosas, sino mediante una relación más directa con ambientes o “campos energéticos” de naturaleza más sutil del que corresponde al cuerpo físico y con las vibraciones de los cuales el hombre puede por igual tener una relación.

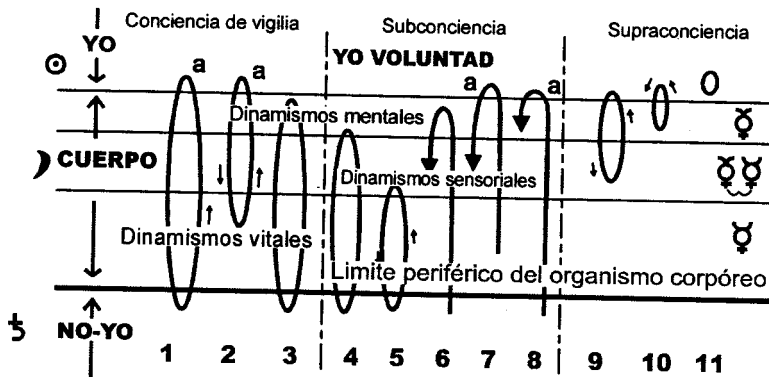
En los procesos de la conciencia común el centro del ciclo, en donde termina la onda centrípeta y tiene comienzo la centrífuga, corresponde al

órgano del cerebro: el cual puede compararse con una complicadísima *central*, con un complejo de *cuadros* conjuntamente registradores de hechos y distribuidores de actos. Acontece que el ciclo, en ciertos casos, tenga como centro al gran simpático. Entonces el individuo, por regla, no es capaz de tener percepciones distintas. Para *reconocer* una sensación o un estímulo, es necesario el cerebro, el cual es el verdadero órgano que actúa como base de la función de la común autoconciencia.

Denominaremos *conciencia externa* o *de vigilia* (para atenernos al término en uso) a aquella que se manifiesta justamente a través del órgano cerebral. Denominaremos en vez *conciencia integral* a la conciencia inmediata, es decir a la unidad de conciencia apta para manifestarse intelectualmente, sin la intermediación y la limitación cerebral. La primera se puede considerar como una *propagación externa* de la segunda, determinada por el flujo de la corriente volitiva que sirve para acompañar los procesos hacia el órgano cerebral.

Además de esas dos conciencias deben ser consideradas una tercera que tiene lugar todas las veces que los estímulos no son suficientemente intensos para superar el umbral de la conciencia externa, en la que el ciclo se cierra debajo de ella: o también cuando falte el *medium* necesario a fin de que el cerebro permanezca comprometido en el proceso.

Estas nociones son suficientes para ordenar en tipos distintos a los varios procesos de la conciencia. Como base puede tomarse el siguiente esquema:



Hemos distinguido en la zona intermedia entre Yo y no-Yo, tres partes que son tres fases progresivas de degradación (o de reintegración) de la energía espiritual, hasta arribar a la forma materializada y motriz propia del componente físico.

El límite en lo alto puede ser denominado *Yo-voluntad*. Le siguen tres órdenes de dinamismos, *mental*, *sensorial* y *vital*, a los cuales se pueden hacer corresponder las tres “almas”, *intelectiva*, *sensitiva*, *vegetativa*, de las cuales se habla en la doctrina aristotélica. Más allá de la última de éstas se encuentra el *límite periférico del organismo corpóreo*¹.

Los procesos cíclicos de los fenómenos de conciencia interesan en modo variado los elementos que hemos así esquematizados. Ellos están representados por las curvas, en parte cerradas, en parte abiertas, del dibujo: en las cuales la flecha ascendente indica la *corriente centrípeta* o *aferente* (estímulo, recepción) y la flecha descendente indica la *corriente centrifuga*, *eferente*, es decir la reacción en general, englobando todas las especies de reacciones, que no necesariamente interesan a la motricidad externa, dadas por el ser del hombre.

CONCIENCIA DE VIGILIA

Las formas de la conciencia habitual, externa y de vigilia, pueden ser referidas a tres tipos principales de procesos, correspondientes, en la figura, a los números 1, 2 y 3.

Hay allí sobre todo la percepción clara de un estímulo externo, por una corriente que no sólo afecta al Yo, sino que lo lleva hacia un repliegue activo sobre la sensación, a una *apercepción* distinta, que puede acompañarse también con un movimiento (caso 1). Cada vez que, con la mente y los sentidos despiertos, en plena autoconciencia, nos formamos una representación exacta de la realidad externa, acontece justamente este proceso.

¹ En términos de esoterismo hermético, estos elementos, *si están en estado puro*, tienen las siguientes correspondencias: el Yo-voluntad es el *Azufre* (voluntad ♁) y el *Oro* (Yo ☉); el cuerpo, como límite periférico, es la *Sal* ☽; los dinamismos intermedios son *Mercurio*, que hace de *mediador*, y que en cuanto cae debajo del influjo del Oro es el *Mercurio activo* ☿ (alma intelectual y, en parte, sensitiva); en cuanto cae bajo el influjo del principio Sal, es el *Mercurio lunar* ♁ (alma vegetativa y, en parte, sensitiva).

En el esquema, el arco *a* del ciclo que va más allá del plano del dinamismo mental debe ser considerado como una “variable”: el mismo depende del grado de realización del Yo y de la participación activa de este último en todos los procesos y en todas las reacciones.

El caso n. 2 nos muestra un proceso análogo que sin embargo tiene como punto de partida, en vez que un estímulo externo, un estímulo que proviene de las funciones vitales y que es apercibido en modo por igual distinto. La zona de la conciencia directa normal de los procesos comienza habitualmente en el campo de los dinamismos sensoriales. Sólo en casos excepcionales la misma arriba también a la zona inferior de los dinamismos vitales: entonces se tienen los fenómenos de *autoscopía*, es decir la percepción supranormal directa de los órganos del propio cuerpo.

Los dos tipos precedentes 1 y 2 se refieren a procesos que comprometen y convierten en activo el centro Yo-voluntad del individuo (emergencia *a* del arco por encima del límite de los dinamismos mentales).

Ahora tenemos que pasar al caso 3, de reacciones subconcientes e instintivas a un estímulo externo o interno. Ello acontece cuando este estímulo no es tal de atraer una atención sensible; o bien en los movimientos reflejos verdaderos y propios – por ejemplo el salto por un ruido imprevisto y similares: acontece, es cierto, la percepción, pero el circuito se cierra con rapidez tal que los dinamismos superiores (sobremanera disociados de los inferiores, por distracción) no arriban a tiempo a inhibir o a controlar la reacción, la cual es en cierto modo extraña al Yo, y por lo tanto está circunscripta en un centro secundario, provisoriamente incontrolado.

SUBCONCIENCIA

El ciclo n. 4 esquematiza la producción de una sensación vaga a través de un estímulo externo. En la corriente centrípeta no hay energía suficiente para que se forme, con una verdadera y propia intervención de los dinamismos mentales, una percepción distinta; o bien falta a estos últimos la capacidad de proveer una imagen correspondiente que traduzca la sensación. Este último es el caso de ciertas impresiones indefinibles, las cuales nos arriban desde lo externo (sensibilidad meteorológica, sensibilidad por fenómenos telúricos, instinto de orientación, etc.) sin que se pueda vincular a ellas una apercipción. Estos procesos acontecen a través del

gran simpático y forman un tipo de sensibilidad regresiva. El centro cerebral no toma parte en ella ².

El tipo 5 nos muestra un proceso análogo, pero que cae aun más debajo del umbral de la conciencia distinta. El ciclo se cierra tocando apenas la zona de los dinamismos sensoriales. Se encuentran allí comprometidas prevalecientemente las energías oscuras de la vitalidad corpórea.

El proceso de la reacción subconciente ante un estímulo externo que, por una reducción de la conciencia externa (distracción, duermevela) no emerge, de modo que permanece una cierta traducción sensitiva no reunida con una noción de su origen, es esquematizado en el n. 6. Si el estímulo fuese en vez de origen interno, si viniese de la vida orgánica, se tendría el caso del n. 7.

Un último tipo de subconciencia, muy común, es la reacción subconciente a un estímulo externo o interno que, por un estado de reducción también mayor de la conciencia, no llega ni siquiera a ingresar al alma sensitiva si arriba tan sólo a despertar una cierta actividad mental que es completamente ignorante de la propia causa (n. 8). Los procesos de asociación mental, aparentemente automáticos; el espontáneo presentarse de imágenes, pensamientos o recuerdos; y también los procesos de cerebración onírica, en tanto que las imágenes que se forman en el sueño como reacciones que traducen simbólicamente ciertos estímulos externos u orgánicos, van comprendidos en esta clase.

Hemos hablado de una subconciencia que viene de la reducción de la corriente atenta (voluntad) o de insuficiente intensidad de las corrientes aferentes, o de una incapacidad de traducción cerebral. Es necesario sin embargo considerar una segunda, que es debida a un desapego espontáneo (casos de analgesia histérica) o provocado (en manera indirecta, por uso de anestésicos, de estupefacientes, etc.; o en manera directa, a través de disciplinas especiales, como las de los fakires, etc., a través de una poderosa concentración de la atención sobre una sola idea; a través de la imposición hipnótica, etc.) de los dinamismos superiores por parte de los inferiores. Las corrientes aferentes hallan un hiato que no saben superar y por lo tanto se repliegan y se encierran debajo del umbral de la conciencia. Estas

² Esotéricamente, según el aspecto interior, se dirá que éstos acontecen directamente en el "cuerpo sutil".

formas de desapego están siempre acompañadas por el marco externo de un sueño más o menos profundo, o por sonambulismo.

Al hablar de la subconciencia, es necesario hacer mención a la *memoria subconciente* (criptomnesia). No hay nada que suceda en la conciencia (en el sentido más amplio en el cual hemos comprendido este término) y que no deje un rastro indeleble. En rigor, sólo los procesos de tipo 1 y 2 pueden decirse concientes y forman parte de la memoria común. Pero ésta es una pequeña sección de un depósito infinitamente más vasto, el cual conserva también los elementos arribados a través de todos los otros procesos que hemos indicado y que caen bajo el umbral de la conciencia externa, o bien entre las conexiones y las interrupciones de esta última. En circunstancias apropiadas este material infraconciente y subconciente puede emerger y manifestarse, indirectamente (escritura automática, visión en el cristal, etc.), o también directamente. Derivan de ello fenómenos de carácter aparentemente inexplicable, muchas veces arbitrariamente atribuidos a causas trascendentes, mientras que su clave casi siempre se encuentra en la memoria subconciente, como aquella que, gracias al campo enormemente vasto de la sensibilidad subconciente, presenta una extensión sumamente mayor de la memoria normal.

Se debe sin embargo observar que la distinción entre procesos concientes y subconcientes no debe ser tomada en sentido absoluto. De hecho el *desarrollo* de todos los procesos mentales, comprendido aquel, en apariencias más conciente, de la apercepción (n. 1), pertenece a la subconciencia, y se nos escapa completamente. Ello debe ser dicho también en relación a los procesos de memoria provocados, es decir realizados a través de un esfuerzo de atención, los cuales corresponden al dinamismo denominado conciente, en el sentido de que se sabe *desde donde* se parte y, —aproximadamente— *adónde* se quiere arribar. Pero las fases intermedias se desarrollan en gran parte en la oscuridad. Tal como hemos dicho, las energías aplicadas directamente a los límites periféricos del cuerpo y las mismas de dinamismos vitales y en parte sensitivos son como un “medio” siempre más opaco para la luz de la conciencia externa: por lo tanto, sea por el arco centrípeto como por el centrífugo, en el ciclo de los mismos procesos denominados por nosotros concientes, en correspondencia a tales energías se debe pensar en un oscurecimiento el cual no se resuelve sino limitando las percepciones periféricas de la conciencia de vigilia (zona

del no-Yo).

De cualquier manera, desde el punto de vista funcional los hechos subconcientes no deben ser considerados como hechos marginales y parásitos, sino como constituyentes del sustrato, por sí oculto, de la conciencia externa. Todos los modos de conciencia propios de las fases intermedias a través de las cuales el ser humano ha llegado a su constitución actual permanecen bajo el umbral de la conciencia externa y son representados por las *funciones inferiores* (entre las cuales las varias formas de receptividad subconciente); y son justamente aquellas que permiten la relación entre los varios escalones de la *escala* de funciones inmanente en el individuo (véase las “pequeñas percepciones” de la doctrina de Leibniz).

SUPRACONCIENCIA

El esquema n. 9 nos presenta el caso de la percepción supranormal de un estímulo de naturaleza sensorial propiamente dicha. Es la *telestesia*, o recepción *sensorial* telepática, o percepción psíquica. Tal como aparece del esquema, el ciclo se cierra afuera sea del límite periférico del cuerpo, sea de los dinamismos vitales empeñados directamente en las funciones corpóreas. Se trata de una experiencia realizada en el alma sensitiva, bajo un estímulo que ha sabido arribar a ella *directamente*, sin el trámite de las corrientes nerviosas o de modificaciones de los respectivos centros.

Para esclarecimiento, es necesario pensar que del mismo modo que con el cuerpo físico, el hombre se encuentra en un “campo” de dinamismos físicos, así con los otros principios más sutiles, que forman parte también ellos de su ser, él se encuentra *virtualmente* en contacto con otros “campos” caracterizados por formas de energía menos “degradada”. Es sin embargo necesario decir “virtualmente”, porque el contacto efectivo acontece sólo cuando los dinamismos superiores, a partir de los sensitivos, son desempeñados con respecto al organismo celular corpóreo y nervioso, el cual tiene la tarea de interceptar y de transformar las varias especies de estímulos ³. Entonces ellos pueden percibir directamente procesos y vibraciones de aquellos otros campos energéticos y de los respectivos “núcleos” que allí se encuentran. En la medida que estos procesos y

³ Herméticamente, se dirá: en estado de separación de lo “sutil” respecto de lo “espeso”.

“núcleos” no tienen correspondencias “cíclicas” también en los campos de energía degradada hasta la forma de la materia y del movimiento perceptible físicamente, además de tenerse la recepción sensorial telepática, se podrán tener también experiencias de fuerzas y de realidades puramente *psíquicas*, es decir de un plano superior de existencia, que prescinde del sustrato físico, propio de la experiencia en el mundo de los cuerpos ⁴.

El esquema n. 10 representa un caso que no difiere del precedente, a no ser porque el punto de partida y de clausura interior del ciclo cae en un nivel aun más alto. Es la percepción supranormal de un estímulo de naturaleza propiamente *mental*. Se vinculan a ello los fenómenos de intuición intelectual, y también de inspiración y de iluminación. El ciclo, tal como se ve en el gráfico, no toca más ni siquiera los dinamismos sensitivos: los dos términos –acción y reacción– tienden casi siempre a fundirse en un acto simple, en una apercepción puramente intelectual ⁵. Es sumamente importante referirnos nuevamente aquí a lo que hemos dicho para el caso precedente: es decir, que en estas formas es posible que sean realizados conocimientos de seres y de fuerzas, los cuales no tienen una manifestación visible y sensible en los “campos” físicos, y que también deben ser considerados reales. Por esto, hemos hablado también de casos de “inspiración”. Es un nuevo mundo de relaciones del cual el Yo se hace conciente, en la medida y a condición (raramente satisfecha) de que su conciencia de vigilia sepa seguir a la supraconciencia.

El caso-límite está dado por el esquema n. 11: es un circuito que se cierra en la zona del puro Yo-voluntad, con el cual el ciclo se puntualiza y se ensimisma. Es la conciencia integral o autoconciencia en el sentido verdadero e inmediato del término: la percepción directa de la esencia *una* del Yo, separada de toda modificación de origen corporal, de carácter biopsíquico y también intelectual ⁶. Es una forma que, de hecho, no tiene

⁴ Entre otras cosas se puede recordar lo que dice E. C. AGRIPA (*De occulta Philos.*, III, 23), sobre la percepción de los “démones”, que no acontece merced al sentido corpóreo, sino merced al sentido del “cuerpo etéreo”, o *eidolon*, encerrado adentro del despojo humano y carnal.

⁵ Se refieran a esta condición las expresiones de PLOTINO, citadas en este mismo capítulo, relativas a los “dos que se convierten en uno” en la conciencia superior.

⁶ Véase E. C. AGRIPA, *op. Cit.*, III, 55: “Abandonando cada composición, división y razonamiento multiforme, elevándonos a la vida intelectual y a la simple intuición, podemos contemplar la esencia inteligible merced a las percepciones individuales y simples, cual

más correspondencias fisiológicas. No se puede más hablar ni de estímulo ni de reacción, también en el significado más general de estos términos. El proceso de conocimiento aquí es *identificación*, relación inmediata con las esencias; es un *hacerse esencia*.

ALGUNOS ESCLARECIMIENTOS

Queriendo localizar esquemáticamente el campo de la conciencia normal externa, además del límite inferior que, tal como ya se ha mencionado, cae en la zona de los dinamismos sensitivos, se debe considerar un límite superior, variable como el primero, pero que cae en la parte más elevada de los dinamismos mentales. Por encima y por debajo de la franja determinada por aquellos límites, la luz de la percepción distinta se atenúa y luego se amortigua. Raramente acontece que los estímulos externos logren comprometer una reacción conciente que parte del puro núcleo Yo-voluntad; raramente los mismos procesos mentales y asociativos se cierran penetrando en el "campo" de este Yo, y recabando una corriente energética por la cual éstos puedan lograr ser controlados y dirigidos en todas las partes.

En rigor se debería hablar de *dos* umbrales de la conciencia externa: una *inferior* y también una *superior*: que son dos puertas, la una abierta y la otra entreabierta, respectivamente sobre el mundo físico y sobre el psíquico. Bajo la primera caen los procesos de lo que se hablara en el esquema 5; sobre la segunda se pueden desarrollar procesos del tipo 2, al cual por regla no le corresponde una conciencia verdadera y propia, puesto que éstos acontecen afuera de la misma zona de los dinamismos *mentales* los cuales son justamente aquellos que, a través de análogas modificaciones cerebrales, determinan la autoconciencia común, que sabemos que está apoyada sobre el órgano del cerebro. Se debería hablar pues de dos regiones de las subconciencia: una *subconciencia inferior* (zona de los automatismos, de los dinamismos vitales y orgánicos, que vuelve a epilogar la historia pasada del espíritu) y una *subconciencia superior* (que es virtualmente la

suprema existencia misma del alma, para la cual somos uno y bajo la cual se unifica nuestra multitud. Así podremos alcanzar al *Uno* supremo, del cual depende la unión de todas las cosas, por medio del mismo uno, como florecimiento de nuestra esencia, que adquieren en fin cuando, huyendo de la multitud, surgimos en nuestra unidad misma, nos convertimos en uno y actuamos en consecuencia".

supraconciencia) que es la historia por venir del espíritu. La una y la otra forman parte del ser integral del hombre, que es conjuntamente espíritu y cuerpo, psiquicidad y fisicidad, futuro y pasado. Se ha ya mencionado, en efecto, la posibilidad, en vía anormal y en determinadas condiciones, de afloramientos de partes de procesos subconcientes de dos tipos ⁷.

Nuestro órgano cerebral es sensible a la energía mental, pero aun demasiado a través de la sensorial, Se trata habitualmente, más que de un dinamismo mental, de un *dinamismo sensorial mentalizado*: por lo tanto nuestro pensamiento debe apoyarse sobre las sensaciones y sobre las imágenes y el *pensamiento puro* (en sentido *real*, se comprende, y no como abstracción filosófica) no es percibido y cae en la región de la subconciencia superior. Cuando sin embargo el órgano cerebral será sensible a la verdadera energía mental, sin intermediarios, entonces el pensamiento perderá para nosotros su carácter de fenómeno interno, inconciente y casi abstracto, y se convertirá en un hecho real, objetivo. En el estado actual de la conciencia, en lo referente a sus relaciones con el no-Yo, el pensamiento es una *sensación del estímulo mental* más que una percepción del dinamismo mental en sí. Así la neta línea de separación que se ve en el gráfico, entre dinamismos mentales y sensoriales es más que nada, teórica: las dos regiones tienen, para la conciencia común inextricables franjas de interferencia, y el centro del Yo aparente, en vez de estar *en sí*, es decir, sobre la misma pura intelectualidad, se encuentra en medio de este enlace.

Digamos algo respecto de la *conciencia integral*. Ésta debe considerarse como el verdadero punto de partida, el verdadero centro que, como su

⁷ Desde el punto de vista esotérico, en parte subconciencia inferior y subconciencia superior (supraconciencia) pueden no ser dos dominios diferentes, sino un mismo dominio, realizado en dos modos diferentes. En la subconciencia corpórea “duermen” los “dioses” o, si se prefiere: la supraconciencia de los dioses y la subconciencia de los hombres. La supraconciencia es la realización espiritual de las fuerzas invisibles en acción en los más oscuros procesos corpóreos; fuerzas de carácter no-humano. Por esto sea en el hermetismo, como en el esoterismo oriental el cuerpo es considerado como la “materia” para la obra sagrada y, en el simbolismo, a la “resurrección” precede el “descenso a los infiernos” (subconciencia corpórea). – De aquí la relatividad de lo que APRO denomina cuerpo y espíritu, pasado y futuro del espíritu: son dos fases de un mismo proceso que no es lineal, sino *cíclico*: el “futuro” del espíritu es una reconvergencia en los estados originarios de la “creación” y cuando la resolución es completa el círculo se transforma en un *acto* en donde no hay más ni un “antes” ni un “después”.

primera manifestación y exteriorización, adquiere el aspecto de autoconciencia individual. Cuando el núcleo voluntad-Yo puede manifestarse sin limitaciones ni degradaciones, en su esencia dinámica integral es *constructor en acto*. La modalidad del pensamiento entonces, más que *organizadora*, puede decirse *creadora*. Liberándose de los dinamismos mentales, unidos al cerebro, éste puede manifestar *directamente* o casi su energía en la materia física, de modo tal que su creación se emancipa de las normales condiciones de tiempo y de espacio y se convierte, por decirlo así, en instantánea.

Veamos ahora cuáles son las condiciones para el pasaje de la conciencia externa a estas formas supranormales. Tal como se ha mencionado, la energía mental, la energía sensitiva y la energía vital se deben considerar como formas siempre más “degradadas” de una única energía primitiva, que emana de la conciencia integral y que desemboca, hallando siempre mayores resistencias, en los varios órganos en contacto con el mundo externo.

La conciencia externa corresponde al estado de mayor limitación. Para realizar las formas superiores de conciencia es necesario que el Yo suprima cada manifestación suya en el campo fisiológico, suspendiendo las relaciones con el mundo externo físico, y así también la conciencia ordinaria de vigilia. Solamente en este modo el mismo podrá retirarse en un campo sensorial y luego en un campo intelectual, eliminando gradualmente todas las resistencias que obstaculizan su dinamismo o que lo encerraban en el circuito del cuerpo. El retiro del Yo del ambiente externo, con el gradual oscurecimiento de la conciencia de vigilia, corresponde, en sentido inverso, al gradual desarrollo de la conciencia misma y llevará consigo la emergencia de facultades nuevas, más o menos subconcientes, que se traslucen paulatinamente. Se pasa a ciclos de los tipos 9, 10, 11. Éstos, por regla, por su naturaleza, no tienen ninguna manifestación fenoménica: para que esto acontezca, es necesaria una corriente que reactive la manifestación *externa* de la conciencia integral, “degradando” parcialmente a esta última y reactivando la parte de los dinamismos representada por aquel automatismo necesario para traducir las modificaciones de la conciencia superior.

Considerando especialmente el aspecto *actividad* del Yo, cuando el mismo emerge y se manifiesta excluyendo los estratos más externos —es

decir, las vías ordinarias de manifestación fisiológica— se producen los fenómenos de *exteriorización* en sentido estricto: exteriorización del pensamiento, exteriorización de la sensibilidad, exteriorización de la motricidad (acciones a distancia), exteriorización de imágenes visuales (alucinaciones verídicas), e incluso de la misma fuerza virtual y hasta de una parte de sustancia orgánica, como acontece en la formación de ectoplasmas y de materializaciones⁸. Habitualmente son todos fenómenos que requieren la libertad de los dinamismos psico-vitales con respecto al cuerpo, implican una disociación anormal de la unidad fisio-psíquica individual, no siempre aconsejable ni carente de peligros. Además, puesto que la conciencia usual, que es la externa, se basa en la unidad aquí mencionada, la fenomenología de las exteriorizaciones se desarrolla, por regla, en estados subconcientes (trance mediánico, sueño magnético, catalepsia, etc.) todas las veces que no es guiada por un método preciso y por una suficiente elevación espiritual.

A nivel práctico, la subconciencia que toma el lugar de la supraconciencia puede ser evitada sorteando la disociación verdadera y propia y la suspensión completa de la actividad externa de la conciencia. Diremos, a título de una simple mención, que los métodos principales al efecto son de dos tipos. El primero consiste en arribar a una *excedencia* de energía vital interna con respecto a la que es necesaria para alimentar la actividad orgánica habitual. Acontece entonces que ésta no es suspendida y, no siéndolo, se mantiene el estado de conocimiento de la conciencia de vigilia. Por otro lado, la energía excedente permanece sin compromiso y libre de actuar sobre otros planos. La exaltación, la sagrada ebriedad y el sagrado “furor”, tantas veces citados en la literatura de los misterios, deben esconder un método de tal tipo.

En un segundo caso, se trata de llevar al automatismo ciertos dinamismos, los cuales habitualmente comprometen la atención y la conciencia impidiéndoles dirigirse hacia otro lado. Convertidas en automáticas ciertas funciones, algunas energías superiores se pueden separar de las condiciones y de las limitaciones impuestas por las mismas funciones

⁸ Al aspecto “dinámico” de las “exteriorizaciones” se le contraponen el aspecto “estático” de las *relaciones*: relaciones sobre el plano mineral (por ejemplo rdomancia), sobre el plano vital (instinto terapéutico-diagnóstico), sobre el plano psíquico (clarividencia psíquica), etc.

y permanecer libres para formas de actividad superior. La creación de los monoideísmos, el uso de las repeticiones, la “ritmización” en general, que puede también referirse a movimientos y a funciones orgánicas (por ejemplo, la respiración) –expedientes de conocido y frecuente uso en todo tiempo entre quienes se han dedicado a la cultura de las capacidades supranormales– son propios del segundo método.

El ensayo que publicamos aquí debe recomendarse a aquellos que quieren tener un esquema para traducir en términos de psicología moderna la fenomenología esotérica. El mismo deja aparecer las relaciones naturales, que recorren entre esta fenomenología y los procesos psíquicos comunes; hace ver cómo aquélla no tiene nada de “irracional, sino que sigue determinismos suyos propios, vinculados a especiales condiciones del ser humano. En particular, en base a aquello que se dice en este mismo capítulo acerca de la “realidad metafísica”, resultará fácil entrever la correspondiente condición orgánica; y será luego instructivo referir al esquema de APRO lo que más arriba, cap. I, ha sido dicho por BRENO respecto de las condiciones internas del Oriental y del Occidental, y sobre el límite que separa la “medianidad” de la “clarividencia exacta”. Por cuanto ya APRO haya dado indicaciones, así como el medio para reconducir a su esquema nuestras enseñanzas y varias experiencias aquí referidas, queda al lector, al cual será de mucho ayuda, como base el esquema de la pg. 106.

2) TAURULUS

EXPERIENCIAS

Recordaré ante todo algunos precedentes de la infancia relativos a mis experiencias esotéricas. En cuanto a mi carácter, desde niño en todas las acciones llevaba una nota de seguridad unida a una sensibilidad particular y a un impulso hacia el dominio. Era una cosa rara debido a la edad, recuerdo que el desarrollo de la jornada habitualmente me dejaba una sensación de insatisfacción y de inquietud, como si hubiese algo que tenía que atrapar y que sin embargo se me escapaba siempre. Pero en el silencio nocturno, mientras me preparaba para dormir, una fuerza de vida no común muchas veces me atrapaba y me llevaba, durante el estado de vigilia, hacia un mundo animado de manera fantásica. Me acuerdo de que entonces yo asistía a escenas grandiosas o angustiosas. Me sentía como atravesado por ondas de luz que eran márgenes de figuras que pasaban e iban de lo infinito hacia lo infinito. Me sacudía súbitamente por haberme sentido llamar por alguien que, a pesar de ello, no veía. Notaba que las manos a veces irradiaban una luz difusa en el sentido de los dedos y que la misma respiración entonces se convertía en un resplandor en el espacio oscuro bajo las cobijas donde muchas veces frecuentemente me instalaba.

Todo esto, poco a poco se apagó. Me quedó tan sólo un recuerdo de sueño. La vida exterior, el tumulto goliárdico, el interés por los problemas intelectuales, me atraparon. Transcurrieron así los años. Mis estudios me dirigieron hacia las ciencias positivas, las que, una vez recibido, se convirtieron en la base de mi profesión. Fue poco a poco, y por diferentes circunstancias, que se determinó en mí una especie de proceso de crisis, que en los primeros días de 1928 desembocó en un pensamiento-visión simbólico. Creo que es inútil relatarlo, Digo tan sólo que tuve aquí la percepción absoluta de una *tarea*, unida a una clara y natural resolución a actuar.

El instinto infantil de dominio ahora tomaba una forma conciente y superior. Y el mismo se dirigía nuevamente, luego de tantos años, hacia aquellos mundos invisibles que habían desaparecido de mi conciencia. Sentí una fuerza interior que no conoce descanso, tendida a querer arrancarse del vínculo humano, a convertirse en centro, a permanecer

centro. Presentí también los peligros desparramados sobre el camino, la lucha que habría tenido que sostener, los obstáculos a superar. Supe también de quien viene a menos luego de la decisión, de quien se pierde: se trata de volver a tomarse un cuerpo luego de haberlo querido matar, para volver, con aquél, hacia donde la llama se ha apagado para siempre, en el mundo de los hombres.

Me resultaba necesario un método. Los estudios científicos me habían acostumbrado la mente a las nociones precisas, al sistema de técnica operatoria y experimental – y por esto el material tan variado y confuso de la literatura común de carácter místico-teosófico, que me propuse recorrer, me satisfizo poco. Por pura casualidad, conocí los escritos de Ur: el punto de vista práctico, la claridad insólita de las enseñanzas, todo ello me impactó. Empecé un estudio general y sistemático de las materias expuestas. Resuelto a abrirme paso, por preparación me dediqué a los ejercicios sobre la fuerza de la respiración. Tuve resultados. Muy pronto se despertó en mí una especie de bienestar que me estimuló a proseguir. Alcancé el estado de ligereza y de fuego que parecía que tuviese que dejarme en los espacios. El sentido de mi vida comenzaba a convertirse en diferente.

Me proponía entrar en una cadena activa constituida según las directivas dadas en estas páginas (T. II, cap. II) estimándome en una cierta medida preparado para ello, cuando una brusca contingencia, debida a un desagradable incidente de laboratorio químico, me afectó justamente aquellos órganos corpóreos que había “tocado” en primer término. Fui obligado a dejar la ciudad y el trabajo, y a ir a la montaña a curarme.

Sólo, con largas horas vacías por delante, me decidí entonces a dirigirme directamente a los dirigentes de aquella cadena para obtener las instrucciones más particularizadas, y especiales para mi condición. No hubo dificultad alguna en obtenerlo. Reconocí la oportunidad de dejar atrás el desarrollo de la conciencia de la sede mediana; de concentrarme en vez sobre las otras dos sedes, las de la potencia del Yo y de la potencia de la acción. Mis experiencias aun hoy obedecen a esta dirección, de modo tal que las mismas, a nivel normal, no son de “visión”, sino de estados intensivos que tienen el valor de los campos de fuerza de la física experimental.

En primer lugar he arribado al “silencio”, que hoy en una cierta medida realizo ante el simple mando.

Manteniéndose la concentración por largo tiempo, también los estados “aire” y “fuego” del espíritu son sentidos fuertemente.

Poseyendo estos requisitos elementales, he dirigido mi actividad a despertar el pensamiento purificado en la sede superior. Viviendo lo que ha sido dicho sobre la actitud necesaria ante la enseñanza esotérica (T. I, cap. X, pg. 325), realizado como *potencia* el pensamiento conciente (T. I, cap. IX, pg. 275), a través de la meditación de algunos escritos fundamentales arribé a ver y a sentir la realidad en modo vasto, grande, incluso nuevo. Una práctica especial, que se me comunicó, comenzó a modificar mis sensaciones numerosas y poco distintas, o alteradas por mi estado anormal, con la meditación, prolongada a veces por horas enteras, sea de día como de noche, sobre las enseñanzas que me fueron indicadas en forma más particular; las mismas se hundieron en la conciencia hasta entrar en contacto con las fuerzas *SOPITE* en las sedes de los centros sutiles. Surgió entonces como un recuerdo la comprensión de todos los temas desarrollados en estos volúmenes, reasumidos y desarrollados a un mismo tiempo silenciosamente por la figura simbólica de la muerte del Toro. En un estado de calma superior, la concentración sobre las sedes del complejo yo-voluntad ha despertado en modo notorio la fuerza fluídica: el pensamiento enciende fuego-fuerza, fuego-creador. Me “doy cuenta” diversamente del mundo. La preocupación de una realización cualquiera no me perturba, el estado de potencia es controlado por el sentido de claridad dominadora.

Agrego algún detalle más particular.

Sentido del cielo que *vive*, que se anima, movido por corriente visibles, mientras que un poco por vez se hace luminoso por innumerables centellas que vagan velozmente, y en el instante durante el cual se atrapan, surgen y concluyen.

Sentido de la naturaleza que aparece como una maravillosa criatura atareada en desnudarse para hacer resplandecer en una transparencia divina unos significados profundos. Me doy cuenta a veces de que soy una misma cosa con lo que me circunda: atrapo otras cosas como si fueran partes de mí mismo y que surgen de mi interioridad. Entro en este cuerpo, tan grande como real, siento vibrar una energía animada, igual y férvida, calma e intensa – como aquella que se refleja en el cielo. La sangre permanece investida, y deja advertir un “sonido” que a veces alcanza

vértices altísimos. En estos estados de culminación, mientras que parece perder el domino ante tal mar de fuerza, un peligro se asoma. Basta que se venga a menos por un instante ante esta condición, para que se opere una “apertura” – pero es un estado de conciencia que por ahora no puedo expresar ni siquiera pálidamente: se *ve* en un instante, y nos reencontramos con el frío mortal, difundido en el cuerpo rígido casi como una piedra, y moribundos. Es necesario mantenerse, como un pilar resistente ante el torbellino de la corriente, sintiendo la fuerza de éste, impasible y firme, frente al tumulto, a la creciente violencia y a las insidias del vórtice que se genera a nuestro alrededor.

Se también algo respecto de la “disociación de los mixtos” (T. V, cap. IX, pg. 79). Estas soluciones, no queridas, me dejan, ante su verificación, en el estado de certidumbre que ello ha traído únicamente del desarrollo de las facultades de mi ser.

Una vez –en la noche de Año Nuevo– luego de haber hecho la vigilia y haber bebido sobremanera, he sentido improvisamente una sacudida que, quitándome el apoyo, me llevó hacia la nada-vacío. Duró un instante la impresión: sin embargo tuve la suerte de comprender el sentido y la naturaleza de la prácticas conducidas con métodos violentos (aguas corrosivas).

Instantes de despertar en la noche: percepción interna de centros luminosos en el cuerpo – luego la conciencia se desvanece y vuelvo al sueño. A veces, de mañana, aparición de señales y siglas hechas de líneas de fuego: una, característica con forma de zig-zag.

Pasajes de lo “volátil” hacia lo “denso”: sentido duro, sólido, metálico, pesado, localizado, sobre el principio, en la zona del plexo solar; luego, que se extiende hasta las articulaciones, que siento sobresaturadas de potencia. Si evoco el aire, entonces me siento volver ligero, aéreo, y siempre en estado energético: corre en los miembros un ritmo vibratorio de alta frecuencia, y una energía sutil cubre al cuerpo como una red espesísima, fina y adherente, mientras que el cuerpo mismo, más extenso que el físico, presiona ligeramente en modo calmo, regular y continuo, con una sensación a la cual por analogía podría referir el término “sonoridad”.

He practicado el conocimiento de la respiración, de acuerdo a las instrucciones dadas en el T. I, cap. V, pg. 135. Me detengo en la segunda

fase, resultándome todavía difícil comprender el sentido de la realización del “Arcángel del Aire”. Una noche sola, he “sentido como próxima” la experiencia que se presentó improvisa, y luego de un instante desapareció fulmínea. Yo era todo luz-llama: el Infinito. Los cabellos comenzaban a pararse y un frío mortal, que surgía desde adentro, serpenteaba casi quisiese precipitarme en la nada de un horripilante asilo de muerte. En la mañana siguiente –también ésta fue la sensación de un instante–sentí como si el cielo se precipitara sobre mí, casi fuese sólido, en fragmentos transparentes y luminosos.

Hoy como hoy insisto en la práctica del Sol nocturno –que hasta ahora no ilumina aun mi breve sueño – y que acompaño con paciencia y con impulso. El conocimiento del “aire” lo experimento con sensaciones de luz-fuerza. El “estado de potencia” vuelve a encender fuerzas siempre más profundas. Un trabajo que ahora me propongo es el de organizar gradualmente el entrenamiento de la naciente conciencia del cuerpo sutil.

Me siento calmo, fuerte, seguro. Estoy casi contento por esta vida mía de aquí. En efecto para ésta yo he comenzado a recorrer la “vía derecha”. Amo este lugar, esta soledad, entre la silenciosa grandeza de las montañas, considerándolo como necesario y como un peligro de vida que yo mismo he querido. Estoy seguro de que es así.

3) EA

QUÉ COSA ES LA “REALIDAD METAFÍSICA”

Releyendo todas la monografías anteriores hallamos en las mismas a la “realidad metafísica” como punto central de referencia, por lo cual no estará fuera de lugar precisar algo al respecto.

Como punto de partida puede asumirse el significado literal de la expresión. Metafísico es aquello que no es físico y que se encuentra más allá de lo físico. Únicamente que no debe identificarse a la realidad física con la que estudia la “física”, ni tampoco referir la metafísica a aquello que ha recibido tal nombre en la filosofía. Si se partiese en efecto de la “física” tal como hoy se la concibe, es decir, como un conjunto de conocimientos empírico-inductivos en donde el mismo significado que tiene la experiencia viva e inmediata se evapora en abstracciones matemáticas y en leyes generales que no tienen ningún otro valor afuera del que “hace prever”; y si como “metafísica” se comprendiese la abstracción filosófica que, disolviéndose de los mismos controles de los métodos “positivos” experimentales, se lanza hacia especulaciones en el vacío y en imaginaciones que se encuentran más allá de lo que puede ser dominio de las ciencias físicas – si se pensara así, se estaría muy lejos de aquello de lo que realmente quiere tratarse.

Será bueno en cambio tomar el término “físico” en el sentido usual, que se confunde con el de “corpóreo”. Se puede pues definir como “físico” a aquel estado del ser que se encuentra sujeto a las condiciones espaciales y temporales: puesto que todo lo que es “cuerpo” ocupa un cierto espacio y está sujeto a mutaciones, que acontecen en el tiempo.

Queriendo pasar a considerar subjetivamente las cosas, es suficiente con poner “conciencia” en lugar de “ser” y definir, pues, como “físico” a todo lo que experimenta una conciencia, la cual tenga por condición de su conocer espacialidad y temporalidad: el universo constituido por cuerpos y percibido a través de los sentidos corpóreos.

Una vez hecho este planteo, resulta por sí mismo lo que quiere decir “metafísico”:

1) Desde el punto de vista objetivo, es todo estado del ser no vinculado

a las condiciones espaciales y temporales; 2) Desde el punto de vista subjetivo, es la experiencia que puede realizar una conciencia cuando tales condiciones dejen de formar parte de su conocer. *A una experiencia de tal tipo corresponde aquello que en su conjunto comprendemos nosotros como “realidad metafísica”.*

Estas nociones pueden no resultar fáciles para el sentido común, debido a que aquello que en general el hombre tiene como experiencia y recuerdo se refiere sobre todo a estados corporales. Es por esto que se es instintivamente llevados a identificar como “realidad” lo que es “corporeidad”; de lo cual se sigue que la misma expresión “realidad metafísica” (significando “metafísico”: no-cuerpo) puede parecer una contradicción en los términos. El salto hacia lo “metafísico” puede parecer un salto hacia la nada, sea porque no se concibe que algo pueda ser experimentado una vez que se han suspendido los sentidos corpóreos; sea porque la conciencia en estado metafísico sería una conciencia disuelta del cuerpo, cosa ésta que de manera natural y completa acontecería con la muerte o, desde otro punto de vista, tendría a la muerte como consecuencia.

Para nuestros lectores no hay necesidad de detenerse demasiado en estas dificultades. Se sabe que la iniciación, la cual conduce a realizar estados metafísicos, ha sido comparada en efecto al mismo proceso que se desarrolla en la muerte, provocado sin embargo voluntariamente, según un “arte”, y superado activamente, de modo tal de conservar la continuidad de la conciencia (ver T. I, cap. IV; T.IV, cap. IV). En segundo lugar, a las evidencias que el sentido común recaba de experiencias limitadas a estados corpóreos deben oponerse los resultados de una muy elemental crítica filosófica del conocimiento; la cual pone en luz que espacio y tiempo no son elementos constitutivos de la realidad, sino más bien modalidades del conocimiento humano de la realidad, la cual pues en sí misma no es ni espacial, ni temporal, sino que se convierte así a causa de una conformación interna del hombre, que no puede representársela de manera diferente. Pero si las cosas en encuentran en tal modo, si espacio y tiempo son simples leyes de la mente humana, se puede muy bien concebir que tales leyes sean en determinadas circunstancias suspendidas y den lugar a otras: entonces a la experiencia común de la realidad como corporeidad se le sustituirá otra experiencia, en la cual la “realidad» asumirá un modo de aparecer que no es y no puede no ser más el de las cosas corpóreas.

Ahora bien, con aquel cambio esencial, con aquella transformación de la íntima naturaleza, que en cada tiempo y en cada lugar ha sido atribuida al poder de la iniciación, se puede pensar que se verifique justamente una remoción de la modalidad común del conocer, tal de despertar la posibilidad de percibir la realidad en sede no-corporal, “metafísica”.

Queda por advertir que “no corpóreo” y “metafísico” son términos genéricos, los cuales indican un conjunto de estados, estados sumamente diferentes, por cuanto todos tienen el común carácter de caer afuera de la condición física. Esta advertencia es importante, debido a la extrema limitación de horizontes propia de los modernos. Los cuales, aun cuando sean capaces de contar más allá del “uno” (es decir, de concebir que exista alguna otra cosa además del estado físico), es raro sin embargo que vayan más allá del “dos”, deteniéndose apenas en el binomio corpóreo e incorpóreo, “más acá” y “más allá”, “este mundo” y el “otro mundo”, etc., y comprendiendo cada término como la exacta mitad del todo. *A una tal concepción, mas que simplista, se debe oponer la de una multiplicidad de condiciones de existencia, entre las cuales la condición corpórea y terrestre no es sino un caso particular y casi una sección entre tantas que se pueden efectuar en el plenum de un todo.* Así, en rigor, la designación genérica de “realidad metafísica” debe aplicarse a *todos* los estados del ser, una vez que se ha excluido el del individuo humano terrestre. Por ejemplo, cuando en nuestras ciencias se habla de los Elementos, de los Siete (los Planetas), de los Doce (el Zodíaco), se trata de referencias simbólicas relativas justamente a estados “metafísicos” muy distintos, marcados por los Antiguos con planetas y con constelaciones por ser realmente tantos mundos, justamente como lo que sobre la tierra se revela tan sólo a través del espacio y del tiempo. La designación “realidad metafísica” puede sin embargo tener un significado más específico si se toma el término “naturaleza” en el sentido antiguo de *ousía*: éste se refiere no sólo al mundo corpóreo, sino, en el fondo a todo lo que es manifestación, *como realidad metafísica debe entonces comprenderse lo trascendente, lo Incondicionado.*

De paso, resaltemos que sobre esta base *la noción común de “muerte” debe ser revisada y destituida de aquel carácter de acontecimiento tan importante, irrepitable, trágico y definitivo para el ser, que ella tiene en la concepción totalmente humana, y especialmente cristiana, del binomio*

“más acá” y “más allá”. Por cierto, la muerte puede tener un significado de tal tipo desde el punto de vista de aquellos que, habiendo establecido todo apoyo propio en el estado corpóreo, se encuentran que, con la disolución de éste, ha quedado afectada de este modo la continuidad de la conciencia. Pero en cualquier otro caso el “morir” no es sino un cambiar de estado, así como también muchas y muchas pueden ser las “muertes” – y muchos y muchos, consecuentemente, los nacimientos y las vidas – que el ser atraviesa, además de la de la existencia humana. En correspondencia con esto en el proceso activo iniciático el morir-renacer del neófito no es sino el primer elemento de una serie que puede desarrollarse en muchos otros cambios de estado, cada uno de los cuales –para cada “planeta” o “nombre”, o “numen”, o “cielo”, o “tierra”, etc. – implica por igual una “muerte” propia y un “nacimiento” también propio. Lo cual deja entrever la real vastedad de las cosas y cuánto hoy se haya achicado cada distancia, cuánto en la rigidez de la mirada hipnotizada sobre la mísera coyuntura terrestre, cuánto hoy se haya apagado el sentido de esta grandeza llevada a través de mundos y cielos, zonas de oscuridad y de luz, desde la mansa corriente de lo infinito.

Pero la “realidad metafísica” puede hacer surgir una cuestión ulterior de carácter “filosófico”. “Realidad”, puede decirse que no es equivalente a “corporeidad”: sin embargo, en este sentido más vasto: ¿qué es lo que quiere decir “real” en las relaciones con el Yo? “Real” parecería significar, de manera general, el “ser en sí” de las cosas, es decir su ser afuera del Yo y independientemente del Yo: por lo cual lo que se experimenta no se convierte en una sola cosa con la experiencia misma (tal como acontece por ejemplo con un sentimiento), sino que queda algo diferente de mí, algo que existe objetivamente, se lo experimente o no.

Ésta es la postura del denominado “realismo” filosófico, la cual sin embargo parece ser ella misma una transposición de aquello que se nos presenta como evidente por tener nosotros prevalecientemente que ver con una realidad corpórea: teniendo justamente la relación del Yo con respecto a las cosas de la experiencia física el carácter correspondiente a la concepción, aquí indicada, del realismo filosófico. Pero si la “realidad

metafísica”, tal como se ha dicho, implica una transformación de la modalidad del conocer, es obvio que la misma difícilmente podrá ser medida con esta concepción de la realidad. En efecto, no apenas no se tenga más que ver con las cosas tangibles existentes en el espacio, la distinción, que parece tan clara, entre sujeto y objeto, entre “dentro” y “afuera”, entre sujeto que conoce y objeto conocido –y también: entre conocimiento y acción– pierde mucho de su claridad y no provee más una base tan firme al realismo filosófico.

A tal respecto ha habido quien¹, al tratar acerca de las relaciones existentes entre la dirección metapsíquica moderna y la iniciática, ha buscado poner de relieve en los siguientes términos la mayor conveniencia que presentaría en vez la postura al idealismo filosófico.

La admisión de una realidad metafísica conocible únicamente a través de una realización interior –se dice– asumiría enseguida un sentido más claro si al conocer se le diese esencialmente el carácter de un *acto* del Yo. Ahora bien, éste es el punto de vista del denominado idealismo moderno, el cual, frente a las filosofías que reducían el proceso del conocimiento a una simple recepción, por parte del individuo, de vibraciones provenientes de una realidad externa, ha invertido la posición poniendo al Yo como el principio-base de la función cognoscitiva, el que con su acto *convierte* en real, proyecta el atributo de realidad, hacia lo que él conoce. Esta concepción del idealismo –continúa el mismo autor– puede quizás hallar graves problemas en el dominio de la experiencia común. La misma sin embargo tiene la ventaja de dejar como concebible una condición diferente de la que es propia de un determinado estado del individuo, siendo para ello la condición necesaria y suficiente una mutación de la función, es decir del individuo mismo: una cosa equivalente a la *transformación de esencia* que es siempre afirmada en las ciencias iniciáticas. Así pues –se concluye– podría aplicarse a la “realidad metafísica” el concepto idealista de la realidad-acto-de-conciencia y de la realidad-creación del Yo; podría decirse que “el

¹ E. SERVADIO, en *La Fiera Letteraria* (n. del 30-9-1928). SERVADIO resaltaba justamente que la oposición se encuentra en esto: la metapsíquica, habiendo partido de premisas científico-positivistas, hoy tiende a apartarse de las mismas, a través de hipótesis filosóficas y divagaciones espiritualistas; mientras que el esoterismo (se refería sobre todo a los escritos de nuestro grupo) tiende a desembarazarse de todo lo que es “espiritualismo” y filosofía, para centrarse en relaciones de *conocimiento* y de *técnica*.

Yo mismo, ascendiendo, la *crea* en el momento mismo en que *se crea*, siendo en el límite el señor de una realidad que no tiene origen sino en él”.

Hasta aquí el mencionado autor. Con el cual se puede estar en parte de acuerdo. Aun sin ponerse de acuerdo acerca de la noción del “Yo”, se puede reconocer que, mientras la teoría del realismo filosófico se adapta a las evidencias naturales propias de la experiencia sensible física, la del idealismo filosófico es sobre todo más plástica, y luego se presenta ya más apta para captar el modo y el significado de la experiencia “metafísica”. Nosotros, es más, diremos que la concepción idealista, la cual excluye la noción de una realidad absolutamente externa con respecto al Yo y a la conciencia, no plenamente válida sino con referencia a esta específica experiencia, mientras que la misma aparece como unilateral e sostenible sólo en términos abstractos “gnoseológicos” si pretende afirmarse ya en el campo de la experiencia ordinaria.

Por lo demás, si se consideran algunos casos en los cuales un saber de carácter trascendente tiene también una expresión en un sistema filosófico —y a tal respecto se puede citar el Vedânta, el Mahâyâna y, en Occidente, el neoplatonismo— vemos prevalecer justamente un concepto del conocimiento creativo e identificativo en la misma línea del antirealista. Es característico el pasaje del Upanishad, en donde se dice que “afirmador del mundo es el Yo (âtmâ)”; afirmándose a sí mismo el mismo da un Yo y un carácter de realidad al mundo, que en sí es sin Yo. Pero se puede también permanecer en Occidente y remitirse a PLOTINO; con respecto a la precisa referencia que él hace, a los “sentidos corpóreos del hombre celeste”, los cuales perciben en un modo diferente que los sentidos corpóreos humanos ², él afirma: “Es un dicho exacto que el ser es la misma cosa que el pensamiento, puesto que en el mundo inmaterial el pensamiento hace una misma cosa con la realidad” ³. Y también: “No es necesario buscar los inteligibles {los principios no-corpóreos de la realidad metafísica} afuera del intelecto... No seremos verdaderamente una misma cosa con ellos si no los poseyésemos, como es propio del verdadero conocimiento intelectual {es decir, del conocimiento metafísico}: puesto que es sólo así que nada se le escapará y nada le quedará más allá de sí para buscar; que en él estará la verdad; que él se convertirá en la sede de los seres reales; que él vivirá y

² PLOTINO, *Enéadas*, VI, 7, 7.

³ *Ibid.*, V, 9, 5.

comprenderá”⁴. En el *noûs*, en la mente como principio metafísico del ser —él dice⁵— es evidente que para el que ve los dos se convierten en uno: “es necesario que esto sea, que los dos no hagan sino uno, es decir una visión viviente y no sólo el acto de ver lo que está en otro”. Muchos otros pasajes del mismo género podrían ser citados, en contra del concepto dualista-realista del conocer, inspirado por la experiencia sensible de los cuerpos. Señalemos uno todavía⁶, en donde se dice que el objeto del *noûs* no se encuentra afuera de éste, sino que es el mismo, por lo cual es a sí mismo que él alcanza, y es a sí mismo que él ve en el acto del conocimiento.

En estas expresiones, si es indicado sin equívocos el carácter activo, antidualista, del proceso cognoscitivo trascendente, no figura sin embargo el término “crear” muy querido por los idealistas modernos. Aquí es necesaria una precisión.

Existe, entre las posibilidades “metafísicas”, un “estado creativo” — es más, existen más “estados creativos”. Para explicarse con una analogía, en una cierta modalidad del ser el estado en el cual nos hallamos cuando, plenamente presentes a sí mismos, dominando internamente todas las partes de nuestra acción, efectuamos algo —este estado va a informar el acto mismo con el cual se conocer una forma cualquiera, aun las que corresponden a “cosas”, a objetos que parecen externos, estáticos y sin alma. Éste es el plano *dinámico* de la naturaleza. La conciencia puede tomar contacto con el mismo: transformándose en él, adquiere una experiencia, en la cual el significado de su relación con las cosas de naturaleza es justamente de “creación”.

Ahora bien, esto no lo que vulgarmente se piensa cuando se habla de crear una cosa que antes no existía. Lo que en efecto no existía, es la *conciencia* de esta relación. Objetivamente, una forma, que no fuese sostenida por un proceso creador, no existiría; toda forma existente remite a un principio propio creativo y dinámico, del cual ella es la expresión. Con respecto al Yo, no se puede decir que dichos procesos “no existen aun”; se debe en vez decir que en la existencia corpórea los mismos pasan

⁴*Ibid.*, V, 5, 2.

⁵*Ibid.*, III, 8, 7.

⁶*Ibid.*, II, 9, 1. Véase *Corpus Hermeticum*, II, 11. Lo incorpóreo es “inteligencia y razón (*lógos*) que se abrazan a sí mismos, libres de todo cuerpo, carentes de error, impasibles e intangibles, que contienen y abarcan a todos los entes”.

a un estado de silenciamiento, de subconciencia, análogo a aquel en el cual pasa una actividad que se convierte en automática. Las fuerzas del estado dinámico forman parte del Yo, y nunca han dejado de formar parte de él. Se trata de un reingreso de éstas en el campo de la conciencia. No es pues cuestión de *convertirse* en un creador no siéndolo aun: se es *siempre* creadores, y se trata tan sólo de darse cuenta, es decir, de desplazar la conciencia al estado correspondiente. Así para ésta y similares transformaciones, es la expresión de un *despertar* la que es la más apta. – La noción de “crear”, por lo demás, en la acepción moderna y sobre todo idealista-historicista, se resiente de un larvado “evolucionismo”: la misma presupone como punto de partida un “menos”, que tiene ante sí algo que puede acrecentarlo. La perspectiva iniciática es la opuesta: el “estado de justicia” del ser, el originario *in signo rationis*, no tiene un “más”, sino en todo caso un “menos” más allá de sí (de aquí la doctrina alejandrina del *decrecimiento* de los grados de luz en el *próodos*, término que literalmente debería traducirse con “progreso”). Así pues no se habla del convertirse en dios y creador de parte de un no-dios y de un no-creador (noción antiaristocrática del “venir desde lo bajo”), sino que se habla en vez de un despertarse y de un reintegrarse, o volver a sí, de un “dios que duerme” (CLEMENTE DE ALEJANDRÍA), de un “ángel moribundo” (BÖHME) ⁷.

Otra precisión se debe hacer cuando, en relación a la “realidad metafísica”, a la idea de “crear” se le agregue la de “dominar”. Las dos nociones en efecto no son comprendidas la una en la otra, el “dominar” refiriéndose tan sólo a la modalidad de algunos especiales estados metafísicos (personificados por ejemplo en la teología de la jerarquías divinas como “Tronos” y “Dominaciones”). Las expresiones tradicionales más comunes –ya se lo ha visto en PLOTINO– son: “convertirse en los poderes”, “ser sí mismos los dioses” ⁸. La apercepción de las funciones creativas metafísicas deja prejuizada la relación a tomarse con respecto a las mismas. Sellarlas con una corona –para usar una expresión kabbalista–

⁷ Se debe además resaltar que la expresión “crear una realidad que *antes* no existía”, si es tomada al pié de la letra, en sentido ontológico y no de experiencia interna, hallaría la dificultad de introducir, con el “antes y después”, el tiempo en la realidad metafísica; mientras que el tiempo, por lo menos así como se lo conoce comúnmente, es una condición restringida al solo estado corpóreo.

⁸ Ver *Corpus Hermeticum*, I, 25-26, 43.

es muy posible. Pero sobre todo sería necesario decidir si es justamente esto aquello a lo cual se tiende y a lo cual se es calificados. La enseñanza hermética referida por Zósimo ⁹ dice por ejemplo que el “hombre espiritual”, “aquel que se conoce a sí mismo”, desprecia la magia exterior, deja que las cosas procedan según la naturaleza o según la ley, se busca sólo a sí mismo, la gnosis divina y el dominio de la Tríada innombrable.

En segundo lugar, la cuestión vierte sobre la relación de las potencias. En un determinado estadio metafísico, la estructura y el orden de los poderes de las cosas puede compararse a aquello que, microcósmicamente, es el dato de la naturaleza propia y de la constitución de un cierto ser. Se puede también cambiarlo –pero ello implica un juego de tensiones, de autoacciones y de autoreacciones, el que debe ser considerado. Implica un ir mucho más allá, hasta tocar, y simultáneamente “sellar con una corona” aquel poder que en algunas tradiciones es denominado *Caos*, en otras *la Muerte* (el dios *Mrtyu* del hinduismo), que es la “materia prima” de las transformaciones. De la consecución, le sigue una transformación (un morir-renacer) o el despertar a otra jerarquía metafísica.

Volvemos sin embargo a decir que ésta es una posibilidad, y no un fin unívoco; tanto menos el carácter naturalmente presentado por toda experiencia metafísica. La vía de los dominadores no es sino uno de los rayos que parte desde el centro; y recaba su significado de la existencia de muchas otras vías que igualmente se irradian desde el origen, en donde se descubre la libertad como ley suprema del todo, como justificación de la doble vía, de luz y de tiniebla, uránica y telúrica.

⁹ Texto de BERTHELOT, *Collection des anciens Alchimistes grecs*, París, 1887, T. II, pg. 230.

4) IAGLA

SOBRE LA “LEY DE LOS ENTES”

Las breves consideraciones expuestas por mí en el Tomo II pgs. 27 y sig. bajo el título: *Las leyes de los Entes*, parecen haber atraído en modo especial la atención de más de un lector. No puede decirse, por cierto, que el tema no lo merezca: la existencia de una ley del mundo invisible que parece tener la misma importancia, el mismo significado y la misma generalidad que la ley física de la *conservación de la energía*, debe interesar a todos aquellos que se aprestan a hacer algo *en sentido práctico* en tal terreno. Quiero por lo tanto retomar el tema completándolo con algún detalle que se vincule a mi competencia.

Yo escribía: *Cuando se crea una resistencia contra el vórtice de un ente* (refiriéndome a la enseñanza más especificada ya expuesta en esta sede, se puede decir que esto debe acontecer todas las veces que se trata de iniciación “solar”), *se crea una causa; tanto más, cuando se opera una acción mágica. El efecto es una reacción, es decir, una fuerza del ente que se desarrolla en contra de quien resiste o actúa. Si el operador sabe resistir, la fuerza se descarga en otra parte, pero en cada caso se descarga. Las “líneas de la menor resistencia” entonces están constituidas por las personas unidas por un lazo de simpatía, o también de sangre, con quien actúa.*

La comunicación firmada por ERMO, que me ha sido transmitida y que aquí reproduzco es interesante, puesto que conduce a una extensión del problema:

“Algunos escritos aparecidos en el segundo tomo, en particular modo los relativos a las cadenas mágicas, las soluciones de ritmo y de liberación, etc. (T. IV, pgs. 23 y sig.), me han hecho volver a detener, por asociación de ideas, sobre ciertos aspectos de la fenomenología oculta que ya otras veces requirieron mi atención; fenómenos que yo tuve entonces que atribuir (si bien sin estar demasiado convencido de ello) al habitual “azar”, al no haberseme ofrecido en aquel momento una explicación más lógica.

De las páginas arriba indicadas se me abrió casi una rendija improvisa desde la cual se filtró alguna luz sobre una zona opaca de experiencias personales subconcientes, que sintetizo en pocas palabras, con la mejor

voluntad de ser claro.

Los datos referidos al círculo de personas con las cuales se tienen lazos de parentesco, de amistad o de familiaridad no tan sólo por razones de intereses, sino por comunidad ideal o sentimental, por fuerte simpatía física o moral, por tendencias comunes –y, en ciertos otros casos, en vez, lazos de invencible animadversión, sea o no justificada– ofrecen muchas veces la ocasión de efectuar la siguiente curiosa constatación:

Idénticas o análogas contingencias llegan a verificarse habitualmente en el mencionado círculo de personas: contingencias alegres o tristes que tienen de parte de los interesados, reacciones aproximadamente iguales.

Se da entonces el caso de que una o más personas que forman parte del círculo son impactadas por un acontecimiento agradable o bien triste; mientras que otras veces, cuando una de tales personas es afectada por un acontecimiento desgraciado, enseguida otra –casi por contragolpe o por una ley de equilibrio– recibe algún don, diremos así, de parte de la suerte. Y cuando más fuertes son los lazos de simpatía o aversión que unen a los componentes de los mencionados grupos, tanto más se muestra esta oscura ley de interdependencia.

Podría citar casos particulares, con datos y elementos precisos – si es que aquí no interesara más bien la norma general. Los lectores que tienen buena memoria y el adecuado espíritu de observación podrán arribar a constataciones análogas.

Tales casos han sido constatados también por parte de personas absolutamente profanas con respecto a nuestros estudios; personas que por seriedad, equilibrio y falta de prevenciones, no pueden dar motivo de sospecha.

¿A cuáles causas hay que remontarse para fenómenos de este tipo? ¿Se debe recurrir a la “ley de los Entes”, al *karma*, a herencias ancestrales? ¿Nos autorizan los mismos a reputar como posible la existencia de *cadena inconcientes* (mágicas)? ¿O bien se deben atribuir a algo así como a aquella ley de las *afinidades electivas* explícitamente expuesta en la homónima y conocidísima novela de GOETHE?

Quizás estos problemas no tienen importancia para los estudios de esoterismo trascendente. Sin embargo no debe negarse que los mismos lo tienen para los que buscan arribar a comprender mejor los bastidores de lo que acontece alrededor de ellos”.

Por mi parte, se encuentra afuera de toda duda que fenómenos del tipo de los referidos son reales, como también que éstos no obedecen al mero azar.

ERMO mismo ofrece luego la clave exacta para muchos casos, al hablar de “cadenas inconcientes”.

No es sólo en virtud de operaciones mágicas que dos o más personas pueden arribar a un estado de relación real, de modo tal de constituir casi un solo cuerpo en lo relativo a algunas reacciones. Cada vez que entre dos o más personas se establece un lazo simpático el cual arrije en verdad en lo profundo; o bien cada vez que su vida se orienta según una única y distinta tendencia fundamental, se produce una comunión de vibración y se establece una relación oculta de “fuerzas vitales”, automáticamente y sin relación con la distancia espacial¹. Las diferentes personas se encuentran entonces en la condición de “vasos comunicantes”. Se trata de un hecho real, que se establece una vez que se encuentran presentes las condiciones necesarias.

Deben pues admitirse cadenas naturales o electivas que se comportan como las creadas por la conciente arte mágica. Así se explican los fenómenos sobre los cuales ERMO ha dirigido la atención. Pensar juntos la misma cosa, presentarse en ambos un mismo recuerdo, una misma sensación o asociación, son casos para nada raros. Pero cuando la unidad es profunda, se puede decir que un “destino” se une con otro. Aquello que, sea para bien como para mal, se atrae una persona del grupo, tiende por sí a extenderse a los otros que están unidos a ella *en la vida* y a realizarse en modos que pueden ser también diferentes, de modo tal que habitualmente se escapa el íntimo nexos.

He dicho con intención “unidos en la vida”. La sede de las relaciones de cadena es justamente aquel *quid* animado, entre lo corpóreo y lo incorpóreo, denominado por los esoteristas “cuerpo de vida”. El mismo tiene relación con la *sangre*. Se comprende, de aquí, que la *consanguinidad*, el lazo natural establecido por la sangre, constituye en sí mismo un vínculo potencial de cadena. Una reacción rechazada por el sujeto, si es muy fuerte,

¹ Para este último punto se recuerde que el “cuerpo sutil” en una cierta medida no se encuentra sujeto a la condición del espacio. Sobre el plano sutil la “distancia” es dada únicamente por la afinidad, por la mayor o menor sintonía, por las vibraciones internas, por su consonancia o disonancia íntima.

fuerza el camino, vuelve a despertar la relación, que de potencial se hace actual – y pasa por ende a los consanguíneos: a menos que la persona en cuestión “electivamente” no haya establecido, y siempre conserve, relaciones más íntimas con otros, que entonces se convierten en más expuestos a la reacción, de lo que se encuentran los consanguíneos.

En los tiempos pasados la fuerza de la sangre era más viva que ahora. Hoy la mezcla de las razas y la orientación individualista la han subvertido, disolviendo el estado de cadena natural que antes muchas veces era ofrecido por las unidades familiares y colectivas. En las antiguas tradiciones podemos encontrar tres principios, que demuestran la fuerza de aquella concepción: el principio de *difusión*, el principio de *concentración*, el principio de *sustitución*.

Por el primero, una “culpa” (es decir: la causa de una reacción) cometida por un miembro de la comunidad o de la familia, podía hacer recaer su “maldición” sobre todos los otros: todos debían expiar. Lo mismo acontecía en relación al “ultraje” padecido por un miembro. Quien luego admite que existen casos de herencia física y psíquica, no debería hallar demasiada dificultad en admitir también casos de transmisión hereditaria de elementos vitales y sutiles unidos a una influencia especial, así como, en una enfermedad hereditaria, por elementos físicos transmitidos procede una cierta predisposición. Entonces la concepción puede ser extendida: el principio de difusión puede actuar también en el tiempo: la “maldición” de una “culpa” se puede extender a través de las generaciones de la misma sangre, hasta que la “expiación” no sea completa – es decir: hasta que la reacción no se haya agotado por medio de determinados acontecimientos. Si en vez de “culpa” se trata de “ultraje”, queda el legado de la *venganza*, de la reparación: el “ultraje” cometido con una persona ha despertado una fuerza de la comunidad la cual *debe* descargarse, bajo el peligro de transmutarse en una fuente de desgracias, en una alteración del ente colectivo o familiar. El caso opuesto es la difusión en los miembros particulares de una “bendición” o “influencia benéfica” activada por uno de ellos.

Por el principio de *concentración*, en vez, la “carga” que incumbe sobre una comunidad o cadena puede ser recogida y resuelta en un miembro particular, el que “rescata” a todos los demás. Son los “expiadores”, voluntarios o designados – o bien son los “vengadores”. Todos saben cómo estaba difundida esta tradición en los tiempos antiguos, especialmente en

relación a los sacrificios. Muchas veces el sacrificio se presentaba como el correctivo de una “difusión”: la “maldición” caída sobre la comunidad o familia por culpa de un sujeto, es removida para todos por otro sujeto, expiador o redentor. En el mito hebraico-cristiano, Jesús con su sacrificio rescata la herencia de Adán, que grava a todos los descendientes del “primer hombre”.

El principio de *sustitución* sostiene que una “ofensa” hecha por o a un determinado miembro, puede ser rescatada por otro miembro el que sustituye al primero. El uno puede ser sacrificado por el otro, el uno responde por el otro, o el uno venga al otro. El efecto es el mismo, la causa creada se descarga.

He recordado estas tradiciones antiguas, que se refieren al estado de cadena dado naturalmente por la sangre en otros tiempos, porque las mismas se extienden a varias unidades análogas las que, por otras vías, aun hoy se pueden establecer. *Todos los términos, como “culpa”, “ultraje”, “rescate”, “redención”, etc., en este contexto deben ser separados de cualquier significado moral y comprendidos positivamente como dinamisismos de fuerzas sutiles, que obedecen a la ley de los entes y que responden a un preciso determinismo*, que los Antiguos mostraban conocer y que da un fundamento positivo, casi diría *físico*, a muchas costumbres y tradiciones, hoy consideradas, o convertidas, en bárbaras y supersticiosas.

Quiero por ejemplo detenerme en la antigua *ley de la venganza*. No sabe nada de nada aquel que ve en ella tan sólo la codificación de un hecho puramente subjetivo que tiene como base el instinto, la pasión y el mero impulso. No es para nada así: hay, en lo relativo a todo grupo de cadena, una justificación basada en la desnuda realidad. La acción del ofensor ha creado una reacción porque ha roto un equilibrio. Hasta que la reacción no se haya agotado, el factor de desequilibrio se mantendrá en la cadena: *y atraerá en contra de ella exactamente lo que el ofensor debe padecer como efecto creado por su causa*. La venganza en vez agota la alteración, vuelve a conducir al estado de equilibrio. – Este conocimiento vale no sólo para las cadenas, sino también para las relaciones entre persona y persona, siempre que se haya establecido una relación “en la vida”: si una persona ofende a otra injustamente – entonces o ésta, reaccionando, restablece la unidad de su fuerza, en la cual se ha despertado una nueva causa; o bien, si no hace así *debe* descontar ella misma la reacción que,

como “venganza”, habría debido golpear a la otra según una ley inflexible. Examinad en lo profundo el sentido de turbación y el secreto de la misma palidez *mortal* que se dibuja en el rostro cuando se es ofendido *mortalmente*, “en la vida”, y podréis vosotros mismos tener la confirmación de lo que os he dicho.

Pero existe además de la venganza, otra posibilidad: *el amor*. Aquí la dinámica oculta revela una ley, que lanza una luz desconcertante sobre el significado y sobre el secreto de ciertas especiales enseñanzas. El amor comprendido como el acto de simpatía profunda por el cual casi nos identificamos con otra persona, crea una *relación*, en el sentido objetivo explicado más arriba. *Crea pues una vía para cada fuerza en acción o en reacción*. Toda reacción no resuelta tiende a recorrerla.

El que sabe resistir, amando, *puede pues conducir él mismo hacia dónde quiere a las reacciones*. Comprended así qué cosa pueda ligarse al precepto: **ama a tu enemigo**: es el modo de proyectar sobre el mismo la reacción que él ha determinado.

Comprended también por qué *a los magos absolutos les está prohibido el amor* – el amor en el sentido puro y verdadero. *Por amor, ellos no deben amar*. La leyenda en Oriente, en especial en la China, los representa como encerrados en un terrible aislamiento.

Quiero tocar ahora otro punto, en referencia a las “relaciones” que no son naturales o “electivas”, sino establecidas carismáticamente. Hoy en día, en que se ha perdido el sentido de tantas cosas, no se sabe más qué valor *real, físico*, podían tener consagraciones, como por ejemplo la del bautismo o del matrimonio. En efecto estos sacramentos hoy en día, cuanto más, no son sino supervivencias, formas simples.

Antiguamente la cosa era diferente: un “sacramento” era un acto de potencia que creaba una “unión en la vida”. El acto del bautismo y de los ritos equivalentes de otras tradiciones actuaba mágicamente sobre el “cuerpo de vida” del consagrado y lo unía “en la vida” al tronco de una tradición: la fuerza vital del consagrado recibía, desde entonces, la cualidad de la comunidad y éste permanecía vinculado ocultamente a la misma. El acto del matrimonio sellaba “en la vida” la unión de dos existencias. La operación, para ser eficaz, no reclamaba la participación del consagrado, cuya intención podía también estar ausente (como en el bautismo infantil), parcial e incluso contraria: pero así como el cuerpo físico, de la misma

manera el cuerpo vital es susceptible de padecer una violencia, y eran requeridas sólo las condiciones *objetivas* que dan potencia al rito. Sin embargo, una vez establecido el sello carismático, toda infracción constituía una acción dirigida en contra del ente colectivo que con su potencia lo había establecido: y se imponía, por la misma razón explicada en el caso del “ultraje”, que aquel que hubiese quebrado el sacramento *descontara*: ello era necesario a fin de que la causa, que se habría determinado dentro de la cadena, fuese eliminada. – Vuelve a aparecer una lógica objetiva, suprasentimental, positiva, en tantos usos, instituciones y legislaciones antiguas, puestas en descrédito o hechas objeto de una abierta reprobación de parte de los modernos, que ya no pueden comprenderlas más.

El obstáculo mayor se encuentra en la repugnancia, que ya se advierte en reconocer para la vida de las leyes que, si bien es cierto que en buena medida pueden ser puestas en movimiento por el comportamiento interno del alma, por su decisión y por su acción, sin embargo en sí mismas son rigurosas y objetivas como las leyes físicas, de modo tal que como éstas no dejan un lugar a las exigencias del sentimiento, de la moral y de la justicia humana.

Se debería considerar luego que el alma, en la existencia terrestre, vive mucho de préstamos, así ella no puede presumir de sustraerse a lo que acontece a lo que no depende de ella y de lo cual en vez, en una cierta medida, ella depende. Como puro “yo”, el hombre se pertenece a sí mismo y es él sólo la causa del propio destino. Pero ya como mente, luego como vida, luego como cuerpo, el hombre cesa de pertenecer sólo a sí mismo, y participa del destino de entes colectivos: además su misma acción y disposición crea nuevas y más especiales comunidades de intereses, propios de todo aquello que en el hombre no es el puro “yo”. El hecho injusto del “contagio” de reacciones y de comunes casos de vida, además que en pequeño, en las formas sobre las cuales ERMO ha dirigido su atención, se vuelve a encontrar en grande: en cataclismos, en epidemias, en guerras. No se protesta, habitualmente, porque no se presenta la sospecha de que estos acontecimientos sean descargas de rebote determinadas a través de la ley de los entes por causas que llegan a golpear a toda una colectividad, sin diferencias. Si un hombre compromete su vida, él arrastra en la misma suerte sea las funciones inferiores, sea las más nobles de su organismo que, por cierto, no tienen otra culpa, sino aquella de ser partes de su

cuerpo: lo mismo tenéis que pensar en relación a los individuos singulares en mayor o menor medida dignos, en referencia a los destinos colectivos, una vez que un vínculo de cadena se haya establecido.

En física, la ley de acción y reacción se basa en la ley de conservación de la energía, la cual rige para todo “sistema cerrado”. La extensión esotérica de estos conceptos lleva a conocimientos sumamente desconcertantes, pero sin embargo reales, como éstos:

Lo que uno adquiere, otro, fatalmente, debe perderlo.

Por uno que avanza, hay uno –o más– que retroceden, en modo tal que el total sea siempre una cantidad fija. Por cada ascenso divino, hay una precipitación demoníaca correspondiente.

En todo esto no se debe sin embargo dejar de tener presente que se trata de relaciones que no se vinculan a intenciones. Es decir: no es que, por ejemplo, el que asciende se tenga que proponer rebajar a los otros; que el que adquiere, deba tomar. Ello acontece automáticamente, en virtud de una ley impersonal. Y viceversa: aquellos que toman la vía hacia lo bajo, no saben que haciendo así abren para otros la posibilidad hacia lo alto. Así ni para los unos hay culpa, ni para los otros mérito: en el puro esoterismo estos conceptos de los hombres no tienen un lugar más grande que el concedido a ellos en la dinámica de las fuerzas de la materia.

Lo importante es tener una visión total, atrapando la *simultaneidad*, el movimiento de conjunto de todas las vías, que son cada una ella misma sólo, aunque se vinculen en solidaridad de acciones y reacciones. Puedo haceros clara la cosa en pequeño: la reacción que yo he probado, si sé resistir, se descarga sobre otros, provocando en su vida un determinado acontecimiento: *ahora, este acontecimiento, del cual soy la causa, puede darse que entre en la vida del otro justamente como lo que era necesario, para resolver causas latentes en él según su libre vía de ascenso y de descenso*: las dos vías son independientes, aunque la una ha servido a la otra.

Una simultaneidad de tal tipo, una misma relación solidaria de las acciones y de los destinos extendida a una complejidad inimaginable y a una coincidencia maravillosa, *mágica*, se debe quizás pensar para el todo: para la multitud de las criaturas, de sus vías, de sus realizaciones, siempre libres, aunque satisfaciendo el determinismo riguroso y la no-humana justicia de las “leyes de los entes”.

5) GLOSAS VARIAS

Muchas personas hacen ironías acerca de aquellos que se dedican a la magia, pretendiendo que éstos, con la varita de las fábulas, deberían demostrar con prodigios visibles, no apenas el primer llegado así lo requiriere, que la magia no es una ilusión.

Dejemos a un lado que podría haber aun alguien en grado de dar alguna satisfacción a estas alegres personas. Pero lo que aquí importa es hacer reflexionar acerca de aquello de lo cual una mente sería debería convencerse a tal respecto.

Tal como ya lo hiciera notar EA (T. I, cap. IX, pg. 286), el equívoco surge en gran medida de concebir a tales operaciones bajo el mismo tipo de las automáticas de los mecanismos y artificios modernos: se aprieta un interruptor y ¡tac! la sala está iluminada – de la misma manera se agita la varita o se pronuncia el *mantra*, ¡y blan! un grupo de sillas se pone a efectuar una danza norteamericana, o bien un “dios” sale afuera y ofrece a los presentes un poco de ambrosía de auténtica calidad.

Si en cambio se comenzasen a comparar las operaciones mágicas con los más elementales procesos del espíritu creativo, la idea aparecería como diferente. No sabemos cuántos se den cuenta por ejemplo, cómo el mismo escrito de algún renglón o asociar un grupo de pensamientos abstractos, en ciertos momentos se logra por sí mismo, en otros, en vez no sale o sale de manera fatigosa y mal.

A los poetas, luego, nadie les a va a preguntar de hacer sus creaciones bajo una orden – y la teoría de la “genialidad”, de la inspiración, de la intuición creadora nos parece que dicen algo al respecto.

Si pues no se discute que un cierto estado interior, no siempre presente, a veces “caprichoso”, condiciona las formas creativas simplemente subjetivas –no se entiende por qué para el acto mágico, que es creación espiritual de muy otro alcance, que reclama de una milagrosa concomitancia no sólo de las facultades espirituales, sino también de factores corpóreos, de factores subconcientes, de influencias extrasubjetivas –además del “entusiasmo” o “fuego”, que une al todo– no se entiende por qué, estando así las cosas, las pretensiones en cuanto al acto mágico deban ser tan diferentes.

Puede también haber quien llega a hacer a menos de gran parte de las condiciones – por cuanto sea un poco raro el caso de aquel a quien le importe el reconocimiento de parte de las personas graciosas de las que hablaríamos más arriba. Pero además de lo absoluto, está lo relativo, que tiene su peso y reclama consideración: por lo cual no dice nada en contra de la realidad de la magia el hecho de que en muchos grados sean necesarias circunstancias especiales – es decir, condiciones que uno no puede tener siempre al alcance de la mano; menos aun quien, aun siendo algo desde el punto de vista de lo invisible, viva en la atmósfera disgregadora de las ciudades modernas, que hacen de modo tal que toda facultad propia superior sufra una especie de *handicap*.

Otro tema de meditación. ¿Se entiende *lo que quiere decir* un “poder”, aun si en apariencia irrelevante, de carácter *mágico*? Se hace rápido en decir: “Pero nosotros no les pedimos de lanzar al mar una montaña: ¡haced sólo levantar unos centímetros este vaso!”.

Quien así habla quizás no ha reflexionado que un poder de tal tipo desde el punto de vista físico es indudablemente mayor que el que bastaría, por ejemplo, para provocar mágicamente una pequeña lesión cerebral, por la que una persona sucumbiese. Y puesto que no hay razón que, con respecto a un poder que es objetivo, una persona difiera de otra, el hecho podría ser producido, por ejemplo, en el cerebro de un dictador – con todas las consecuencias que le siguen a ello y que podrían incidir sobre la suerte de toda una nación ¹.

Es por lo tanto natural que haya “condiciones” para el poder de producir ciertos fenómenos extranormales, cuando no sean los involuntarios, inconcientes o semiconcientes, de la medianidad y aun del misticismo, y sean en vez *mágicos*: decididamente intencionales, hechos en clara conciencia y en perfecto y *libre* querer por parte del Yo. Estas condiciones no son de naturaleza “moral”: no es la “pureza” moralista del mago preventivamente convertido en altruista, humanitario, devoto de la “evolución”, incapaz de hacer cualquier “mal uso” de los “poderes”. Las verdaderas condiciones son en vez establecidas por la existencia de “entes”,

¹ Como curiosidad histórica retrospectiva, en su momento ciertos adversarios nuestros, al referirse a estas notas, difundieron la habladuría de que nosotros pretendíamos actuar con medios mágicos sobre Mussolini y éste casi les creyó. Tuvimos que mostrar el origen de tal habladuría para evitar complicaciones desagradables.

los cuales tienen su vía y actúan en determinadas direcciones que se manifiestan en las coyunturas de este mundo. Es con éstos que hay que tener que ver. El “poder” del hombre, para ser incondicionado, es necesario que se mida con éstos – puesto que, estando en su conjunto vinculado, la capacidad de producir una alteración aparentemente irrelevante en la trama de los acontecimientos puede darles un curso totalmente diferente y arrastrar a resultados diferentes a las más elevadas causas. Para esto, existen órdenes de “condiciones”, y tantos, cuantas son las “consagraciones”, es decir, las pruebas a superar en las relaciones dinámicas con los “entes”.

Así pues, aquel al cual se le pudiese reclamar a través de una orden el más banal fenómeno físico que exprese un carácter mágico *en el sentido absoluto*, afuera de cualquier ley y condición interna o externa – éste, sería uno, que ha ya conquistado la dignidad de un “rey de reyes”.

IV

1) PLOTINO

MÁXIMAS DE SABIDURÍA PAGANA

“Corresponde a los Dioses venir hacia mí: y no a mí ir hacia ellos”¹.

Esta respuesta dada por PLOTINO a AMELIO, quien lo invitaba a acercarse a los Dioses con los ritos prescriptos, refleja el espíritu de la vía “solar”. La superación de la actitud religiosa; la dignidad trascendente del hombre en posesión de la Sabiduría – del *spoudaís*, según el término plotiniano; son afirmadas así no sólo su superioridad con respecto al mundo natural, sino también en relación al divino.

Se trata de una orientación fundamental para la práctica.

Es necesario crear en sí una cualidad, por medio de la cual las potencias suprasensibles (los Dioses) sean *obligadas* a venir, así como las mujeres son atraídas por el varón. Esta cualidad se resume en una palabra, que no quiere decir nada y quiere decir todo:

SER

Sé, consiste, conviértete en un **Centro**. A través de la “ascesis”, a través de la “purificación”, a través de aquello que ahora PLOTINO mismo explicitará. Has sentido hablar de la “vía seca”. Esto es un aspecto de la misma. Despégate de aquellos que con un apetito desordenado, un alma anhelante y una mirada confusa –siendo más “no seres” que “seres”– son atraídos por los mundos invisibles.

+

A los Dioses hay que hacerse semejantes: no a los hombres de bien. No el ser carentes de pecado es el fin, sino ser un Dios².

Estas máximas separan netamente la vía del iniciado de la de los

¹ PORFIRIO, *Vida de Plotino*, 10.

² *Enéadas*, I, II, 7; I, II, 6.

hombres. Las “virtudes” de los hombres, en última instancia, son algo indiferente: como imagen de una imagen, las define PLOTINO. La “moralidad” no tiene que ver con la iniciación. La iniciación es una transformación radical de un estado de existencia en otro estado de existencia. Un “Dios” no es un “modelo moral”: es *otro* ser. El hombre bueno no deja de ser “hombre” por el hecho de ser “bueno”. En cualquier tiempo y lugar se comprenda lo que significa la “iniciación”, la idea ha sido siempre la misma. Así es como aparece en el hermetismo: “Nuestra obra es la conversión y el cambio de un ser en otro ser, de una cosa en otra cosa, de la debilidad en fuerza... de la corporeidad en espiritualidad”³.

+

*También los malos pueden tomar agua de los ríos. Quien da ignora lo que da, sino que simplemente da*⁴.

¿Cómo se encuentra el hombre en relación al todo? ¿Cómo una parte? No. Como algo pleno que se pertenece a sí mismo.

Menos “uno” son aquellos que son menos “ser”: más “uno”, son en cambio los que más son.

*Todo ser que se pertenece es él mismo; y pertenecerse es concentrarse en sí. En tanto uno, él se posee a sí mismo, y tiene toda la grandeza y tiene la belleza. He aquí que no escapa y no huye {más} indefinidamente de sí. Él está {ahora} todo entero reunido en su unidad*⁵.

El elemento esencial para la condición de “ser” es pues la *unidad*.

UNIFÍCATE – SÉ UNO

Ese fardo de energías, aquel pueblo de seres, de sensaciones, de tendencias que tú eres, dóblégalo bajo una ley única, bajo una voluntad única, bajo un pensamiento único.

³ N. FLAMEL, *Il Desiderio desiderato*, VI (Texto de Salmon, T. II, pg. 307).

⁴ IV, IV, 42.

⁵ II, II, 2; VI, IX, 1; VI, VI, 1.

ORGANÍZATE

Doblega tu “alma”, úsala en todo sentido, llévala a toda encrucijada hasta que se encuentre inerte, incapaz de movimiento propio, muerta a toda irracionalidad del instinto. Del mismo modo que un caballo perfectamente domado, cuando es guiado hacia la derecha va hacia la derecha, y si es guiado hacia la izquierda va hacia la izquierda, cuando es detenido se detiene y si es incitado se lanza – del mismo modo también tu alma sea para ti: como una cosa que tienes en un puño. Sin vínculos, serás UNO: siendo uno ERES y te *perteneces*. Perteneciéndote, la grandeza te pertenece.*

La antigua sabiduría clásica distinguió dos regiones simbólicas: la inferior de las cosas que “escapan”, la superior de las “cosas que son”. Fluyen, “escapan” las cosas que son impotentes en arribar a la realización y a la posesión perfecta de su naturaleza. Las otras, *son*: han trascendido aquella vida, que está mezclada con la muerte, y que es un fluir y un tender continuos. Su “inmovilidad” y la misma designación astronómica de su “lugar” son símbolos. Un estado espiritual es designado. El ser *uno*, y no más disperso, es lo que le sigue.

+

¿Qué es el Bien para un hombre semejante {para el spoudaïos}? Él es para sí mismo el propio bien. La vida que él posee es perfecta. Él posee el bien en cuanto no se encuentra a la búsqueda de otra cosa.

Quitar todo lo que es otra cosa en relación al propio ser, esto es purificarse.

En relación simple con ti mismo; sin obstáculo en tu unidad pura; sin ninguna cosa que se encuentre mezclada interiormente con esta pureza, siento tú sólo en pura luz... tú te has convertido en una visión.

Aun estando aquí, tú has ascendido.

No tienes más necesidad de una guía.

Fija la mirada. Tú verás ⁶.

Con admirable concisión, se expresa aquí aquello que, en sentido

⁶ I, IV, 4; I, II, 4; I, IV, 9.

trascendente, debe denominarse como “bien”: la ausencia de toda cosa que, penetrando en sí, pueda llevar afuera de sí por un deseo o impulso. PLOTINO se cuida de precisar el alcance espiritual de un concepto semejante, diciendo que el hombre superior puede aun “buscar otras cosas, en cuanto son indispensables no para él, sino para quien le está cerca: al cuerpo con el cual se encuentra unido, a la vida del cuerpo que no es su vida. Sabiendo lo que es necesario para el cuerpo, él se lo da: pero estas cosas no inciden para nada sobre su vida”.

El “mal” es el sentido de *necesidad* en el espíritu: el de cada vida que, no sabiendo regirse por sí misma, se abate de aquí para allá, bramando, buscando completarse con el logro de una cosa u otra. Mientras exista esta “necesidad”, mientras exista esta insuficiencia interior y radical, no existe el Bien. El cual no es nada nombrable: es una experiencia que sólo un acto del espíritu sobre el espíritu puede determinar: separándolo de la idea de cualquier “otro”, volviéndolo a unir consigo mismo. Surge entonces un estado de certidumbre y de plenitud debido al cual no se solicita más nada, se encuentra como inútil ya cualquier discurso, cualquier especulación, cualquier agitación, mientras se ignora qué es lo que pueda producir una mutación en el íntimo ánimo. PLOTINO dice justamente que aquel ser posee la perpetuidad, el cual posee totalmente la propia vida: siendo sólo “YO”, nada podría más serle agregado ni en el pasado, ni en el porvenir.

+

El estado de ser se encuentra en el estar presente.

Todo ser está en acto y es acto.

El placer es el acto de la vida (e energuéia tês zoês).

Las almas también en este universo pueden ser felices. Si no lo son, que ellas mismas se acusen, no al universo. Ellas han cedido en esta lucha, en donde la recompensa corona a la virtud⁷.

PLOTINO precisa una vez más el significado de “ser”: ser significa estar presente, ser en acto. Él habla de “aquella naturaleza intelectual sin sueño” (*e fúsis anrupnis*), expresión rigurosamente tradicional. Se sabe del término “Despertado”, el “Siempre despierto”, y del simbolismo del “sueño”, que

⁷ I, V, 1; 4; I, V, 1; II, II, 5.

por lo demás puede también ser más que un simbolismo, en la referencia a la continuidad de un “estar presentes”, que no sufre alteración ni siquiera en aquel cambio de estado, que habitualmente corresponde al sueño.

Ser es pues estar despiertos. La experiencia de todo el ser recogido en una claridad intelectual, en la simplicidad de un acto, es la experiencia del “ser”. Abandonarse, venir a menos, éste es el secreto del no ser. El cansancio en la unidad interna, que se vuelve lenta y se desbanda, la íntima energía que deja de dominar toda parte de modo tal que, casi por un agrietamiento, surge una multiplicidad de tendencias, de instintos, de sensaciones irracionales: esto es la degradación del espíritu que se manifiesta en naturalezas siempre más oblicuas y retorcidas, hasta alcanzar aquella forma límite de desmayo, que se expresa en la *materia*. Es un equívoco –afirma PLOTINO– decir que la materia es: el ser de la materia es un no-ser. Su divisibilidad indefinida indica justamente la “caída” de la unidad, que ella representa; su inercia, por lo que es pesada, resistente y contundente, es aquella misma que es propia de aquel que, viniendo a menos, no sabe más mantenerse de pié y por lo tanto se derrumba. Que la “verdad” propia del conocimiento físico sea diferente, ello no importa. El ser corporal es el no-ser del espiritual.

En tanto estado de culminación actual, el “ser” hace una sola cosa con el “bien”. Así “materia” y “mal”, a su vez, se identifican; y no hay otro “mal” fuera de la materia. Aquí hay que abandonar las concepciones corrientes. El “mal” de los hombres no tiene lugar en la realidad y por lo tanto tampoco en una concepción metafísica, que es siempre una concepción según la realidad. Metafísicamente, no existe lo “bueno” y lo “malo”, sino lo que es real y aquello que no lo es; y el grado de “realidad” (comprendida en el sentido espiritual ya explicado para el “ser”) mide el grado de “virtud”. Ante la mirada del antiguo hombre clásico sólo el estado de “privación” del “ser” era “mal”: el cansancio, el abandono, el sueño de la fuerza interior, que en el límite determina, tal como se ha dicho, a la “materia”. Ni “mal”, ni “materia”, son pues principios en sí mismos: ellos han sido derivados, por “degradación” y “disolución”. PLOTINO se expresa exactamente en estos términos: “Es por venir a menos con respecto al Bien que la tiniebla es vista y que en la tiniebla se vive. Y el mal para el alma es este venir a menos que genera la tiniebla. Tal es el mal primero. La tiniebla es algo que procede de éste. Y el principio del mal no se

encuentra en la materia, sino antes de la materia {en la cesación del acto que ha dado origen a la materia}"⁸.

PLOTINO agrega: el placer es el acto de la vida. Es la concepción ya afirmada por otro gran espíritu del mundo antiguo: por ARISTÓTELES quien había enseñado que toda actividad en tanto era perfecta, era por lo tanto feliz. Tales son felicidad y placer en forma de *pureza* y de libertad: los que brotan del acto que se cumple, y que, cumpliéndose, realiza el uno, el "ser", el Bien; y no los pasivos, obtenidos por medio de la turbia satisfacción de las bramas, del deseo, de los instintos. Nuevamente, somos conducidos al punto de vista no-humano de la "realidad". El grado de "ser" de la misma felicidad es el secreto y la medida.

Consecuentemente PLOTINO afirma que también en este universo las almas pueden ser felices: poniendo con ello en luz un aspecto importante de la concepción pagana de la existencia. Si la "virtud", como actualidad espiritual dominadora, implica la potencia, no puede concebirse que el "bien" se descompagine de la "felicidad", del mismo modo que tampoco la gloria sea separable de la victoria. Aquel que es vencido por un vínculo externo o por un vínculo interno, éste no es "bueno": y sería injusto que un tal ser fuese feliz. Pero de esto que sólo él mismo se acuse, y no al mundo.

De otro modo diferente es obvio que se encuentran las cosas para el que reduce la "virtud" a una simple disposición moral.

Se pronuncie entonces que "mi reino no es de este mundo" y se espere que un Dios done en el más allá la felicidad como recompensa para los "justos" que, privados de potencia, en esta vida han tolerado y soportado con humildad y resignación la injusticia. La verdad guerrera y heroica del antiguo hombre clásico fue diferente. Si el "mal" y toda materialización suya en ímpetus y límites de fuerzas inferiores y de cosas corporales tiene raíz en un estado de degradación del bien, es inconcebible, es lógicamente contradictorio que el mismo permanezca como principio de infelicidad y de servidumbre con respecto a quien haya destruido tal raíz, habiéndose convertido en "bueno".

Si el "bien" es, el "mal", el sufrimiento, la pasión, la esclavitud *no pueden ser*. Si éstos en vez son: entonces estarán para decimos que la "virtud" es aun imperfecta; aun incompleto el "ser"; aun "alteradas" la

⁸ I, VII, 5.

“pureza” y la unidad.

+

Están los que no tienen armas. Pero el que tiene armas, que combata. No existe un Dios que combate en lugar de aquellos que no están en armas. Quiere la ley que la victoria en la guerra se encuentra del lado de los valientes, no de los que rezan.

Es justo que los viles sean dominados por los malvados ⁹.

Es una nueva reafirmación del espíritu viril de la tradición pagana. Representa un nuevo contraste con la actitud místico-religiosa, un nuevo desprecio hacia los que despotrican en contra de la “injusticia” de las cosas terrenales y que, en vez de culpar su vileza, o resignarse por su impotencia, le dan la culpa al Todo o esperan que una “Providencia” se preocupe por ellos.

“No hay un dios que combata en lugar de aquellos que no están en armas”. Ésta es la base anticristiana de toda moral guerrera¹⁰; y remite a conceptos anteriormente explicados, en relación a la identificación –desde el punto de vista metafísico– que existe entre “realidad”, “espiritualidad” y virtud. El vil no puede ser bueno: “bueno” implica un alma de héroe. Y la perfección del héroe es el triunfo. Solicitarle a Dios la victoria, sería como pedirle la “virtud”: puesto que la victoria es el cuerpo en el cual se activa la perfección misma de la “virtud”.

Los soldados de FABIO, al partir, no juraron de vencer o morir, sino que juraron de combatir y de volver vencedores. Y vencedores volvieron. El espíritu de Roma refleja esta misma sabiduría.

+

Por el miedo, {el alma} no tiene que temer la supresión total.

El que teme algo, no ha alcanzado la perfección de la virtud. Es un mediocre (émisùs tis éstai) ¹¹.

⁹ III, II, 8.

¹⁰ A decir verdad, también el cristianismo popular ha conocido proverbios como éste: “Al que se ayuda, Dios lo ayuda”.

¹¹ I, II, 5; I, IV, 15.

En el hombre superior (tô spoudaïos) las impresiones no se presentan como en los otros. No alcanzan el ser interior: sean éstas las otras cosas, sean los sufrimientos y lutos, suyos o ajenos. Ello sería debilidad del alma.

Si {el sufrimiento} supera la medida, que la pase. La luz que se encuentra en él permanecerá, así como aquella lámpara de un faro en medio de los torbellinos del viento y en la tempestad.

Dueño de sí también en este estado, decidirá qué hay que hacer.

El spoudaïos no sería tal, si un demon actuara adentro de su acción. En él es la mente soberana (noûs) lo que actúa¹².

PLOTINO admite que el hombre superior pueda a veces tener miedos involuntarios o irreflexivos, pero casi como movimientos que no forman parte de él, y en cuanto su espíritu no esté presente. “Al volver a sí, los echará... Como un niño que permaneciese domado por la sola majestad de quien lo mirase fijo”.

Con respecto al sufrimiento, el mismo podrá cuanto más provocar la separación de una parte de sí aun no carente de pasión: nunca la subversión del principio superior. “Decidirá lo que hay que hacer”. Cuando sea la circunstancia, podrá también retirarse del juego. No se olvide que según PLOTINO el *spoudaïos* es respecto de sí el propio “demon” y él vive aquí abajo como un actor que desarrolla un papel libremente elegido por él. En contra de los Gnósticos cristianos él rebatía secamente: “¿Por qué despreciáis este mundo en el cual habéis venido por vuestra voluntad? Éste os permite irros cuando no os encontréis bien”.

Como *noûs* en el hombre puede definirse justamente el principio “ser” hecho de pura intelectualidad, es la “mente olímpica”, con respecto a la cual el principio “alma” (*psujé*) representa ya algo periférico: cuanto más se trata de una profundidad que permanece escondida y latente. Pero entonces, más que el “yo”, es un “demon” el que actúa en toda acción. PLOTINO dice justamente que en todo lo que acontece sin deliberación, a un dios se le une un demon. Veamos cómo ahora él indica la condición opuesta.

+

Allá, el por qué del ser... no existe como por qué, sino como ser.

¹² I, IV, 8; III, III, 6.

Mejor aun: las dos cosas son una.

Que cada uno sea él mismo.

Que nuestros pensamientos y nuestras acciones sean nuestras. Que las acciones de cada ser, le pertenezcan. Sean éstas buenas, sean éstas malas.

*Cuando el alma tiene la razón pura e impassible como guía, en pleno dominio de sí dirige hacia donde quiere su impulso. Entonces sólo el acto puede decirse nuestro, no de parte de otro: desde lo interior del alma como una pureza, como un principio puro dominador y soberano... no desde la acción desviada por la ignorancia y quebrada por el deseo... Porque entonces pasión y no acto se encontraría en nosotros*¹³.

+

Las sensaciones son las visiones del alma adormecida.

Todo aquello que hay del alma en el cuerpo, duerme. Salir del cuerpo es el verdadero despertar. Cambiar la existencia con un nuevo cuerpo es pasar de un sueño a otro sueño, de un lecho a otro lecho.

*Despertarse verdaderamente es abandonar el mundo de los cuerpos*¹⁴.

Así como la materialidad es el estado de desfallecimiento del espíritu, del mismo modo la realidad del sueño es toda realidad que se nos aparece a través de los sentidos materiales. No se interprete sin embargo de manera burda el abandono del cuerpo y la salida del mundo de los cuerpos: se trata esencialmente de un cambio interior, de la integración por parte de la “naturaleza intelectual privada de sueño”. Y ésta es la verdadera realización iniciática y metafísica.

De manera sumamente eficaz, PLOTINO asimila cambiar de cuerpo con pasar de un lecho a otro. Aun cuando tuviese consistencia, la doctrina de la reencarnación no podría ser mejor estigmatizada que por parte de este iniciado pagano. Una forma equivale a la otra en el “ciclo de los nacimientos” con respecto al centro que es igualmente distante de todo punto de la circunferencia. La realización metafísica es una *fractura* en la serie de los estados condicionados: una apertura hacia la trascendencia.

¹³ VI, VII, 2; III, I, 9.

¹⁴ III, VI, 6.

No se la alcanza siguiendo la huella de las naturalezas que “huyen”, aquellas que persiguen un término que encuentran afuera de sí mismas: en el mundo de los cuerpos y del devenir.

+

Lo que debe estar ante nosotros como un espectáculo, que se lo busque afuera. Pero ahora debes mirar hacia ti; hacerte uno con lo que debes contemplar; saber que lo que debes contemplar eres tú mismo.

*Y que es tuyo, como quien fuese invadido por el dios Febo o por una Musa. Vería en sí brillar la claridad divina, si tuviese al mismo tiempo poder de contemplar en sí la luz divina*¹⁵.

¹⁵ V, VIII, 10.

2) LEO

RITMOS HUMANOS Y RITMOS CÓSMICOS

Hay una correspondencia entre el ser humano y el mundo de los fenómenos naturales, si bien en la conciencia actual del hombre el sentido de la misma se haya perdido o por lo menos sea percibido sólo de manera superficial. En el estado de vigilia la conciencia humana vive en un mundo totalmente suyo en el cual las percepciones sensoriales se ordenan según sus conocimientos, sus aspiraciones y su actividad; por lo tanto todos los influjos más sutiles que continuamente arriban a ella, se deforman o se transforman puesto que son automáticamente referidos a las experiencias comunes de la vida cotidiana.

Pero cuando se logra realizar un estado de silencio interior y, gracias a la práctica metódica de la concentración, se llega a fijar todo lo que se presenta en nosotros, a través de las corrientes de las fuerzas más sutiles que son habitualmente ignoradas, junto a las percepciones ordinarias del mundo externo – entonces se llega a ser concientes de un ritmo cósmico que se manifiesta alrededor de nosotros en el tiempo y al cual le corresponde en lo más íntimo de nosotros mismos un ritmo humano. Uno de los estadios del desarrollo humano consiste justamente en arribar a perder el sentido del espacio mientras permanece el sentido del tiempo; estadio que corresponde a la experiencia de aquella parte del cuerpo sutil que se encuentra en contacto directo con el ser físico del hombre.

Hay pues un sentido sutil del tiempo que corresponde a los eventos cósmicos, a la alternancia de los fenómenos cósmicos; el día, la noche, la semana, el mes lunar, el año, las estaciones son entonces sentidas y vividas internamente en íntimas correspondencias. Conocerlas y sentirlas nos pone en armonía con la actividad del cuerpo sutil y nos prepara para vivir en el mismo concientemente.

Veamos por ejemplo lo que acontece durante las 24 horas de la jornada, antes y después del amanecer y ponerse del sol. Desde el amanecer, el conjunto humano en sus partes –ser físico, forma sutil y principio del yo– tiende a una unión siempre más estrecha que alcanza su mayor plenitud al mediodía. Aquí está también el vértice de la conciencia de vigilia, o

conciencia externa, y los elementos sutiles se encuentran completamente sumergidos y fijados en el organismo físico. La observación sensorial es más intensa, lo que es materia nos es más conforme a nosotros, más afín.

En vez, al ponerse del sol, los elementos mencionados se encuentran en una unión más lábil, a la cual le corresponde una mayor actividad fantasiosa y especulativa, una mayor receptividad hacia los estados psíquicos de otros seres; la memoria se convierte quizás en más pobre de hechos, pero más rica en asociaciones delicadas y tonalidades íntimas. Todo esto aumenta hasta el atardecer, hasta que el desapego se acentúa siempre más y, en el límite, se pasa al estado de sueño: las fuerzas físicas del sol dejan de actuar, penetran entonces las espirituales que tienden a atraer en su reino a la parte sutil del hombre.

El desapego llega a ser completo durante el sueño; y entonces el hombre, en el sentido integral de la palabra, se convierte en un ser cósmico: su parte física yace sobre el lecho, pero la esencia espiritual se encuentra libre de ella y retoma el contacto con la esencia espiritual cósmica. El iniciado, el "Despertado", puede llevar consigo el recuerdo de ésta durante la vida de vigilia; los otros, si reencuentran el cuerpo físico en estado de quietud, pueden tan sólo recabar del mismo un sentido vago de armonía y renovación. De cualquier manera, saber qué es lo que acontece en la noche puede ayudar al recuerdo de este orden de experiencias y disminuir el sentido casi mortal de interrupción que nos da el sueño nocturno.

Al despertarse, el grado de fijidad de los elementos del ser humano no es aun tan fuerte como al adentrarse de la jornada y una actividad en sentido espiritual puede enriquecerse de un contenido que es el de la conciencia ordinaria. Intuiciones de un grado superior son posibles en las primeras horas de la mañana más que en el resto de la jornada.

Naturalmente, el hombre ha perdido la sensibilidad interna, y su mayor actividad se expresa en vez cuando su ser se encuentra completamente materializado, es decir, cuando el sol se encuentra en lo alto. Para caracterizar brevemente las condiciones de actividad del hombre, se podría en modo esquemático decir, que él es "místico" en las primeras horas de la mañana, "intelectual" durante el día, "fantasioso" en el atardecer, "cósmico" durante la noche.

El sentido de las estaciones se ha ido también perdiendo en el hombre: pero él debería readquirirlo conciente y voluntariamente. El año, así como

el día, tiene un ritmo propio y sentirlo significa hacerse más completo, más rico, más seguro. Veremos ahora cómo se desarrolla el ritmo del año y cómo el hombre puede comportarse ante el mismo, armonizándose con éste.

Hay que tener por premisa que la expresión tan difundida en el hermetismo y en el esoterismo: “*El hombre es un microcosmos*” debe ser tomada al pie de la letra. El ser humano es un producto del cosmos y allí donde la conciencia individual no llega, las fuerzas cósmicas son siempre activas y dominadoras. No es aquí el lugar para entrar en detalles – diremos sin embargo que, antes del nacimiento, las fuerzas de los planetas y de las estrellas convergen en la formación de los elementos sutiles que darán lugar a la forma del ser físico del que va a nacer.

Son estas fuerzas que desde el plasma recaban los órganos y coordinan sus relaciones. Así como los órganos del cuerpo constituyen una corrección de fuerzas y de entidades, es decir, un verdadero sistema: del mismo modo es como se tiene por afuera de nosotros un sistema planetario con sus ciclos y sus leyes. Sin embargo en el hombre la presencia de la conciencia produce una perturbación de las leyes y de las correlaciones, lo que reclama una serie de adaptaciones; cuando éstas no son posibles es cuando surge la enfermedad. La conciencia sensible misma *quema* y consume al cuerpo y lo conduce hacia la muerte.

Es posible sin embargo para el hombre hallar un equilibrio interior en relación con el cosmos. El desarrollo espiritual puede hacer del hombre un ser cósmico conciente. El hecho mismo de estas relaciones micro-macrocósmicas hace de modo tal que el hombre, descendiendo en su propia interioridad pueda, a partir de su sentido interior, volver a subir hacia el sentido cósmico, y así restablecer los contactos y la unidad. En períodos lejanos, antes de que la materialización humana se convirtiese en completa hasta el límite de aprisionar plenamente al espíritu, era aun posible tener un sentido inmediato de estas relaciones. Rastros de tal período se reencuentran en épocas menos lejanas en las cuales sin embargo se vivía, por decirlo así, más “astronómicamente”. No se trataba como ahora sólo de una cuestión de calor o de frío, sino que se vivían diferentemente los diferentes períodos del año, y los puntos críticos de mutación y de renovación eran celebrados con ritos mágico-religiosos.

Si observamos el curso del año vemos en primer término a la primavera como un despertarse de la tierra: las fuerzas elementales que dormían en

ella son llamadas afuera por las fuerzas solares que se irradian sobre la misma tierra no sólo como luz y calor, sino también como corrientes creadoras ocultas: hay un sentido de goce que se expande en este encuentro – la vegetación en frescos brotes, la floración, da lugar a una nueva expansión de otras fuerzas ocultas. Los “elementales” de la tierra se liberan y siguen sus vías hacia lo alto. Se ha hablado de disipación y de desperdicio por parte de la naturaleza, que miríadas de semillas y de gérmenes, más que los que la tierra pueda recibir y fecundar. Pero la vista humana no ve la flor, el fruto, la semilla, sino en orden a la reproducción de la especie física, mientras que en realidad tal riqueza es un signo exterior, casi un símbolo de la expansión y del intenso ascender de los seres elementales desde el regazo telúrico hacia los espacios planetarios – casi como un puente entre la tierra y el cosmos a través de misteriosos intercambios de vida.

Con la fructificación estival, se establece una armonía activa, un comercio cósmico que se desarrolla en plenitud de paz. Luego viene el otoño: la tierra comienza a reclamar en su seno a los seres elementales: el marchitamiento de las hojas, el repliegue de los tallos, la linfa que se hace más lenta, son todos los signos exteriores de tal fenómeno. Así poco a poco todo muere: es el invierno. Los elementales duermen en el seno de la tierra cerrada, sujetos a ella y a su norma, mientras que en la primavera y en el verano vivían en la afluencia hacia los planetas y las otras esencias astrales.

¿Y el hombre? Este ser estelar-planetario es un huésped en la tierra, hacia donde descende sólo para asumir el peso del cuerpo de pesada materia por el que se aísla del cosmos y se convierte en *sí mismo*. Cuando él recordará su origen, podrá en la primavera y en el verano convertirse en conciente de todo lo que vive y se mueve a su alrededor. Saber lo que acontece a su alrededor es el primer paso hacia la realización. Luego tratará de concentrarse y de *sentir*. Frente a la vida vegetal que brota, florece y fructifica, poco a poco podrá ver en imágenes interiores la revelación de las fuerzas ocultas, de las esencias elementales liberadas por la tierra y podrá expandirse con ellas en una profunda armonía. Esto acontecerá especialmente en ciertas épocas fijas, que son los puntos críticos de las estaciones. De las fiestas religiosas ellos recuerdan la iniciación de las mismas y renuevan ritualmente su significado: por ejemplo, en la tradición católica, son las Pascuas para la Primavera; San Juan para el verano; San Miguel para el otoño; la Navidad para el invierno *.

Otoño e invierno: cuando las fuerzas elementales se retiran y se duermen en el seno de la tierra, ¿qué acontecerá en nosotros, puesto que cesa la comunicación que las mismas establecían entre nosotros y nuestros orígenes estelares? La contemplación de la naturaleza que se marchita y muere, nos llevaría hacia la tierra, y nosotros no podremos seguirla sin aridecernos. Entonces es el momento de retirarnos en nosotros mismos: el cosmos perdido afuera de nosotros lo reencontramos pues adentro de nosotros. Es el período oportuno para abrir el ojo interior y volver a hallar *en nosotros* las fuerzas de los planetas y de las estrellas: nuestro microcosmos se animará, se convertirá en viviente. Sentiremos en nosotros toda su realidad, la que antes habíamos hallado afuera, y en el calor de la sangre no afectada por el intenso frío externo se afirmará nuestra independencia respecto de la tierra, nuestra vigilia permanente ante el sueño de la naturaleza.

Hundiéndose de este modo en sí mismo, el hombre podrá conocer el mundo, desde su forma interior. Mirando afuera con la mirada de *despertado*, él se reconocerá sí mismo. La ciencia que mira la naturaleza desde lo externo no halla sino cosas muertas. La vía para el conocimiento de la verdadera naturaleza, para el conocimiento espiritual de la misma, pasa a través de la interioridad humana.

* Es de recordar que aquí se hace alusión a las estaciones tal como existen en el hemisferio norte. (*N. de la Trad.*)

3) EA

ACERCA DE LOS LÍMITES DE LA “REGULARIDAD” INICIÁTICA

Entre los pocos escritores que en Occidente, no por erudición, sino por un saber efectivo de base iniciática, han dado una contribución de esclarecimiento y orientación en el dominio de las ciencias esotéricas y de la espiritualidad tradicional, RENÉ GUÉNON tiene sin lugar a dudas un lugar de relieve. En manera general, aconsejamos el estudio de las obras de GUÉNON a aquellos lectores nuestros que no lo conociesen, puesto que son únicas en su género y en su valor, mientras que las mismas pueden oficiar de complemento integrativo para mucho de lo que hemos expuesto, por lo menos en lo que se refiere a lo esencial; en cambio, en cuanto a algunos aspectos particulares, se imponen de nuestra parte ciertas reservas, puesto que muchas veces la orientación de GUÉNON se resiente de una línea de pensamiento diferente de aquella que se encuentra en la base de nuestra formulaciones y, además, puesto que, mientras que la dirección de GUÉNON es esencialmente teórica, la nuestra es en vez esencialmente práctica. Será útil por lo tanto, considerar brevemente cómo se encuentran las cosas a tal respecto, a fin de que quien nos sigue pueda utilizar adecuadamente lo que GUÉNON expone, a los fines de la mencionada integración.

En lo que se refiere a la divergencia en materia de doctrina, nosotros aquí las mencionaremos simplemente sin detenernos demasiado en ellas. Nosotros disentimos con GUÉNON acerca de las relaciones existentes entre iniciación regia e iniciación sacerdotal, acerca de su esquema relativo a los Pequeños y a los Grandes Misterios, en fin, acerca de la restricción del término “magia” a un significado propio de carácter inferior y peyorativo. Los tres puntos por lo demás, se encuentran en una cierta medida vinculados conjuntamente. Pero lo que ahora queremos tratar es el problema general de la iniciación ¹.

La concepción de GUÉNON es en síntesis la siguiente. La iniciación consiste en una superación de la condición humana y en una realización

¹ Nos referimos esencialmente al libro *Aperçus sur l'initiation* (París, 1945), que citaremos en la traducción italiana salida con el título *Considerazioni sulla via iniziatica* (ed. Bocca, Milán, 1949).

de los estados superiores del ser; lo cual resulta imposible con los solos medios del individuo (pg. 31). Ello podía todavía haber acontecido en los orígenes, en el contexto de un tipo humano sumamente diferente del actual; hoy sería en vez necesaria una intervención externa y por lo tanto la transmisión de una “influencia espiritual” en quien va a recibir la iniciación (47, 57). Esta transmisión se efectúa ritualmente a través de la vinculación con una organización iniciática regular. Tal es la condición-base, y al no satisfacerla, según GUÉNON, no hay por lo tanto iniciación efectiva, sino sólo una vana parodia de la misma (la “pseudo-iniciación”) (46). La “regularidad” de una organización consiste en estar a su vez vinculada, directamente o a través de otros centros, con un centro supremo y único; consiste además en su capacidad por remitir a una cadena ininterrumpida de transmisión que se continúa en el tiempo a través de representantes reales, en la medida en que se retrocede hasta la “tradición primordial” (92). A fin de que la transmisión de las influencias espirituales que condicionan el desarrollo iniciático sea real es suficiente con que los ritos requeridos sean ejecutados exactamente de parte de quien se encuentre regularmente designado para tal función; que luego éste comprenda o no los ritos, que crea o no en su eficacia, ello no influye en nada (152). Tampoco en estos casos la cadena es interrumpida y una organización iniciática no cesa de ser “regular” y capaz de conferir la iniciación: aun cuando la misma no comprenda sino “iniciados virtuales”, en tanto que privados de un saber verdadero (83). Como es sabido, concepciones análogas posee la Iglesia en relación a la ordenación sacerdotal y a la eficacia de los ritos regularmente ejecutados.

En cuanto al que debe recibir la iniciación, para obtener la transmisión de las “influencias espirituales” se reclama que él sea *calificado* para ello. Una tal calificación se refiere sea al plano físico, en el sentido de ausencia de ciertos defectos corpóreos a considerarse como signos de correspondientes disposiciones negativas internas, sea a una cierta preparación mental (“especulativa”), sea a la presencia de una precisa aspiración o, tal como nosotros diremos, vocación. En manera más general podría decirse que un estado de desarmonía y de desequilibrio convierte a quienes quisiesen recibirla en descalificados para recibir la iniciación (149-150, 359). Con la transmisión de las “influencias espirituales” se puede llegar a ser un “iniciado virtual”; se produce una mutación interna que

—tal como la misma pertenencia a la organización a la cual se ha uno vinculado— será indeleble y que subsistirá de una vez por todas. Sin embargo la iniciación efectiva tiene necesidad de un trabajo activo, “operativo”, de actualización (259) que debe hacerse por sí mismo y que ningún Maestro puede cumplir en lugar de uno (dado que existen varios grados de iniciación, ello es comprendido en modo verosímil para cada grado) (49, 274). Los representantes de una organización iniciática pueden tan sólo dirigir, controlar y apoyar este desarrollo y prevenir posibles desviaciones. La vinculación con estados superiores del ser establecido con la transmisión de las influencias espirituales no tiene siempre necesidad de ser conciente para ser real (151).

En particular GUÉNON distingue netamente entre misticismo e iniciación, puesto que el místico no es “activo” en sus experiencias, habitualmente no tiene tampoco los medios para interpretarlas adecuadamente, pero sobre todo porque es una ser aislado y la condición-base para la iniciación, es decir, la vinculación con un “centro” y con una “cadena”, no se encuentra satisfecha (41-46). En segundo lugar, GUÉNON niega toda posibilidad de un vínculo —tal como él lo llama— “ideal” con una tradición, es decir todo vínculo que no se efectúe por la vía ritual antes mencionada y por contacto con representantes vivientes, existentes, presentes y autorizados de aquella tradición. Una iniciación “espontánea”, en fin, es por igual excluida, puesto que casi equivaldría a un nacimiento sin el auxilio de quien para ello profesa la posibilidad, al desarrollo de una planta sin que antes haya una semilla, la cual a su vez remite a otras plantas nacidas la una de la otra (48).

Éste es, simplificado, el esquema guénoniano de la “regularidad iniciática”. Veamos qué es lo que debe pensarse al respecto.

En contra del esquema en sí mismo, no habría mucho que objetar; tan sólo que el mismo, en referencia a la situación de hecho existente para la inmensa mayoría de aquellos a los cuales van dirigidos los mismos escritos de GUÉNON, el mismo aparece como un esquema abstracto. Se puede concordar con este esquema; pero cuando, luego de ello se solicitase cómo poder hacer para recibir la iniciación, no se recibirían demasiados aportes por parte de GUÉNON, sino todo lo contrario. Él en efecto, manifiesta querer tan sólo esclarecer el concepto de la verdadera iniciación; en cuanto a ocuparse del problema práctico, es decir de decir en dónde haya que dirigirse y en dar, en suma, direcciones concretas, ello —él afirma (21)— es

algo que no lo concierne de ninguna manera y que no puede para nada entrar dentro de sus obligaciones.

Así es como sucede que el lector, mientras por un lado lo escucha a GUÉNON hablar todo el tiempo de “organizaciones iniciáticas” como si existiesen en abundancia y en cualquier rincón del camino, él, en el momento en el cual hubiese alguien que quisiese encarar seriamente el tema y no tener tan sólo simples esclarecimientos doctrinarios, se encuentra casi como ante un camino cerrado, casi como si el esquema de la “regularidad iniciática” tuviese que ser en verdad absoluto y exclusivo.

Nosotros pensamos naturalmente en el hombre occidental. En Oriente —desde los países islámicos hasta el Japón— pueden aun existir algunos centros que conservan suficientemente las características indicadas por GUÉNON. Pero no puede contarse demasiado con ello, aun cuando uno resolviese trasladarse hasta ese lugar con tal de recibir una iniciación regular y auténtica. Sería necesario en efecto, que para ello se tuviera la suerte de entrar en relación con centros de una pureza, por decirlo así, totalmente supertradicional, porque, de lo contrario, se trata de iniciaciones cuya jurisdicción (tal como el mismo GUÉNON lo reconoce) es el ámbito de una determinada religión positiva que no es la nuestra. Y aquí no se trataría de convertirse o no; es un conjunto de factores físicos y sutiles, raciales, atávicos, de formas específicas de culto y de divinidad, hasta arribar al factor representado por la mentalidad, por la misma lengua, lo que entra a tallar aquí. Se trataría pues de *transplantarse* en un ambiente psíquico y espiritual diferente. Lo cual no es por cierto para las mayorías, ni se deja realizar con un simple viaje.

Si en vez nos dirigiésemos a la tradición que ha predominado en Occidente, ello no serviría para nada pues el cristianismo es una tradición mutilada en su parte superior, esotérica e iniciática. En lo interior del cristianismo tradicional —lo cual es equivalente a decir catolicismo— no existe una jerarquía iniciática; aquí las perspectivas se limitan a desarrollos místicos por iniciativa individual, de base carismática. Tan sólo esporádicamente algún místico ha ido más allá, y en una manera totalmente individual se ha elevado hasta el plano metafísico. Salvo alguna escasa mención de los primeros siglos de nuestra era o de aquello que se ha creído poder resaltar en el *hesicasmo* (Iglesia greco-ortodoxa) hacia el cual han ido a la caza algunos guénonianos, de todo lo demás se puede y

se debe prescindir.

Si luego de haber reconocido todo esto se sigue buscando todavía, lo que se escucha de parte de GUÉNON no es muy consolador. Él reconoce en efecto, que las únicas que hoy existen en nuestro días en el mundo occidental son organizaciones iniciáticas que han terminado en un estado de degeneración, unos “vestigios incomprendidos por parte de aquellos mismos que los tienen bajo custodia” (315-321). Y no sólo esto: sino que lo que él agrega en materia de precisiones es tal de dejar aun más perplejos y de convertir por otra parte en visibles los peligros que derivan de asumir incondicionadamente el esquema abstracto de la “regularidad iniciática”.

No podemos aquí dejar de expresar nuestro disenso preciso acerca de dos puntos. El uno es cuando se sostiene que también a través de organizaciones degradadas se podría obtener algo semejante a una verdadera iniciación. **La continuidad de las “influencias espirituales”, según nosotros, es en vez ilusoria cuando no existan más representantes dignos y concientes en una determinada cadena y la transmisión se haya convertido casi en mecánica.** Existe de hecho la posibilidad de que las influencias verdaderamente espirituales en tales casos se “retiren”, por lo cual lo que permanece y se transmite es sólo algo degradado, un simple “psiquismo” abierto incluso a fuerzas oscuras, por lo cual la adhesión a una determinada organización, para el que aspire en verdad a lo alto, se convierte muchas veces más en un peligro que en una ayuda. GUÉNON parece sin embargo no pensar así, él cree que si la continuidad ritualmente exterior se ha mantenido se puede siempre obtener lo que él denomina la “iniciación virtual”.

Más grave es nuestro disenso cuando GUÉNON dice que el resultado de las investigaciones hechas por él en una época ya lejana es “la conclusión formal e indubitable” de que “aparte del caso de la supervivencia posible de algún grupo de hermetismo cristiano del Medioevo, entre todas las organizaciones de pretensión iniciática actualmente existentes en el Occidente hay tan sólo dos, las cuales, por más que decaídas... pueden reivindicar un origen tradicional auténtico y una transmisión real: el *Compagnonnage* y la Masonería. Todo lo demás no es sino fantasía y charlatanismo si es que no sirve para disimular una cosa peor” (60, 139). Ahora bien, aquí no haremos entrar consideraciones particulares diciendo que hay signos suficientemente ciertos con respecto a personas

que, en Occidente, son o han estado en posesión de conocimientos iniciáticos efectivos sin haber estado vinculada al *Compagnonnage* y a la Masonería. Dejando esto último a un lado, diremos que, en relación al *Compagnonnage*, se trata de una organización iniciática residual de origen corporativo de alcance sumamente restringido y de la cual, afuera de Francia, se ignora incluso su nombre. Para pronunciarse al respecto no poseemos datos suficientes y no creemos que valga la pena, pero en cuanto a la Masonería, las cosas se encuentran en una situación distinta. GUÉNON puede haber tenido en vista a algún núcleo sobreviviente de la antigua Masonería “operativa” privado de cualquier relación con lo que la Masonería moderna es de manera concreta. En cuanto a esta última, la misma, por lo menos en cuatro quintas partes, no tiene absolutamente nada de iniciático, es un sistema fantasioso de grados construido sobre la base de un inorgánico sincretismo, de modo tal de representar un caso típico de lo que GUÉNON denomina como pseudo-iniciación. Más allá de este artificioso edificio, lo que puede hallarse con carácter “no-humano” en la Masonería moderna tiene en todo caso un carácter más que sospechoso; muchas cosas convierten en legítima la suposición de que, al respecto, se trata justamente de uno de los casos de organizaciones de las cuales el elemento verdaderamente espiritual se ha retirado y en donde el “psiquismo” que ha permanecido ha servido de instrumento para fuerzas tenebrosas. Quien se atiene al principio de juzgar por los frutos, al reconocer la precisa “dirección de eficacia” de la Masonería en el mundo moderno, su constante acción revolucionaria, su ideología, su lucha en contra de toda forma positiva de autoridad de lo alto, y así sucesivamente, no puede alimentar dudas con respecto a la naturaleza de este fondo oculto de tal organización, allí donde la misma no se reduce a una pura y simple imitación simiesca de la iniciación y de la jerarquía iniciática. GUÉNON no se siente dispuesto a adherir a una interpretación semejante (259). Pero no es que, por esto, las cosas cambien. La responsabilidad que él –quien sin embargo no pretende “conducir o quitar adherentes a una determinada organización” (21)– indirectamente se toma con tales consideraciones, es toda suya y nosotros no podemos compartirla ni siquiera en mínima parte ².

²Es también discutible que la Masonería sea “una forma iniciática puramente occidental” (61); habría que ignorar en tal caso todo el papel que posee el elemento hebraico en su ritual y en sus “leyendas”.

Así, teniendo que cerrar el balance, el problema práctico en los marcos de la pura “regularidad iniciática” se presenta, para el hombre occidental, sumamente mal. Hay que ver cuáles otras concepciones, legítimas y fundadas, pueden ser tomadas en cuenta para ponerlas en una mejor perspectiva de esclarecimiento. El mérito a reconocer de la postura de GUÉNON es el relieve dado a la dificultad de la realización iniciática en las condiciones actuales y el formular un límite frente a ciertas posturas acerca de la “iniciación individual” y la “autoiniciación”, dada por parte de algunos (por ejemplo, STEINER) incluso como la única que el hombre occidental debería buscar. Pero no es necesario caer de un exceso a otro.

Es sin lugar a dudas verdad que, a causa de un proceso de involución al que ha subyacido la humanidad, ciertas posibilidades de realización directa, presentes en los orígenes, si no se encuentran totalmente perdidas, se han convertido en extremadamente raras. Pero no se debe caer en un equivalente de la concepción cristiana, según la cual el hombre, irremediamente menoscabado por el pecado original, no podría nada por sí en el campo propiamente sobrenatural – teniendo aquí como equivalente de la “gracia” y de los “sacramentos” a la intervención imprescindible de quien puede transmitir ritualmente las “influencias espirituales”, base de todo para GUÉNON.

Otra consideración importante que hay que hacer es la siguiente. El mismo GUÉNON ha esclarecido en otro libro que uno de los aspectos de la mencionada involución es una *solidificación*, que debe comprenderse sea como aquella en la cual la realidad hoy se presenta en las formas rígidas de una materialidad sin alma, sea –agregaremos nosotros– como la que determina una clausura interna del individuo humano. Ahora bien, debe reputarse que en tales condiciones el poder y por ende el auxilio propio de las “influencias sutiles” en el campo de los ritos no sólo iniciáticos, sino aun religiosos, sea cuanto más reducido, y en algunos casos, incluso nulo. En efecto, habría que preguntarse, finalmente, qué naturaleza tengan estas “influencias espirituales”, y si aquel que, en calidad de “iniciado virtual” las posee, si con esto se encuentre protegido con respecto a toda especie de errores doctrinarios y desviaciones. En verdad, conocemos demasiados casos de personas –y no sólo de Occidentales– que se encuentran en orden en relación a la “regularidad iniciática” en sentido guénoniano (masones en primer lugar), pero que muestran una tal incomprensión y confusión

acerca de todo lo que es verdaderamente esotérico y espiritual, de hacerlas aparecer como por debajo de personas que no han tenido aquel don, pero que tienen en cambio una justa intuición y la mente suficientemente abierta. También aquí no se puede no hacer entrar en tal perspectiva el criterio de que : “Se los juzgará por los frutos” y, por lo tanto, no nos debemos hacer ilusiones con respecto a aquello que, en el estado actual, las “influencias” aludidas por sí solas puedan dar.

Una vez formulado este planteo, como consideración general y decisiva es necesario tener presente esto: el hombre que ha venido a nacer en esta época actual es un hombre que ha aceptado lo que los teosofistas denominarían un *karma* colectivo: es el hombre asociado a una determinada “raza”, que “ha querido hacer por sí mismo”, disolviéndose incluso de los vínculos que servían para sostenerlo y guiarlo. En cuál medida este hombre que “ha querido hacer por sí mismo” y que se le ha dejado hacer haya ido al encuentro de la propia ruina, es ello comprendido por todo aquel que sepa entender el rostro de la civilización moderna. Pero el hecho queda: hoy en Occidente nos encontramos en un ambiente del cual las fuerzas espirituales se han retirado y en el cual el sujeto no puede contar demasiado sobre ellas a no ser que, por un feliz concurso de circunstancias, él no sepa abrirse en cierta medida la vía por sí mismo. En esto no hay nada que cambiar.

Hallándose pues en una situación que ya por sí misma constituye una anomalía, prácticamente también en el campo de la iniciación, más que las vías regulares, es necesario considerar aquellas que por sí mismas poseen un carácter de excepción.

Y que las mismas existan en una cierta medida es el mismo GUÉNON el que lo admite. Los centros espirituales —él dice (98)— sea aun con modalidades extremadamente difíciles de definir, pueden intervenir más allá de las formas de la transmisión regular, “sea a favor de individuos particularmente calificados pero que se encuentren aislados en un ambiente en el cual el oscurecimiento haya arribado a un punto tal que no subsista casi más nada de tradicional y que la iniciación no pueda ser obtenida, sea en vista de un fin más general, y también más excepcional, como el consistente en reanudar una cadena iniciática rota accidentalmente”. Existen pues posibilidades no normales de “contacto” directo. Pero GUÉNON agrega: “Es esencial retener que, aun si acontece que un individuo aparentemente aislado llegue a una iniciación real, esta iniciación no podrá nunca ser

espontánea sino en apariencia, pues de hecho implicará siempre un vínculo a través de un medio cualquiera, a una cadena efectivamente existente” (*ibid.*). Ahora bien, justamente a tal respecto es necesario entenderse, y ver de qué parte viene la iniciativa que determina el contacto. Nosotros decimos contacto porque lo esencial no es un vínculo “a lo largo de la línea horizontal”, es decir con una determinada organización que se ha continuado históricamente, sino que el vínculo se establece “sobre la vertical”, es decir, como participación interior en los principios y en los estados supraindividuales, de los cuales cada particular organización de hombres no es sino una manifestación sensible, aunque en una cierta manera tan sólo exteriormente contingente ³. Así en los casos en cuestión se puede siempre preguntar: ¿Es verdaderamente la intervención de un centro lo que ha determinado la iniciación, o por el contrario, es la iniciativa activa del sujeto que se ha conducido adelante hasta un cierto punto lo que ha provocado aquella intervención?

A tal respecto se puede hablar de una calificación que no tiene que ver del todo con las indicadas por GUÉNON, una calificación activa creada por una especial disciplina, por una especial preparación individual, que convierte en aptos no sólo para ser “elegidos”, sino, en ciertos casos, justamente para *imponer* la elección y la iniciación. El símbolo de Jacob, que lucha en contra del ángel hasta imponerle que lo bendiga, como tantos otros, hasta el de Parcifal (en WOLFRAM VON ESCHENBACH) que se abre el camino del Grial “con las armas en la mano”, algo “hasta ese entonces nunca escuchado”, corresponden a tal posibilidad. En los libros de GUÉNON, lamentablemente, no se encuentra nada acerca de lo que puede ser una disciplina activa de preparación, la cual, en ciertos casos puede conducir incluso sin solución de continuidad a la misma iluminación ⁴: del mismo

³ Por lo demás, a propósito de los Rosacruces, GUÉNON habla de la colectividad de aquellos que han arribado a un determinado estadio, superior al de la humanidad común, que han obtenido el mismo grado iniciático (315). Por lo cual, en rigor, no se debería hablar tan sólo de “sociedad”, sino ni siquiera de “organizaciones”. En otra ocasión GUÉNON ha recordado que las jerarquías iniciáticas no son otra cosa que las de los grados del ser. Todo ello puede ser pues comprendido en sentido espiritual y metafísico, y no personalizado y organizativo.

⁴ Tal es típicamente el caso en el ascetismo del buddhismo de los orígenes. El buddhismo tiene también un término técnico para designar justamente a “aquellos que se han despertado por sí mismos”.

modo que GUÉNON nada indica, como disciplinas concretas, en cuanto a la obra de actualización que hace del “iniciado virtual” un iniciado verdadero y, finalmente, un adepto. Tal como se ha dicho, el dominio de GUÉNON es el de la simple doctrina, allí en donde en cambio a nosotros nos interesa esencialmente el de la práctica.

Pero también en aquel dominio GUÉNON ha escrito en otra circunstancia algo que puede crear desorientación. Él hace referencia a una enseñanza islámica, según la cual “quien se presenta ante una cierta ‘puerta’ sin haber llegado a ella por una vía normal y legítima ve a esta puerta cerrársele ante sí y él está obligado a volver atrás, pero no como un simple profano –la cual cosa es ya imposible– sino como *sâhar* (brujo o mago en sentido inferior)”. En contra de esto hay que avanzar una serie de precisas reservas, diciendo sobre todo que si aquel que ha arribado a aquella “puerta” por un camino normal tiene una intención recta y pura, esta intención será por cierto reconocida por quien corresponde y la puerta se abrirá de acuerdo al principio: “Golpead y os será abierto”. Y en tanto la puerta no tuviese que abrirse, ello –siempre en el caso mencionado– querrá tan sólo decir que el que debe iniciarse es puesto ante la prueba de abrirla *él* usando la violencia, según el principio de que el umbral de los cielos padece violencia; puesto que en un plano general es muy exacto lo que dice ÉLIPHAS LEVI, es decir, que el conocimiento iniciático no es donado, se lo *atrapa*, siendo esto por lo demás la esencia de aquella cualidad activa que, dentro de ciertos límites, el mismo GUÉNON reconoce⁵. Querer o no querer, un cierto trato “prometeico” bien entendido pertenecerá siempre al tipo más alto del iniciado.

GUÉNON tiene razón en no tomar en serio la “iniciación en astral” (139) si tiene en vista lo que al respecto, divagando, se piensa de ella en ciertos ambientes “ocultistas”. Pero también aquí no hay que poner en la misma bolsa aquello de lo cual posturas de tal tipo pueden ser sólo una distorsión⁶.

⁵ Es sobre esta base que, en uno de sus aspectos, debe ser comprendido el principio de la “incomunicabilidad”. El verdadero conocimiento metafísico es siempre un “acto” y lo que tiene cualidad de “acto” no puede venir de otro; según la expresión griega se lo puede alcanzar sólo *kath’ autá*.

⁶ Se puede también recordar la parte importantísima que entre las poblaciones salvajes tiene la iniciación recibida durante el sueño; sobre esto puede por ejemplo consultarse a M. ELIADE, *El chamanismo y las técnicas del éxtasis*, trad. italiana, Roma, 1953.

Aparte del hecho de que *en cualquier caso* la iniciación verdadera se cumple en una condición que no es la de la conciencia despierta ordinaria, es posible elevarse activamente a estados en los cuales son propiciados los contactos esenciales para el desarrollo supraindividual. En el mismo esoterismo islámico se habla de la posibilidad de obtener el *shath*, estado interior especial que entre otras cosas convierte eventualmente en aptos para vincularse con el *Khidr*, ser enigmático en el cual reside el principio de una iniciación directa, es decir sin la intermediación de un *tariqa* (organización) y de una *sîl-sila* (cadena) ⁷. Si bien concebida como excepcional, esta posibilidad es admitida. Lo esencial es aquí la *nyyah*, es decir, la justa intención, que no debe entenderse en sentido abstracto y subjetivo, sino como una *dirección mágica de eficacia*.

Vayamos todavía a un punto. Tal como se ha visto, GUÉNON excluye el vínculo “ideal” con una tradición, puesto que, “nos podemos vincular sólo con lo que tiene una existencia *actual*” (53-54), pretendiendo hablar de una cadena de la cual existan aun representantes vivientes en una filiación regular. Sin lo cual la iniciación sería imposible e inexistente. También aquí hay una curiosa confusión entre el elemento esencial y el contingente y organizador. ¿Qué es lo que en suma significa “existencia actual”? Todo esoterista sabe bien que cuando un principio metafísico cesa de tener una manifestación sensible en un determinado ambiente o período, no es por esto que el mismo sea menos “actual y existente en otro plano (cosa que, por lo demás, GUÉNON en gran medida reconoce – pg. 319). Ahora bien, si por vínculo “ideal” se comprende una simple aspiración mental, se puede estar de acuerdo con GUÉNON; pero sin embargo de otro modo se encuentran las cosas en lo relativo a las posibilidades de una *evocación* efectiva y directa sobre la base del principio mágico de las correspondencias

⁷ Sobre esto puede confrontarse un escrito de ABDUL HADI, (*Études traditionelles*, agosto 1946, pg. 318). Él habla de dos cadenas, de las cuales una sola es histórica y tal que la iniciación es impartida por un maestro (*sheikh*) viviente, autorizado, poseedor de la llave del misterio: es el *et-talîmuujâl*, quien se apoya sobre hombres, distinta del *et-talîmur-rabbânî*, en la cual no se trata de un maestro viviente como hombre, sino de un maestro “ausente”, desconocido o incluso “muerto” desde hace muchos siglos. Con esta segunda vía se vincula la noción del *Kidhr* (*Seyidna El Kidhr*), a través de la cual se puede recibir la iniciación por una vía directa. Esta concepción tiene un relieve particular en el Ismaelismo. Entre los Rosacruces la figura misteriosa de “Elfas el artista” era en una cierta medida el equivalente del *Kidhr*.

analógicas y sintónicas. En suma, el mismo GUÉNON admite –y quizás también más de lo debido– que las “influencias espirituales” también tienen sus leyes (224). ¿Esto no equivale, en el fondo, a admitir, por principio, la posibilidad de una acción determinada sobre éstas? Lo cual puede ser concebido incluso a nivel colectivo, pudiéndose crear una cadena psíquica y disponerla de modo tal de que sirva como un cuerpo que, en base a una “sintonía” y, justamente, en correspondencia “simpática”, atraiga una influencia espiritual en los términos de un “descenso” de un plano, en el cual las condiciones de tiempo y de espacio no tienen un valor absoluto. El tema puede lograrse o no. Pero no debe excluirse, ni confundirse con el simple e inconciente “vínculo ideal”.

En fin, GUÉNON niega que una iniciación pueda realizarse en base a lo que ha ya acontecido en precedentes existencias (203). Ahora bien, puesto que nosotros admitimos tan poco como GUÉNON la doctrina de la reencarnación, si aquello a lo que se refiere es a ésta, entonces estamos de acuerdo. Pero no es que con esto quede excluida la que se podría denominar como una especial *herencia trascendente* en determinados individuos, tal de conferirles una particular “dignidad” en cuanto a la posibilidad de obtener por vía directa el despertar iniciático. En el buddhismo ello es reconocido en forma explícita. La imagen de GUÉNON de una planta o de un ser viviente que no nace, cuando no sea puesta una semilla (que sería el “inicio” determinado por la iniciación ritual desde lo externo) no es válida sino dentro de ciertos límites. Convirtiéndola en absoluta se iría a contradecir la concepción metafísica fundamental de la no-dualidad y, en suma, se agruparía en modo uniforme a todos los seres bajo un mínimo común denominador. Existe pues quien puede llevar ya consigo la “semilla” del despertar.

Con esto hemos indicado los elementos esenciales a sostener ante el esquema unilateral de la “regularidad iniciática”. Nosotros en una cierta medida nos descalificaríamos a nosotros mismos si a este esquema no le reconociésemos el debido valor. Pero no hay que exagerar y perder de vista las condiciones especiales, digamos aun anómalas, en las cuales se encuentran en Occidente también aquellos que tienen la mejor intención y calificación. ¿Quién no estaría contento si se encontrasen organizaciones iniciáticas como las concibe GUÉNON, aun si no es en los aspectos según las cuales las mismas hacen pensar en un sistema burocrático de “legalidad”

formal? ¿Quién es el que no las buscaría, pidiendo tan sólo ser juzgado y “probado”? Pero esto no es así, y quien lo lee a GUÉNON se encuentra un poco en la situación de aquel que oye decir que una cosa muy bella sería poseer una joven fascinante, pero que, en el momento de preguntar en dónde ésta se encuentra, tras haberse excitado con tal imagen, recibiese por respuesta el silencio, o bien un: “No es asunto vuestro”. Porque en cuanto a las indicaciones dadas en manera indirecta por GUÉNON acerca de lo que subsistiría en Occidente en materia de organizaciones iniciáticas regulares, ya se ha dicho cuáles precisas reservas se impongan.

Hay luego un asunto que, a decir verdad, hubiéramos debido tratarlo justamente al comienzo, diciendo que la idea misma de la iniciación ritual, tal como la expone GUÉNON, nos parece una cosa sumamente debilitada. Es demasiado poco, en efecto, una transmisión de mal individualizadas “influencias espirituales”, de la cual incluso podemos hasta no darnos cuenta, que convierte a uno en un simple “iniciado virtual” el cual, en lo concreto, como dijéramos, está expuesto a cualquier error y a cualquier desviación justamente como el último “profano”. Por lo que sabemos, y por lo que se puede extraer de tradiciones precisas, comprendidas las de los Misterios antiguos, la iniciación real es en vez asimilable a una especie de operación quirúrgica, que tiene como correlato una experiencia vivida particularmente intensa, que deja –tal como se dice en un texto– “un rastro eterno de fractura”.

Hallar quién sea capaz de dar una iniciación en estos términos no es algo fácil, ni que dependa de la sola calificación (por la razón ya mencionada, se deben formular diferentes restricciones, hoy en Occidente al principio; “Cuando el discípulo se encuentra listo, también está listo el Maestro”). En tal caso, se trata esencialmente de elementos, por decirlo así, “separados” (en el sentido militar) que en la vida se pueden hallar o no hallar. No hay que ilusionarse de encontrar una “escuela” verdadera y propia con todo lo necesario para un desarrollo regular, con un sistema suficiente de “seguridades” y de controles. Las “escuelas” que en Occidente presumen ser tales, y tanto más, por cuanto más lo presumen, con “iniciados” que por poco no ponen esta calificación suya en una tarjeta de presentación o en la guía telefónica, son vulgares mistificadores, y uno de los méritos de GUÉNON ha sido el de haber ejercido en relación a muchos de éstos una justa crítica destructora.

En cuanto a que, habiéndose asumido el *karma* de la civilización en la cual han querido nacer, estando bien seguros de su vocación, quieren conducirse hacia adelante por sí mismos buscando arribar a contactos directos sobre la “vertical” –es decir, como contactos metafísicos, en lugar del vínculo “horizontal” con organizaciones aparecidas en la historia que les provean un sostén– éstos atraviesan naturalmente una vía peligrosa, lo cual queremos aquí subrayar explícitamente: es como aventurarse en un país salvaje, sin tener las “credenciales” ni el mapa exacto. Pero, en el fondo, si en el mundo profano se considera como natural que una persona bien nacida ponga en juego la propia vida cuando el fin vale la pena, no hay razón de pensar de manera diferente en lo relativo a quien, dadas las circunstancias, no tenga otra elección para lo que se refiere a al conquista de la iniciación y remoción del vínculo humano. *Allah akbar!* – se puede decir con los Árabes, es decir: Dios es grande – mientras que ya fue PLATÓN quien dijera: “Toda cosa grande es peligrosa”.

1) TRANSMUTACIÓN DEL HOMBRE Y DE LOS METALES

Escrito del alquimista hindú C. S. NAARYANA SWAMI AIYAR.

Hoy como Alquimia no se entiende más, como en los tiempos antiguos, a la ciencia y al Arte de la transmutación del hombre y de los metales por medio de *yoga* y como *rasa-vatha*, es decir, fijación (*killing*) del mercurio; sino tan sólo un método para obtener oro y plata a partir de metales viles.

La antigua Alquimia hindú es una Ciencia del espíritu y de la forma espiritual del hombre, de la materia y de toda manifestación sensible. Trata acerca del aspecto astral y elemental de los principios y de las influencias que los mismos ejercen recíprocamente, en especial en relación al hombre. Es la ciencia del alma de toda cosa, que nos enseña cómo toda creación manifestada puede ser transformada y elevada siempre más en fuerza y en potencia, por medio de la disolución, adaptación, transposición y readaptación, y por ende de la regeneración, determinada por el cambio de polaridad, en manera trascendental. Nos enseña la física y la química secreta del universo y del alma, y trata acerca de los procesos de *proyección* de la vida y del renacimiento del hombre en el espíritu divino, afuera de los elementos materiales de su cuerpo físico, a través de transformaciones internas. Trata pues acerca de la esencia de las cosas a la luz de la naturaleza y utiliza los poderes del espíritu para producir cambios materiales y realizaciones materiales partiendo del éter (*âkâça*) invisible ¹. De esta gran ciencia, la avidez humana ha hecho tan sólo una ciencia dirigida a fabricar oro y plata.

Para comprender la antigua Alquimia hindú se tienen que conocer las relaciones entre el hombre y la materia física del universo, entre el hombre y el mundo planetario, sea desde el punto de vista de la materia, como de el del espíritu. Cuando la parte material de un hombre es ennoblecida por su espíritu, y viceversa, cuando el espíritu se dignifica a través de la ennoblecida materia del hombre (y ambas vías son valederas), aquel hombre

¹ El cual es la misma cosa que la *Quintaesencia* de los Alquimistas occidentales y de la *Luz Astral* de PARACELSO.

se convierte en un ser divino (*deva*), partícipe del principio masculino y del principio femenino de la divinidad. Sin este entrenamiento espiritual y esta autoeducación, la Alquimia es un simple entretenimiento de carácter materialista inventado por el Occidente moderno. Hoy en día es tan sólo a través del *curriculum* de la actual cultura universitaria occidental que se puede llegar a ser un “Filósofo” de la ciencia de la Naturaleza.

Como base de nuestros estudios, el discípulo es instruido sobre el surgimiento del universo viviente desde el primitivo caos, en donde el espíritu está en el doble modo, de contenerse a sí mismo y de ser espacio espiritual infinito (*akhandā-ākāṣa*). Este espacio, que es la sustancia de la vida, manifiesta primeramente la forma *Çiva* y la forma *Çakti* ⁽²⁾, y a partir de tal diferenciación recaban su origen fuerzas de atracción, adaptación, separación, readaptación, y por ende de integración y de desintegración que producen las formas de la energía y de la potencia en movimiento en el espacio y en el tiempo a través de los “grandes átomos” (*paramanu*) no materiales y de los “grandes elementos”; los cuales proceden el uno del otro por densificación: del Éter el Aire; del Aire el fuego; del Fuego el Agua; del Agua la Tierra.

Partiendo de estos principios la antigua sabiduría hindú ha desarrollado un sistema de ciencia naturales y espirituales, que deben ser estudiadas antes de poder comprender los tratados alquímicos, hacia los cuales corre enseguida la masa atraída por la fabricación del oro. En efecto, el oro pesado y denso, al ser uno de los cuerpos sólidos producido por el proceso antes mencionado que parte del *ākāṣa*, este proceso debe ser conocido por quien quiere arribar al oro. Le resulta necesaria pues la ciencia del espíritu cósmico, de la materia psíquica y de la materia verdadera y propia; de las fuerzas cuya acción se ejercita en el seno de la Tierra y que producen los reinos naturales, hasta culminar en el hombre y en el hombre divinizado. La Naturaleza es la gran Alquimista, y el hombre puede reproducir su obra efectuando desarrollos, adaptaciones, ordenamientos, disoluciones, readaptaciones y regeneraciones, resurrecciones, transposiciones y transmutaciones de una cosa en la otra, escalón por escalón, desde lo más bajo hacia lo más alto, teniendo siempre presente las fuerzas y los estados de la formación.

² Es decir, el principio masculino y el femenino que están, respectivamente, en la base de todo “ser” y de todo “devenir”.

Habiendo formulado tal premisa, vayamos al lado práctico.

+

Las vías son dos: *devayâna-mârگا* y *vajrayâna-mârگا*. *Devayâna-mârگا* es la vía seguida por los *rshi* (por los Videntes) y por los *mûni* de los tiempos antiguos; y aun hoy la misma es intentada por muchos. Por cuanto tiene referencia con nuestro tema, la misma usa las prácticas acerca del soplo (*prânâyâma*) descriptas en los tratados (*çâstra*). La fuerza vital (*prâna*) que se manifiesta en el hombre en forma de soplo, es controlada y provee el medio para experimentar una luz interior que existe en cada ser humano.

El control de la respiración en principio se practica tres veces al día: en la mañana, en el mediodía y en el atardecer. Las fases constitutivas son denominadas *recaka*, *puraka* y *kumbhaka*. En *recaka* los pulmones son purificados de toda escoria de aire expulsando enérgicamente el soplo. En el *puraka* es puesto un nuevo aire puro. En *kumbhaka* el soplo es retenido internamente, la mayor cantidad posible de tiempo sin esforzarse, luego es expirado lentamente.

En las escuelas de Yoga el *prânâyâma* es iniciado a la edad de siete años y continuado por tres veces al día, desde esta joven edad. El método es denominado *Upanayâna*, y se vincula a un rito; la palabra comprende también el sentido de “ser conducidos” – hasta el *ojo suplementario*. Es decir que el Maestro (*guru*), en cuanto persona experimentada, conduce al discípulo a realizar el “tercer ojo”, el ojo interno de la visión mental. Entonces se tiene la liberación (*mukti*) y la percepción de la luz de la naturaleza.

Vengamos ahora a la aplicación y a la regeneración física. La antigua ciencia hindú enseña que el semen paterno deponе el principio de vida en el núcleo del óvulo materno en la forma de un *poder* envuelto por el *prâna*; poder, que entra inmediatamente en acción calificando el éter vital en los principios y en los elementos, de modo tal que en la sustancia materna se produce la organización y la forma del nuevo ser, fase por fase, por correspondiente combinación, disolución y recombinación. La acción de este poder cesa cuando el niño viene a luz: el mismo se convierte entonces en una fuerza durmiente que tiene residencia en el *mûlâdhâra* (un punto, que se encuentra en la base de la espina dorsal) y que no actúa

más en los centros vitales ya formados del cuerpo.

Los *yogî* despiertan este poder usando el fuego encendido por el *prâna* por medio del control del soplo (*prânâ-yâma*). Nuestros tratados enseñan que el soplo recorre alternativamente dos direcciones constituyendo dos corrientes (*nâdî*). Una parte desde la nariz izquierda es la *idâ-nâdî*, denominada también *chandra* (Luna); la otra parte desde la nariz derecha, y es la *pingalâ-nâdî*, denominada también *sûrya* (Sol). El acto purificador del *recaka* se hace con la nariz derecha. El *puraka* con la *idâ-nâdî* de la izquierda; y el *kumbhaka* detiene ambas direcciones, mientras que la mente se concentra en un punto entre las cejas.

Una vez dominada esta práctica, la concentración es transportada desde este punto hacia el *mûlâdhâra* y fijada allá, siempre mientras el soplo es suspendido³. Posiciones rituales del cuerpo (*âsana*) integran esta acción físico-psíquica y conducen al despertar del poder basal inerte y durmiente; el cual acontece como por una acción química de oxidación y de superoxidación producida por la corriente solar sobre el *mûlâdhâra*, que en vez se encuentra durmiente cuando la corriente lunar predomina.

Así la mente activa y la voluntad activa toman contacto con el poder que ha producido la organización del cuerpo y junto a éste recorren nuevamente todas las fases de esta organización⁴. Esto se efectúa en el cuerpo saliendo desde la base a lo largo de la *nâladhanda*, es decir a lo largo de la dirección de la columna vertebral, desde lo bajo hasta lo más alto de la cabeza, atravesando las sedes de los elementos, arribando a la materia cerebral que es la última transformación del éter vital y de la sustancia imponderable, o *liquor vitae*.

El adiestramiento en la práctica se alcanza habitualmente luego de tres años. Continuando por todavía dos ciclos de seis años cada uno, siguiendo todas las normas prescriptas, el *brahmacâri* arriba a ser realmente un *yogî*. Cuando los ejercicios han sido iniciados a la edad de siete años, la acción

³ La concentración preliminar entre las cejas, tal como lo indica el nombre del centro sutil al que se refiere (*âjñâ-cakra*), lleva hacia la realización del poder mental de mando y de "proyección", el cual establece el polo masculino y positivo, en relación al poder femenino a despertar en la base. Sobre todo este *yoga*, ver J. EVOLA: *Lo Yoga della Potenza*, 3ª ed., Roma, 1967. (Traducción española: *El yoga tantra*).

⁴ Acontece así una re-generación, acompañada y sostenida pues por la mente activa y por la voluntad: se podría denominarla como un "renacimiento en la mente y en el poder".

se ejerce paulatinamente sobre procesos naturales orgánicos y sobre las fuerzas que se manifiestan en la niñez (desde los 7 hasta los 14 años) y en la adolescencia (desde los 14 hasta los 21 años). Se producen transformaciones fisiológicas; desde los jugos vitales, desde el quilo y desde el quimo, desde las glándulas mesentéricas del bajo abdomen, se elabora un fluido animal totalmente particular, denominado *semen*, que sale a lo largo de la dirección de la columna vertebral, como el mercurio en la columna barométrica, formando la corriente *sushumna*; la cual alcanza los centros de la región cerebral, a la edad de veintiún años o antes, de acuerdo a la naturaleza de los elementos vitales heredados de los progenitores.

El primer síntoma del despertar del poder basal es una abundante transpiración. Persistiendo en la práctica y concentrando la mente sobre el *prâna*, pueden verificarse disturbios físicos y también psíquicos como un sacudimiento y un temblor en la entera forma humana. Persistiendo todavía se siente en el cerebro un tremendo estallido de trueno: y si el *yogî* se asusta ante esta manifestación interna del “sonido” (*nada*), su miedo puede conducirlo a la epilepsia, incluso a la locura – de lo cual existen testimonios vivientes. Pero puede también acontecer que por un repentino miedo se caiga en un estado de muerte aparente, y entonces existe también otro peligro: de ser confundido con un muerto y ser cremado o enterrado. Por esto es imprudente aventurarse en estas prácticas sin la asistencia de un maestro experimentado. También el dar a la respiración unos ritmos no usuales puede causar disturbios pulmonares de diferente entidad.

Esto es el *devayâna-mârگا*. Digamos ahora de la otra vía, que es el *vajrayâna-mârگا* conocida por la escuela de los Siddha. Los Siddha sostienen que con la primera vía es muy difícil estar seguros del resultado y, además, poder mantener una perfecta conciencia en el estado de disolución (*laya*). Ellos constatan además que el cuerpo humano está sujeto a toda suerte de enfermedades y de disturbios, de modo tal que es posible que la muerte sobrevenga antes de que se haya alcanzado la liberación; y ellos no tienen en vista la liberación que se alcanza luego de la muerte (*videha-mukti*), o bien en otro nacimiento, no siendo por lo demás seguro que quien haya muerto ya una vez como hombre, vuelva todavía a una forma humana de nacimiento.

Por esto los Siddha apuntan sobre todo a fortificar el cuerpo y *unen*

conjuntamente el cuerpo y el alma en un modo de existencia que tiene relación con el estado primitivo etéreo *âkâça*. Este proceso ha sido denominado *kâya-siddhi*, es decir “cumplimiento (o perfección: *siddhi*) del cuerpo”. El cuerpo *-kâya-* se convierte en un *vajra-kaya*, es decir, un cuerpo dotado de alta resistencia (literalmente: adamantino – *vajra* = diamante) y de vitalidad indefectible. La vida es promulgada y por tal vía el Siddha obtiene al mismo tiempo *bhukti* y *mukti* ⁵.

Los principios de esta Ciencia real y de esta Arte son expuestos en la tradición Siddhânta bajo el nombre de *râsavâda* y de *câmikara-vidyâ*, con un lenguaje que se convierte en desnudo y transparente tan sólo para los iniciados.

Se trata de transformar el propio *rasa* (mercurio, *liquor vitae*) en una forma etérea superior –oro fluido y Sol– y luego de mudarlo en materia densa; operación que en tamñico es denominada “muerte del mercurio” (*killing mercury*).

El curso consta de dos ciclos de seis años cada uno, durante los cuales el *prânâyâma* es practicado sin cesar. Al mismo tiempo la parte material del hombre es fortificada a través de sustancias químico-metálicas preparadas en modo tal de poder ser absorbidas y asimiladas por células y tejidos, las cuales “fossilizan” el físico y lo transmutan en un cuerpo mercurial que resiste a los ataques de la edad y del tiempo. La sangre químicamente adquiere una alta densidad y viscosidad, hay una mineralización y una densificación y al mismo tiempo el cuerpo es reducido a los elementos naturales al estado etéreo, por acomodamiento, disolución, reacomodamiento, polarización, combinación y recombinación. La acción combinada de las transformaciones psíquicas y de las transformaciones químico-fisiológicas determina la amalgama del alma y del cuerpo, hasta

⁵*Bukhti* sería lo contrario de *mukti*, es decir, aquello a lo cual, en la vía del yoga ascético del conocimiento, debería renunciar quien apunta a la Gran Liberación: es decir, todo lo que ofrecen el cuerpo y el mundo. En la vía de los Siddha y de los Tantra una cosa en vez no excluye a la otra.

⁶Ya se tuvo ocasión de resaltar que en el término *vajra*, el cual define a esta vida, y es también un atributo del “cuerpo perfecto”, además de la idea de “diamante” (dureza, incorruptibilidad), está comprendida la de “fulgor”; lo cual remite a las tradiciones sobre el cuerpo radiante o envuelto por un aura de fuego, etc., comunes tanto al Oriente como al Occidente antiguo.

producirse la visión interna concéntrica resplandeciente y refulgente ⁶ y la liberación en vida (*jivan-mukti*).

En este estado la materia es alma y el alma es materia, estando la una y la otra entretrejidas hasta casi una identidad. El cuerpo compuesto por los cinco elementos del *siddha* es transmutado en un cuerpo etéreo (*âkâçamsa*) inmortal, que puede pasar junto al alma al estado etéreo (sutil) y convertirse en el cuerpo de un ente intraestelar.

En la práctica alquímica física se comienza observando una dieta apta y liberando el cuerpo interna y externamente de toda mala secreción y concreción, con medios médicos. Luego se introducen dosis de mirobálano y de pimienta, de sal quemada y de sal alcalizada.

Luego del tercer año el cuerpo debe ser convertido en capaz de retener esta sal totalmente, tanto que sudor y orina no tienen que conservar restos de ello. La sal es sucesivamente combinada con bórax, clorato de potasio, sulfato de amoníaco, sublimado corrosivo, sulfato de mercurio, arsénico amarillo, azufre; pirita de oro y oro. Las combinaciones son diez, y diez las asimilaciones que siguen los pasos de la iniciación (*dasha-diksha*).

Se ve que no es posible proceder solos en esta vía, puesto que se puede saber el modo de obtener estos compuestos, pero no cuando haya arribado el momento de usarlos de modo tal que éstos no produzcan daño. Se debe tener presente que se trata de sustancias que son soportadas y asimiladas por el cuerpo del *siddha* sólo cuando el mismo ha arribado a un determinado estadio del desarrollo; y no por el cuerpo de un hombre ordinario.

Para luego hablar plenamente de la química como ciencia sintética dirigida hacia la acción sobre los metales, sería necesario un grueso volumen. Yo he compuesto una obra sobre este tema pero hasta ahora no he podido publicarla. Aquí me he limitado al aspecto que se refiere al hombre y al cuerpo del hombre, para poner de relieve que la alquimia hindú se ejerce a través de los poderes del espíritu y los poderes de la materia, y que la misma quiere unir a los unos con los otros llevando al cuerpo hacia el primordial estado etéreo o mercurial.

Y también a sir JOHN WOODROFFE que, por cuanto se haya aplicado al estudio de la literatura tántrica hindú y a hacer conocer sus textos más de lo que haya hecho cualquier Hindú hasta ahora, sin embargo en relación a los efectos de las prácticas en cuestión habla con la reservada desconfianza, pongo bajo su consideración este escrito a través suyo.

Tiruvellore (Chingleput), septiembre de 1928.

2) EA

ACERCA DEL SIMBOLISMO DEL AÑO

Al hablar de tradición hiperbórea (T. V, pg. 131) se ha hecho mención al papel que en la misma tuvo el simbolismo solar. Queremos retomar este aspecto especial del tema, con referencia al material recogido por WIRTH en una obra, a la cual también se hiciera mención ¹. Ello podrá, en cierto modo, servir también como complemento de lo que, desde el punto de vista de la experiencia interna fuera dicho por LEO en el anterior capítulo relativo a los “ritmos cósmicos”.

Entre tales ritmos, uno de los más importantes es justamente el que corresponde al ciclo anual del Sol. Sobre el mismo se basan por ejemplo muchas fechas consagradas por la magia para operaciones ceremoniales y varios ritos tradicionales; fechas, que no son arbitrarias o convencionales, sino que han sido establecidas teniendo en vista el poder propio del símbolo y de la “simpatía”.

El simbolismo del que aquí se trata es designado por WIRTH como propiamente nórdico-atlántico por la siguiente razón. Una vez que ha acontecido el congelamiento en la originaria sede hiperbórea, dado el carácter particularmente áspero del invierno que se extendiera por largos meses, la experiencia de la luz solar y de sus vicisitudes durante el año tuvo que ser vivida en modo más vivo y más dramático que lo que sucediera anteriormente. Por lo cual es comprensible que el simbolismo correspondiente haya tenido relieve justamente en sedes nórdico-atlánticas, es decir en las tierras en las cuales pasaron a establecerse varios integrantes de la estirpe boreal. En vez, en las regiones del Sur, al faltar un contraste semejante, más que el *principio* de la luz tuvieron relieve sus efectos en términos de lozana fertilidad vinculada a la tierra, y los mismos iban a presentarse como materia más inmediata para el simbolismo. No sólo

¹ H. WIRTH, *Der Aufgang der Menschheit*, Jena, 1928. Será bueno advertir que aquí haré mención a lo que en tal obra hay de tradicionalmente utilizable, con las más amplias reservas con respecto a muchas cosas caóticas y muy discutibles contenidas en ella, que desde el punto de vista científico han perjudicado el valor de sus ideas fundamentales.

ello: sol y calor, en los climas más cálidos, en especial si tropicales, muchas veces tuvieron los caracteres de fuerzas incluso demoníacas en contraste con el carácter puramente espiritual del simbolismo del Sol y de la luz que prevalece en cambio entre las razas de origen boreal.

En uno como en otro caso sin embargo hay que tomar postura en contra de la interpretación “naturalista”. Los fenómenos naturales en su origen nunca fueron asumidos religiosamente como tales, sino por lo que en los mismos valía como revelación de lo sobrenatural. La esencia de las religiones de los orígenes no fue una divinización supersticiosa de los fenómenos naturales, tal como afirma la interpretación moderna, sino a la inversa: los fenómenos naturales ya por sí mismos valieron en la antigüedad como sensibilizaciones y símbolos de esencias divinas; sólo por tal vía los mismos parecieron como en verdad reales, por lo cual el elemento sensible, naturalista representó no el primario, sino el secundario y no tuvo relieve sino en casos de degeneración del culto.

Ello vale también para el Sol y para el “año” con todos los elementos que se le vinculan en el ciclo nórdico-atlántico. Aquí dioses y estructuras sagradas no expresaban pues alegórica y “poéticamente” aspectos del curso anual del Sol, sino a la inversa: el año en su plenitud sensibilizaba, en términos de símbolos cósmicos, una “historia” eterna e incorpórea. Si todavía en la Cábala el año ha sido considerado como “testimonio fiel” del “Señor viviente, rey de la eternidad”² y si en la India antigua el mismo valió como el cuerpo del “caballo a sacrificar”³, la alternancia del Sol durante el año en el ciclo nórdico atlántico tuvo relación prevaleciente con la idea fundamental de un morir y un resurgir.

El reino del Sol como “vida”, “luz de las tierras”, en varias formas del simbolismo primordial es también el del Hombre. Y puesto que en su curso anual el Sol desciende y vuelve a ascender, así también el Hombre tiene su “año”, muere y resurge. Si es verdad que este significado lo presenta también el curso diurno del Sol, con ocaso y retorno a la aurora, se debe tener presente que en las sedes árticas todo el año adquiere casi las características de una única jornada y de una única noche. El simbolismo que sigue el curso del Sol en el año, mientras que hace corresponder a las

²*Sepher Jetsirah*, IV.

³ Véase *Brhadâranyaka-upanishad*, I, 1, 8.

fases particulares de la Luz variados aspectos y “momentos” de la divinidad, vincula a las primeras con signos y series astrales, la más conocida y reciente de las cuales es la zodiacal. En tal punto WIRTH reputa que signos de tal tipo, mientras que en primer lugar tenían un significado sagrado, hacían al mismo tiempo de base para la anotación del tiempo y no sólo ello, sino que eran también los signos de un único alfabeto, a cada uno de los cuales le correspondía una voz y una raíz de lenguaje. Según WIRTH, en las escrituras consideradas como las más antiguas –inscripciones egipcias predinásticas, chinas arcaicas, sud-arábicas, rúnicas, etc.– podrían reconocerse fragmentos de tales “series sagradas”, susceptibles de ser adecuadamente integrados. Los significados de seres divinos, de constelaciones, de fuerzas suprasensibles y de partes del tiempo cíclicamente concebido se hallarían pues en signos, que habrían sido los de una lengua sagrada originaria.

En las sedes septentrionales, un punto de la vicisitud del “dios año” tuvo una importancia especial: aquel en el cual, arribado el Sol en el punto más bajo de la elíptica, la luz parece descender casi en el abismo, mientras que he aquí nuevamente que la misma se vuelve a levantar y resplandece. Tal es el *solsticio de invierno*. En relación a este punto el simbolismo se complica con un nuevo elemento que expresa aquello dentro de lo cual el Sol o “Luz de las Tierras” parece por un momento hundirse: “agua”, “mar”, “caverna”, “abismo”, “tumba”, “serpiente”, “monte”, “casa” –“casa de la fuerza”, “casa de la profundidad”, “casa de la madre” o “de la noche”, etc. – son tantos aspectos de los jeroglíficos arcaicos que se refieren a esto, constituyendo equivalencias que pueden hacer entender otras varias presentes y latentes en símbolos, ritos, mitos y cosmogonías de civilizaciones más recientes.

En las “aguas”, en la “madre” o en la “caverna” el “dios año” desciende para hallar una nueva fuerza. En su resurgir, su signo se confunde con el del “árbol” – el “árbol de la vida”, el árbol, cuya raíz está en el abismo, el que se encuentra asociado a la “serpiente” o al “dragón” y así sucesivamente; mientras que un no diferente significado tiene todo un grupo de figuras divinas en acto de surgir de aguas, piedras, cavernas y similares. Es interesante notar que en el ámbito paleoegipcio y en el sumerio su jeroglífico como sol que se eleva tiene por igual el sentido de “abrirse de la boca” y de “palabra”, cosa que podría tener relación con la idea de

WIRTH, en el sentido de que el mismo abría una “serie sagrada” según el aspecto, por el cual ésta tenía también valor de alfabeto y, por extensión, de lengua. Es posible que la antigua estatua egipcia, que se convertía en *sonora* apenas era tocada por la luz del sol naciente, incorporara en la piedra este aspecto del misterio solar.

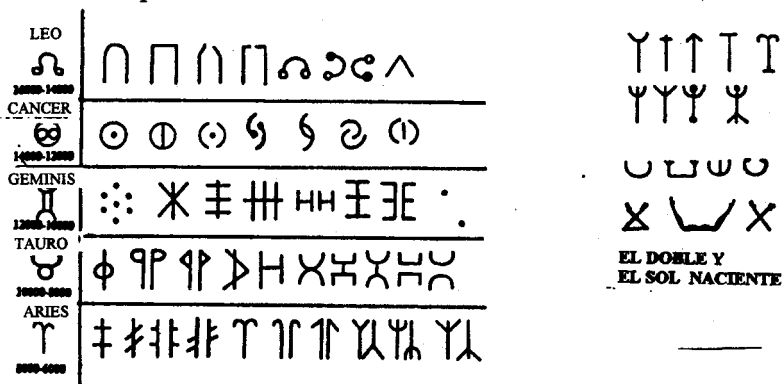
Por otro lado en la antigua Roma, el día del solsticio de invierno, es decir el 25 de diciembre, valió justamente como una “navidad solar” del “dios invencible” –*natalis solis invicti*– y se sabe que esta fiesta, con la misma fecha, pasó por último al cristianismo, en donde, por lo tanto, la Navidad aparece también como la de la *Palabra* (del *Lógos*) convertida en carne, “luz de los hombres”. Análoga supervivencia obscurcida es el mismo árbol de Navidad y el uso de encender en el mismo las luces justamente en la fecha solsticial.

Uno de los símbolos hiperbóreos que se asoció al simbolismo del año es el del *hacha* (el “dios-hacha” “hombre con hacha”, también “dios espina”, etc.). El hacha, a tal respecto, alude al poder que quiebra, que divide, y hay aquí una referencia justamente con el solsticio de invierno, en cuanto el mismo corta en dos los arcos, descendente y ascendente, el curso del sol y el año. La división acontece, el “hijo” nace, surge el signo del “año nuevo”, surgen la “nueva luz” y el “nuevo sol”, la boca se abre, “nace la palabra” (el *Lógos*). Por cuenta nuestra, resaltaremos también la equivalencia del poder de golpear y de quebrar del “hacha” (así como también del “martillo”, otro símbolo nórdico, con referencia por ejemplo a Donner-Thor) con el del fulgor, y el hecho de que así se establece la relación, esotéricamente muy notoria entre un tal poder, la separación (véase la “separación” hermética) y el *initium* solar como “vida nueva”⁴.

Jeroglíficamente, al ser el círculo uno de los signos predominantes del sol, en su manera simple o con un punto central☉, la división da lugar a ☽, signo que comprende al “doble arco” (en relación con esto también la “doble hacha” o hacha bicúspide) y análogas dualidades, si luego las dos fases, ascendente y descendente, de ☽ se las considera según su aspecto genérico de arco superior y arco inferior, el símbolo antes mencionado puede transformarse en ☿ y también en ☾, valiendo las dos

⁴ Se puede poner de relieve la supervivencia constituida por el hecho de que el “martillo” se vuelve a encontrar en la masonería como lo que es de pertinencia del Maestro en los ritos de la logia.

mitades entonces como “cielo” y “tierra”. Por lo demás, en síntesis, el signo ⊕ –“círculo con cruz”– parece ser uno de los más antiguos y augustos en el orden de tal simbolismo nórdico-atlántico (se lo ha hallado también en grandes estructuras de piedra), mientras que la dualidad antes mencionada opera de base para varios desarrollos concordantes de signos, que WIRTH ha buscado rastrear en grafismos alfabéticos-lineales de la alta prehistoria a lo largo de las vías desde el Norte hacia el Sur y desde Occidente hacia Oriente recorridas por la raza boreal y por aquellas que de las mismas se diferenciaron o derivaron. Reproduzcamos alguna de estas series típicas tales como las ha reconstruido WIRTH.



Se ha dicho que desde el punto del “dios en las aguas” o “en la caverna” –es decir desde el solsticio de invierno– tomaban inicio el año (la “navidad solar” era por lo tanto idéntica al “año nuevo”, se diría en términos modernos) y la secuencia de la “serie sagrada” simbólico-alfabética y calendárica. A no ser que, a causa de la procesión de los equinoccios, este punto del curso solar cae de época en época (en intervalos de cerca de dos mil años) bajo una diferente constelación zodiacal, cuyo signo puede constituir la clave de varias redacciones de dicha serie, que por tal vía pueden ser históricamente localizadas con una cierta aproximación.

La más antigua de estas redacciones de la “serie sagrada” tiene por clave el signo, eminentemente solar, del León, ♌ : la época, denominada “del Lobo” y del “Oso”, que le corresponde, cae entre el 16.000 y el 14.000 a.C. El desarrollo del signo fundamental de su duplicación está dado en la primera línea del esquema. Le sigue la época de las “Dos

Serpientes” bajo la constelación del Cáncer ☊ , entre el 14.000 y el 12.000 a.C.; luego la del “Reno” o “Alce” (Gemelos ♊ , 12.000-10.000 a.C.); la del “Toro” ♉ “Búfalo” (10.000-8.000 a.C.); la de “Aries” ♈ (8.000-6.000 a. C.). Los alineamientos del dibujo indican el desarrollo de los signos-base correspondiente a cada una. Es siempre a partir de WIRTH que reproducimos tales signos.

El cual presume que en un período comprendido entre “Tauro” y “Aries” debe haber tenido lugar la catástrofe de la Atlántida. Luego del ciclo hiperbóreo, en esta tierra se había constituido un centro, que aseguraba un cierto vínculo entre las varias formas derivadas de la tradición primordial, por lo menos en lo que se refiere al área atlántico-occidental. El hecho es que parecen faltar desarrollos de la “serie sagrada” basados sobre los signos que sucesivamente correspondieron zodiacalmente al solsticio de invierno – desde el 6.000 hasta el 4.000 se habría debido tener el signo de los “Peces”, del 4.000 al 2.000 el de “Acuario”. Se tienen en vez nuevos agrupamientos que poseen una base diferente: como clave de la serie no se encuentra más el signo del solsticio de invierno sino el del equinoccio de la primavera. Es por lo menos lo que WIRTH ha creído poder encontrar; así para la época entre el 4.000 y el 2.000 a.C. vuelve el “Toro”; para la que comprende entre el 2.000 y el comienzo de la era cristiana el signo es el de “Aries” y finalmente ente el 1° y el 2.000 de la era cristiana, el de “Piscis”. Como es sabido, estos últimos signos corresponden a símbolos y a animales simbólicos de los cultos más recientes: el Aries (cordero) y los Peces en el cristianismo; el Toro en Egipto, en Grecia, en Persia, etc. Pero no se encuentran ni siquiera excluidas revivificaciones y supervivencias de estratos solsticiales más remotos, por lo cual el material con el cual hay que operar es extremadamente complejo y concepciones como las de WIRTH, presentan un excesivo esquematismo y tienen necesidad de ser integradas con un orden más vasto y severo de investigaciones.

En razón de su especial interés desde el punto de vista iniciático, hemos reproducido algunos desarrollos ideográficos del solo “arco trascendente” el cual, tal como dijéramos, tiene los valores convergentes de “cielo”, “resurrección”, “despertarse”, “Hombre-con-brazos-levantados”, “Árbol”, “Luz que surge”, y así sucesivamente. Tales desarrollos parecen remontarse a las últimas redacciones nórdico-atlánticas de la “serie sagrada”. Se vuelven a encontrar en los rastros prehistóricos de América Central, de los Pirineos,

de la Europa septentrional, del Noroeste de África, en lo linealistas egipcios predinásticos, creto-minoicos, chinos arcaicos, etc. Los mismos remiten al jeroglífico egipcio (dinástico) de los dos brazos levantados, *que es el del “ka”, del “doble”*. Tal signo es pues como una síntesis del misterio iniciático, justamente a través de la convergencia de los significados “cielo”, “nacimiento de la luz”, “renacer”, “sol que surge”, “doble”.

Considerando al sol como un símbolo celeste, para encuadrar lo que se ha dicho sobre el “dios año” en un simbolismo universal adecuadamente diferenciado será bueno examinar brevemente varias formas de aparición del principio de la luz.

La más alta y primordial entre todas éstas es la puramente *uránica*. El cielo, en su carácter de realidad luminosa, soberana, distante e inmutable, se encuentra aquí en el centro y opera como base para un ciclo de figuras divinas correspondientes. En una referencia histórica ello corresponde al ciclo boreal y se encuentra en todo lo que conserva los rastros de este ciclo.

Enseguida después viene la *fase solar*, en la forma nórdico-atlántica del simbolismo antes tratado. El sol toma el lugar del cielo y pasa al primer plano. Sin embargo aquí muchas veces se mantienen los valores de la fase precedente, en donde en el dios solar se considera esencialmente el carácter de pura luz, como sucede por ejemplo en el caso del simbolismo, el mismo de origen hiperbóreo, de Apolo, el cual personifica justamente el principio de la luz inmutable en contraposición a Helios, que es el sol en su aspecto de ente y de luz que tienen nacimiento y ocaso.

Cuando este principio de morir-renacer toma la primacía, nos hallamos ya en una tercera fase, a la cual le es propia una caída de nivel espiritual. Aquí el principio solar termina perdiendo su autonomía; el mismo se convierte en el “varón” cósmico que tiene como correlativo a la hembra, es decir el principio terrestre, la Diosa de la Tierra y de la Vida. Se tiene el ciclo de las parejas divinas y una “lunarización”: porque aquí el sol llega a ser afectado por aquella ley de transformación, por aquella mutabilidad y no-polaridad, por la cual, en las otras fases, fue la luna la usada como símbolo adecuado.

En la última fase, que debe considerarse como de completa degeneración, no sólo se tiene la pareja, no sólo el principio de la pura luz celeste que ha asumido forma de Sol está asociado a la Tierra, a la Aguas, a la Madre o a la Mujer divina, sino que con respecto de este segundo

principio entra en una relación de subordinación. Es la Madre de la vida la que viene ahora a un primer plano, es el principio isíaco el que incorpora la idea de la inmutabilidad, de la primordialidad y de la soberanía – en símbolos astrales, como en la antigua Babilonia, no la divinidad solar, sino la lunar tiene la preeminencia y la relación diádica que ya se asomara en la fase nórdica atlántica se resuelve en la del varón como hijo y del amante que sólo por su relación con la Mujer divina o la Madre telúrica participa de la inmortalidad y obtiene la renovación de su vida caduca.

El simbolismo del año expuesto aquí con referencia a las investigaciones de WIRTH tiene un lugar intermedio en el conjunto de estas fases; no pertenece más al estadio puramente “polar”, uránico y olímpico, sino que precede a las formas de involución lunar y telúrica. En su aspecto más alto el mismo tiene una visible referencia con el misterio propiamente iniciático cual misterio de transformación.

3) ABRAXA

LA MAGIA DE LA VICTORIA

Se te ha dicho que existe también *una vía de la acción*. Para el hombre de hoy en día la misma se le ha convertido en algo muy remoto: puesto que si se trata aquí de experiencias realizadoras no encerradas en el dominio del misterio, era premisa de las mismas sin embargo una orientación *sacral*, una ritual adhesión de lo de “adentro” a lo de “afuera”; lo que desde hace ya mucho tiempo se ha perdido para la conciencia común.

Buscaré sin embargo fijar aquí, con significado de espíritu, ideas que podrán aun convertirme en transparente un material desconocido perteneciente a antiguas civilizaciones, de modo tal que algo de su resplandor pueda ser asimilado por ti mismo, cuando tu vida tuviese que hallar las situaciones de las cuales ahora hablaré, o una especial vocación tuya tuviese que crearlas.

Y como punto de partida tomaré el que ha sido notado por un historiador de las religiones ¹: *“El pensamiento religioso primitivo confunde en una noción única la noción del doble y del alma, la de Furia y de Erinias, la de Diosa de la Victoria y de Diosa de la Muerte... Concreción curiosa de una divinidad que es a un mismo tiempo una diosa de las batallas y el doble del hombre”* ².

No te detengas en sonreír respecto de esta calificación de “pensamiento religioso” y luego “primitivo” –y después con eso de “confundir” nociones– y luego de concepciones “curiosas” de los Antiguos que por cierto no podían aun ver tan claro y en modo tan neto, como hoy en día se ve. Tú ya lo sabes: son sus *fijaciones*.

Tú en vez – *comprendes*.

Se te esconde en estas asociaciones, el secreto de la *iniciación heroica*.

¹El orden de ideas aquí expuesto por ABRAXA ha sido expuesto y desarrollado –también con referencia al espíritu de los antiguos ludi– en la obra de JULIUS EVOLA, *Rebelión contra el mundo moderno* (Buenos Aires, Ed. Heracles, 1994). Reproducimos igualmente el ensayo de ABRAXA en razón de varios detalles de índole mayormente técnica en él contenidos.

²A. PIGANIOL, *Recherches sur les jeux romains*, Strasbourg, 1923, pgs. 118, 117.

Aquella que, en el claro mundo clásico y romano tomó como vehículo a gestas y certámenes* en los cuales los pálidos “espiritualistas” no han sabido ver sino “brutalidad”.

Ahora pues, penetra el *sentido* de aquellas divinidades y de aquellas nociones – así:

La potencia vital que tú no eres, que te mantiene junto al cuerpo y le da alma, lo mueve, lo controla allí donde no llega, o cuando se ausenta, tu conciencia; la potencia, que es tu alma verdadera, profunda, porque ella –y no tú– te ha querido cual eres, te ha formado así, antes de que tú actuaras, en su forma, uniéndote luego a los modos de conocimiento externo y de sensación íntima que a *este* organismo tuyo corresponden – esta potencia, tú lo sabes, es el *doble*. No la conoces: se encuentra *detrás* de ti – que no sabes *darte vuelta*. Es el demon, el *numen* tuyo.

Tú conduces una vida que lleva a la muerte, hasta que eres separado de tu numen – hasta que tú y él sois dos. Él está vinculado a tu vida como la llama del madero que arde. Se encuentra adentro de la sustancia de tu ser como un fuego que lo ilumina (y por una tal luz tú eres), pero que sin embargo también lo devora y consume. Por último, cuando tal pesada conjunción ya no lo soporta, la llama se desplaza del mismo, y el cuerpo se derrumba. La llama se adherirá a un nuevo madero. Una nueva luz comenzará a resplandecer en otra parte ³.

Pero tú mientras tanto comprendes la primera asociación: *del demon, del doble – con la diosa de la muerte*. Fija una vez más en el espíritu el sentido de este poder trascendente de la vida, y que le resulta corrosivo y

* Traducimos aquí la palabra *agonale* la que se refiere a los certámenes o competencias deportivas en la antigüedad clásica, las que poseían un valor ritualista y sagrado totalmente diferente del que se tiene en la actualidad. (*N. de la Trad.*)

³ Para esta idea, repetida muchas veces por ABRAXA, puede indicarse una correspondencia taoísta. Un texto de CIJUNG-TZE dice: “Un manojito de leña existe como tal mientras que se encuentra unido y apretado; cuando se lo disuelve, ya no es más un manojito. De la misma manera sucede con el hombre: el mismo es hombre hasta tanto todas sus partes, todos sus órganos se encuentran vinculados y coordinados de manera conjunta: una vez cesada tal unión, cesa la individualidad humana. Además la vida de ésta es comparada al fuego de un manojito de maderas que se consume, y que puede comunicarse a otros manojitos al agotarse del primero. Los manojitos van consumiéndose de a poco, del mismo modo que las personas viven y mueren, aparecen y desaparecen” (Véase C. PUNZI, *Taoísmo*, Lanciano, 1922, pg. 70) (*N. de Ur*).

mortal, en su total actuosidad. Vuelve a la enseñanza que ya te expuse de manera repetida; ya que se encuentra en el centro de nuestro Arte.

Si se dijo, a través de símbolos, que entre la Tierra y el Fuego se interpone por lo tanto el Agua, a fin de que ante el contacto con el segundo la primera no sea destruida; sin embargo, sea en alteraciones sutiles y cotidianas, que la lenta conciencia corporal no atrapa; sea también en formas más bruscas, sobre las cuales ya te quise advertir, se producen fugaces afloramientos del numen, demon o doble, dentro de las energías del alma; que entran entonces en un estado no habitual. Pero esto es algo que tú ya sabes, en relación a operaciones que apuntan a un fin no diferente ⁴.

Y sabes también acerca de las propiciaciones y las actitudes. Sabes que el mago sorprende estos contactos; resbala adentro; *fija*. Establece una relación de varón con mujer. De la vida pronunciada, pasa a la vida que pronuncia. Desemboca en otra condición de existencia y, en ésta, *no hay nadie detrás de él*.

Recordando todo esto, aplica. El contacto no se establece (o, aun estableciéndose, tú no podrías advertirlo, y servirte de él) antes de que, por medio de un estado anormal de la conciencia exterior, por “exaltación” no arribas a aproximarte al nivel y a la “rapidez de frecuencia” que corresponden al doble. Los medios son múltiples. Pero ya se te acerca la inteligencia para la segunda asimilación: *el doble, parte trascendente del alma humana, diosa de la Muerte, tiene relación con las Furias, con las Erinias, con las diosas de las Batallas*.

En la vía de la *acción*, fue la *danza* la que primitivamente fue usada como método frenético para atraer y hacer manifestar en el alma humana a divinidades y a poderes invisibles: es el tema báquico, menádico – en encaminamiento hacia contactos por vértigo. A la vida desencadenada por el ritmo se le inserta otra vida, como emergencia de la raíz abismal de aquélla; y Furias y Erinias, naturalezas salvajes que poseen atributos como Zagreus: “Gran-Cazador-que-abate-toda-cosa”, fueron sus dramatizaciones: formas pues de aparecer de tu demon, que asumen la cualidad del estado que lo ha “extraído”.

⁴Comparar lo dicho en especial con lo que ya manifesté (T. II, cap. X) acerca del aspecto *sexualidad* de este poder. El doble es el *genius* de los Romanos, al cual le resulta próximo el término *genus* (véase la expresión *lectus genialis*, en el sentido de tálamo, de lecho conyugal).

El *ludo agonal* es un grado superior.

Más allá de ello, la ebriedad heroica de la batalla.

El uno y la otra, allí donde hubo luz, contuvieron las posibilidades de una especial iniciación. Y como en la aproximación frenética obtenida con el estado menádico –en el hacerse uno de los dos y en el centellear del contacto– el conocimiento del doble se fenomeniza como sensación, o incluso imagen, de Furias y de Erinias – he aquí que en el grado de la exaltación guerrera y de la empresa heroica esta misma experiencia toma la forma de diosas de la guerra, de Valkirias, de Vírgenes tempestuosas de las batallas. Y aquello que, en fin, corresponde al cumplimiento mágico de la experiencia, al dominio del Varón sobre la Mujer – es el aparecer de *Niké*, de la diosa *Victoria*.

He aquí pues que has comprendido todas las partes de la identificación. La concepción “curiosa” de una divinidad –que es a un mismo tiempo una diosa de las batallas y el demon del hombre, que es el poder de la muerte, que es una fuerza “subterránea” desencadenada– ahora te habla ⁵.

Fases de una misma experiencia desarrollada por la acción, la Furia – la diosa de la Muerte– la *Niké* o *Victoria*, objetivan, respectivamente, el desencadenamiento, la sensación del pasaje crítico hacia el poder trascendente, en fin, el triunfo sobre el mismo.

Si la vida frenética báquica y coribántica resbala entre falaces vértigos de disoluciones sin formas y de evasiones extáticas, en el centro del rito guerrero se encuentra en vez la dureza viril del *Hierro*, que asume la función del principio “Oro” usado en la pura Arte hermética ⁶. Y tú sabes

⁵ El mismo autor citado por ABRAXA resalta (pg. 118) que de la Furia la victoria hereda el atributo del libro en el cual ya el doble, que en los Etruscos tiene el nombre de *lasa*, registraba las acciones de aquel del cual se encontraba detrás. Se trata del “cuerpo de la memoria”, cerrado justamente en la forma del hombre y susceptible, tal como se sabe, de manifestarse a través de una visión sin tiempo en algunos momentos de peligro mortal.

⁶ No falta en el puro hermetismo, la apreciación del Hierro. BRACESCO (*Expositione*, Venecia, 1551, pgs. 58-59) comprende por ejemplo en *Marte* el “azufre fijo”; dice que “de Marte depende la perfección del Elixir” que su propiedad no se encuentra en ninguna otra sustancia “puesto que aquel en su óxido supera al fuego, y no es superado por éste, sino que admirablemente se reposa en él, alegrándose de él”. “El cuerpo del hierro es el más fuerte de los cuerpos, y la piedra de los INDI, y la *voluntad* de aquellos es más en aquél que en otro cuerpo, lo que han elegido los sabios.

del apretarse de los ritmos; del mantenerse en la cresta de la ola; del estar en la misma cabeza de la ola. Estos actos del espíritu, sobre el plano del cual yo ahora te hablo, que no es el de las experiencias contemplativas, se te despiertan como almas de acontecimientos guerreros y de certámenes, de los cuales la victoria efectiva puede ser crisma o coronación. No te parezca extraño entonces que toda Victoria adquiriese tantas veces, antiguamente, un carácter sagrado: que en el *Imperator*, en el héroe, en el conductor aclamados sobre los campos de batalla se tuviese el sentido de un brusco manifestarse de una fuerza de orden superior que lo glorificaba ⁷. *Cuando por una conciencia que hoy difícilmente sabrías volver a hallar, lo visible y lo invisible, lo que es físico y lo que es metafísico se conservan en un mutuo paralelismo, una victoria podía ser el cuerpo de un hecho místico y mágico correspondiente que la determinaba a lo largo de los caminos aun abiertos de las energías que van de lo interno a lo externo: la victoria podía ser la visibilidad de una iniciación y de una mística epifanía, que denotaba que en el mismo acto se había cumplido.*

La Furia y la Muerte, que eran materialmente desafiadas por el guerrero, él simultáneamente a ello las hallaba en su interior, en su espíritu, como poderes peligrosos de la naturaleza abismal que emergían desde allí adonde no arriba la conciencia del hombre. Triunfando sobre ellas, se triunfa verdaderamente. Comprende la victoria en un significado posible de inmortalización que es equivalente a la “muerte iniciática”.

Puedes entonces leer adentro de los símbolos de la “muerte triunfal” y de Victorias, o análogas divinidades, las cuales *conducen* hacia los “cielos” a las almas de los guerreros: son símbolos de esta iniciación heroica de la cual la Victoria es la mediadora, la *Janua coeli* a través de la cual se obtiene el pasaje a *otra* vida. Toma el lugar de Hermes conductor de almas, de Myriam, de Sophia, expresándote al mismo tiempo la cualidad especial que posee el temple crudo, viril e inflexible del Hierro, infundido por el espíritu guerrero en la realización.

Ahora quiero hablarte brevemente de un tema particular. Muchas veces

⁷ Uno de los ritos guerreros romanos que, como tantos otros, tenía un contenido simbólico, era levantar al triunfador por encima de los escudos. El escudo es asimilado por ENO a la bóveda celeste –*altisonum coeli cupleum*, y era sagrado en el tempo de Júpiter Olímpico y del sabino Semo Sanctus. El rito así expresaba la elevación del Jefe a través de la Victoria por encima del mundo celeste.

la victoria de un conductor fue considerada en la antigua tradición romana como una divinidad independiente, cuya misteriosa vida se convertía en centro de un culto especial. Y fiestas, juegos sagrados, tiros y sacrificios estaban destinados a renovar su presencia ⁸. La *victoria Caesaris* es un ejemplo de ello.

Si has entendido, ello no debe parecerte absurdo, o supersticioso. Al convertirse en poder de iniciación activa (solar), *toda victoria crea un ente*, que respecto del destino y de la individualidad del hombre mortal, desde el cual se obtuvo, ya se encuentra separada. En tanto fuerza que se rige en sí misma, sin necesidad de materia, ella es virtualmente principio de una influencia eficaz y de una “tradición”, en el sentido mágico y técnico, que tú debes haber ya comprendido.

Tal “influencia” no es “santificante”, sino justamente *triumfal*. Ritos que actúan según las leyes tradicionales de la simpatía pueden atraerla. La acción sacrificial puede darle un cuerpo momentáneo, en el cual se manifieste y se multiplique. El culto institucional hace de ella una “presencia” latente y oculta detrás de una raza, algo que como “fortuna”, energía o inspiración puede agregarse a las fuerzas humanas de la stirpe a la cual pertenece, cada vez que se produzca un estado apto para crear un contacto. Así la celebración del César muerto en Roma se confundía con la de su victoria, y en el César se celebró al “perfecto vencedor”. Son aspectos de la “tradición de los guerreros”, que es efectiva, y tiene un alma suya oculta. Conoce también a ésta, penetra su rito, tanto más invisible, por cuanto más manifiesto. Ello te dará también el modo de entender a Roma.

Roma no conoció el espíritu en las formas místicas o filosóficas, por las cuales la misma siempre alimentó una mal escondida indiferencia; lo conoció sobre todo a través de la *acción* y lo testimonió en instituciones y tradiciones, en donde la acción –sea aun en los *certamina* de los circos– se convertía en un rito simbólico y en un sacrificio; y en la gloria del Imperio.

⁸*Op. Cit.*, pgs. 124, 147, 118.

4) ARVO

EL “ORIGEN DE LAS ESPECIES” SEGÚN EL ESOTERISMO

Al lector no le han faltado ocasiones para darse cuenta de que, entre todos, en un punto las enseñanzas esotéricas tienen un carácter marcado de contra-corriente: en lo que se refiere a la “evolución”.

La “evolución” es una especie de fijación de la mente moderna. Es un verdadero “complejo” que en el medio de aquella “lógica del subsuelo” de la cual ha hablado IAGLA (T. II, cap. II), dirige las mentes de muchos de los que presumen haberse comprometido con el método “científico” y en la investigación objetiva de los hechos. Aquí sería necesario darse cuenta de aquello que también vale para otras cosas: es decir que ciertas posibilidades de entender, de ver y de controlar son el efecto de un cierto cambio de actitud: y no a la inversa, como considera el racionalismo.

Con respecto a la “evolución” puede por ejemplo haber despertado sorpresa lo que ha sido dicho respecto de la tradición hiperbórea. En efecto, la idea de que ya en el período inter-glacial y en el paleolítico pueda haber existido una gran civilización unitaria, a la cual se deben referir los símbolos fundamentales, las raíces de las lenguas y los grafismos de las más antiguas culturas – una idea semejante debe presentarse como revolucionaria con respecto a las opiniones modernas, que se consideraban como consolidadas de una vez por todas sobre bases positivas. Y no es sólo una cuestión del simple evolucionismo en la historia de las civilizaciones: ya comienzan a ser tocados también dominios que forman parte de la ciencia en la cual, en una manera u otra, rige aun hoy la hipótesis darwiniana respecto del origen de la especie y de la descendencia animal del hombre.

Así el problema debe ser enfrentado en bloque. Mencionaré pues aquello que, a tal respecto, dice la enseñanza esotérica, sin entrar en detalles que me llevarían sumamente lejos: además de aquello que con una cierta utilidad, puede ser discutido aquí.

Aun sin detenerme en ello, debo resaltar ante todo que en el mismo campo de la ciencia profana hoy no se trata más del evolucionismo tal

como DARWIN lo había enunciado en su tiempo. La hipótesis darwiniana, desde entonces, ha padecido numerosas críticas y dificultades reales, antes no vistas, que la han obligado a modificarse.

Donde sobre todo se ha mostrado débil es en su intento por deducir la variedad de las especies de un juego casi automático de las condiciones materiales del ambiente, de la selección natural, de la transmisión hereditaria de las cualidades adquiridas. Es en vez el punto de vista “vitalista”, el cual afirma la precedencia y una excedencia de la energía vital del hombre por sobre todas las condiciones, el que ha ido adquiriendo un relieve cada vez mayor. BERGSON se encuentra entre aquellos que han descendido a la palestra en un terreno estrictamente científico en contra del evolucionismo darwiniano, mostrando por cuáles insuficiencias este último deje campo libre a la hipótesis de un evolucionismo de un carácter no más bio-materialista, sino creativista.

Por parte de los mismos biólogos ha sido por lo demás reconocido en qué modo la variedad de la especie resista al intento de aquella deducción simple y lineal de las unas respecto de las otras, que DARWIN había supuesto; ellos han sido llevados a admitir casi unos “saltos” de algunas especies a otras, de modo tal que la hipótesis más en boga hoy es la de DE VRIES, el cual recurre a “mutaciones” internas imprevisibles y esenciales para poder justamente explicar, dentro del esquema del evolucionismo, semejantes saltos.

Ésta sin embargo es una hipótesis como cualquier otra, que interesa sólo por la dificultad que la misma señala, y que en gran parte subsiste también luego de la introducción del concepto enigmático de mutación. Noto de paso que la dificultad encuentra una exacta correspondencia con aquella en la cual se ha encontrado de manera reciente la física, cuando, con la teoría de los “cuanta” (PLANCK) y el principio de indeterminación (HEISENBERG), ha debido detenerse ante cantidades *finitas* de “acción”, sin poderlas explicar ulteriormente y sin poder individualizar un proceso continuo que conduzca de las unas a las otras.

Por lo demás, puesto que, por cuanto modificada y revisada, la hipótesis evolucionista continúa rigiendo en biología, es necesario examinar el fundamento general de la misma. Se sabe cuál imponente cantidad de hechos DARWIN y su escuela han recogido en el campo de la morfología, de la embriología, de la paleontología y de la misma geología. Estos

hechos nadie piensa en negarlos. Donde en cambio es discutible y donde puede indicarse lo arbitrario o, por lo menos, lo unilateral, es en la interpretación, por la cual en el darwinismo estos hechos se convierten en pruebas y corroboración justamente del concepto evolucionista materialista. Sin extenderme más voy directamente al argumento fundamental.

Aun cuando se hubiese arribado a constatar una continuidad de formas y de eslabones, que permiten pasar de una especie a otra, hasta llegar al hombre, con esto queda tan sólo establecida una línea, en la que nadie nos dice en qué sentido ha sido recorrida. Por lo cual, a priori, todo hecho aducido como sostén del evolucionismo podría ser simultáneamente aducido como sostén de una tesis opuesta: de una tesis *involucionista*: ni más ni menos. Es tan verdadero sostener que las especies inferiores son los grados precedentes de las superiores, como sostener en cambio que las mismas sean *involuciones degenerativas* de estas últimas. *La presencia de las estaciones intermedias* (aun cuando éstas sean estaciones de *pasaje* y no de *cruza* o aun de *recomposición*: otras posibilidades en las cuales los evolucionistas no piensan) *no puede decirme por sí sola en qué sentido haya acontecido la marcha.*

He aquí el punto fundamental. Veamos ahora qué se puede agregar.

Comencemos con los pueblos denominados salvajes desde el punto de vista de su mentalidad y de su civilización. ¿Quién es el que nos dice que éstos representan los estadios “primitivos” de la humanidad actual, y no en cambio formas involucionadas y residuales de una humanidad aun más antigua? El hecho de que los salvajes tiendan más a desaparecer que a “evolucionar”, debería hacer reflexionar. Además, se debe considerar que una humanidad “aun más antigua” puede haber sido *diferente*, de modo tal de no dejar rastros allí donde en cambio formas de civilización a nosotros más cercanas se han afirmado y superpuesto: de modo tal de dejarlas en vez precisamente en sus derivaciones degeneradas, pero sin embargo del mismo tronco. Los estudios etnológicos modernos sobre los presuntos “primitivos” han constatado justamente en éstos no un grado inferior de la misma mentalidad, sino *otra* mentalidad, *otra* civilización. A partir de éstas, por “integración”, podemos remontarnos a aquella “humanidad aun más antigua”. Modernos exploradores de la prehistoria, como por ejemplo FROBENIUS y WIRTH, han seguido justamente este método.

Pasando ahora del hombre salvaje al antropoide o al mono, y

suponiendo insuperables los saltos que, luego, se tienen que hacer para alcanzar las otras formas animales como acontece de acuerdo a los esquemas transformistas, se puede decir la misma cosa; hasta poder considerar a muchas especies animales como degeneraciones o degradaciones de formas no-animales aun más antiguas. Nuestro punto de vista es justamente éste. *El hombre no deriva del animal, sino, en todo caso, son varias las especies animales que derivan del hombre en un sentido que ahora trataré de explicar.*

La dificultad principal que implica tal punto de vista estriba en el hecho de que los rastros del hombre se detienen en un determinado período geológico: mientras que los rastros de los animales prehistóricos se continúan hasta períodos mucho más antiguos. Pero este hecho es susceptible de diferentes interpretaciones, para quien sepa considerar con una cierta amplitud la idea de las transformaciones: *que los rastros minerales del hombre sean más recientes, ello podría decirnos tan sólo que el hombre ha sido el último en entrar en aquel proceso, bajo un cierto aspecto involutivo, por el cual es justamente posible que subsistan como fósiles y sean hallables tales rastros.*

El equívoco acerca del hombre “habitante de las cavernas” viene de no haber reflexionado en que es algo natural que en las cavernas se encuentren rastros antiquísimos, los cuales, a causa de factores múltiples, no han podido conservarse en otro lado. La idea de la aparición reciente del hombre sobre la tierra se basa en un descuido del mismo tipo. No solicito que se admita sin más el descenso del hombre de los cielos: basta tan sólo superar el concepto, no digo material, sino tan sólo *mineral* de la corporeidad; basta con pensar en la posibilidad de que un cuerpo cuyo elemento más físico (el que hoy es el sistema óseo) haya estado compuesto de una sustancia no susceptible de conservarse a través del proceso de fosilización, para permanecer indiferentes ante el hecho de la falta de rastros en los períodos geológicos más remotos, y poder admitir la existencia de estirpes humanas primordiales (de las cuales los antropoides serían las primeras materializaciones degeneradas) coexistentes dentro de formas aun más avanzadas del proceso involutivo, las cuales estarían representadas por los más antiguos animales de la prehistoria. Este concepto no tiene en sí mismo nada de absurdo. Análogicamente, toda manifestación tiene forzosamente un carácter inverso: aquello que se encuentra más en el origen, más en lo

interno, más en el centro, no puede sino ser lo último en aparecer en el movimiento hacia lo externo¹. Y en el centro y en el origen, según la enseñanza esotérica, se encontraría justamente el Hombre.

Este Hombre, naturalmente que no coincide con el hombre de hoy en día: pero tiene correspondencia con él en el sentido de que el hombre actual puede considerarse como la manifestación más aproximada y la descendencia más directa del Hombre primordial. En cuanto tal, el mismo representa el origen, el eje, mientras que las otras especies representan direcciones laterales o divergentes, por no decir subproductos.

Con una imagen ya utilizada por EA, puedo quizás indicar mejor aquello que de otro modo para ser comprendido requeriría un gran giro de conceptos.

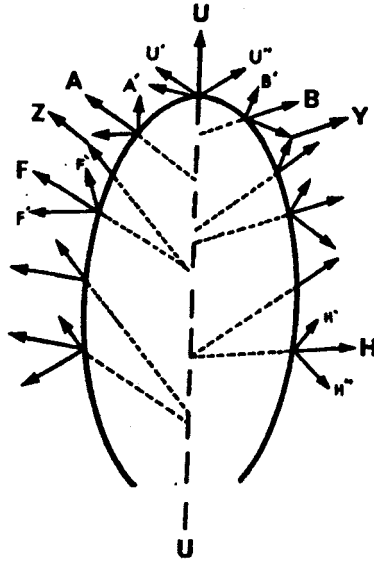
Imaginemos algo así como un asalto, como una empresa de conquista. Un grupo de fuerzas, concentradas en una unidad, enfrenta el peligro, se dirige hacia la meta. Se establece una lucha. En el frente descubierto los unos comienzan a caer, los otros avanzan. Se halla resistencia, comienza el combate cuerpo a cuerpo. El ímpetu originario comienza a declinar. Pocos logran mantener la dirección originaria, como en un repliegue ellos dejan detrás de sí, dispersos, detenidos, sacrificados o abatidos, a la mayor parte de aquellos con los cuales se encontraban juntos en el comienzo de la empresa. El grupo de sobrevivientes se mantiene firme, avanza todavía: siempre combatiendo, arriba a abrirse una brecha, alcanza finalmente la posición que era la meta de la empresa, la conquista, la mantiene, planta en ella su propia bandera. Detrás, en todas las otras direcciones, yacen los tentativos abortados, frustrados, detenidos en vías sin salida, de esa misma voluntad.

Se entienda ahora como “conquista” el logro del estado físico de existencia en las condiciones actuales por nosotros conocidas; se comprenda que los que han desembocado son los hombres y que los otros, que se han replegado o se han desviado, son las varias especies animales. El hombre, cual hoy es conocido, expresa la forma en la cual se conserva y se mantiene de pié, en la condición de la materialidad, la estirpe de una humanidad primordial, en la cual al principio varias especies animales estaban

¹ Esto acontece por lo demás también en todo proceso *finalista*: el *fin* precede como *idea* a todas aquellas condiciones que son necesarias para llevarlo al acto, y como *realidad* se le aparece al hombre en último término, luego de éstas.

comprendidas, comprendidas no por cierto en las formas que hoy se nos aparecen, sino en los principios de éstas, las cuales han tomado origen biológicamente de una especialización degenerativa, de una ramificación de la dirección originaria en direcciones divergentes, que expresan cada una el agotamiento de un tentativo, el detenimiento de una oleada de asalto, de la cual aquellos que han sucumbido se han despegado y que ellos han dejado detrás de sí.

Es interesante resaltar que ideas de este tipo se han asomado también dentro de los márgenes de la cultura moderna, sin un vínculo con la enseñanza tradicional. En las obras de E. DACQUÉ hallo por ejemplo una concepción sumamente similar, y un gráfico (que aquí se adjunta) convierte al concepto aquí expuesto en sumamente claro ².



En U, hacia adonde desemboca la dirección central, se tiene al hombre que nosotros conocemos. En A, B, etc. pueden considerarse los tentativos más próximos, por ejemplo, el hombre diluvial, el antropoide, el hombre-mono. Más abajo, y más atrás en los tiempos, se tienen otros esbozos, más elementales y divergentes, los primeros en aparecer en la forma de

² E. DACQUÉ, *Leben als Symbol*, München, 1928, pg. 171.

existencia completamente “densificada” que nosotros conocemos, accesible a la paleontología y cuya zona se extiende en lo exterior de la línea circular marcada en la figura. Los puntos singulares de desemboque sobre esta línea, de los cuales luego parte a su vez un grupo de direcciones y de desviaciones secundarias, representan a los “tipos” de cada una de las especies; y estas desviaciones secundarias (son en la figura las direcciones U’ U”, A’ A”, B’ B”, F’ F”, etc. con respecto a las direcciones U, A, B, F, las cuales continúan también en lo externo la dirección que viene del eje) son las transformaciones que cada especie ha padecido en una lucha parcial, por medio de adaptación, selección, etc.: vale a decir, por medio de los factores a los cuales DARWIN quería reducir el todo. En vez, el pasaje de una especie a otra no acontece en la periferia: en la periferia no pueden verificarse sino *cruzas* (como Z e Y) erróneamente interpretadas por los evolucionistas como “formas de transición. El “pasaje” es en vez determinado por el desprenderse y la afloración de un nuevo ramo que se desplaza desde la dirección central (la cual va hacia el hombre) a la manera de un nuevo impulso al fracasar los anteriores.

Aquí puede también darse cuenta respecto del verdadero significado de otro de los hechos que parecerían comprobar el evolucionismo, que se resume en el enunciado de la ontogénesis, que repite la filogénesis. Que el hombre, en su desarrollo a partir del embrión, atraviere una serie de fases, las cuales tienen una cierta semejanza con las formas de la vida animal, desde nuestro punto de vista quiere decir tan sólo esto: que cada realización humana comprende *en raccourci* y recorre todos los tentativos, cuya posibilidad era comprendida en la estirpe originaria: *pero los recorre justamente sobre la base del impulso originario, que va más allá de todos ellos*; cosa ésta evidente en sí misma, en cuanto un embrión detenido en alguna fase determinada, permanece siempre un embrión humano, no el de un pez o de otra especie animal.

Es en un sentido muy especial, no material, y no valorable para una consideración biológica, que se puede decir que en cuanto la línea central UU pasa por el origen de los diferentes tipos de la animalidad, el hombre, antes de aparecer como tal aquí abajo, vivió en la jerarquía de las formas animales que son manifestaciones terrestres e históricas anteriores al hombre: se trata en vez de aquello que en las antiguas tradiciones místicas correspondía a los “animales sagrados”. En el culto de tales “animales”,

que de manera involutiva y restringida muchas veces se los reencuentra también en ciertos pueblos primitivos, se esconde el recuerdo de este conocimiento, de esta coesencialidad, referida a otros planos o estadios de existencia. Los “animales sagrados” son potencias de vida que formaban parte del hombre primordial y del cual él se ha separado para ir más allá: no son animales en particular, sino las “almas de grupo”, los démones, cuyo cuerpo es la vida en su conjunto de una determinada especie animal – y cada uno de ellos, una experiencia trascendente, agotada y abandonada en el transcurso del pasado a través de una especie de catarsis y de purificación. Pero, tal como he dicho, habiendo ellos sido en el origen partes del hombre universal, y siendo el hombre terrestre la expresión más directa del origen, quedarán relaciones, correspondencias ocultas: aquellas que el esoterismo considera como marcando los miembros, las funciones y las energías del cuerpo humano con los símbolos zodiacales, o con otros equivalentes.

Nuestra figura corresponde en modo aproximado al esquema de un árbol ramificado, que debería ser concebido, en su parte externa, en un continuo movimiento de expansión y de retorno, similar al producido por un corazón: ello, para indicar la aparición de los individuos de cada especie, y su volver a disolverse en las stirpes originarias a las cuales pertenecen, y en las cuales se conserva la voluntad oscura que continúa afirmándose ciegamente en el conato sin salida que la constituyó.

Y como cada uno de estos conatos constituye, menos un factor de caída y de desviación que una aproximación de la voluntad central que sólo en el hombre arriba a realizarse; de la misma manera la humanidad misma es una interminable reiteración de tentativos y de aproximaciones, que sólo en escasísimos hombres arriba a una realización perfecta del tipo. En una cierta manera, la lucha expresada en la precedente imagen está aun abierta: si el hombre representa, por lo menos sobre la tierra, la última posición conquistada, la misma, del mismo modo que la posición más avanzada, es la más difícil de mantener. Los desbandados, los caídos, los desertores, aquellos que, arrastrados por las pasiones animales son nuevamente aspirados y resueltos en fuerzas que los remiten hacia atrás, a través de contactos con las fuerzas ocultas de la animalidad, son innumerables.

La doctrina de la metempsicosis adquiere aquí su justo significado. La misma es verdadera, en el sentido de que es real la posibilidad de un proceso involutivo, por el cual no se tiene –como en la interpretación

vulgar— el pasaje del alma de un hombre en el cuerpo de un animal en particular: sino que en vez se tiene su reabsorción en el ente o arquetipo que constituye la matriz de los nacimientos animales de una determinada especie cuya dirección oculta sea afín a la que ha informado toda la vida de un tal hombre.

Recordando lo que ha sido dicho sucesivas veces en esta páginas, se puede considerar que, también aparte de tales “sacrificios” de los hombres a los “animales sagrados”, existen otras posibilidades y ámbitos de reabsorción. En general, la medida en la cual la vida humana acoge influencias colectivas, marca también la de la reabsorción y del refundimiento en la matriz de la humanidad, sirviendo el sujeto como materia para otros intentos, para otros golpes, que en mayor o menor medida podrán acercarse al centro del blanco.

A tal propósito, muchas cosas se podrían decir, para precisar la concepción esotérica acerca de la inmortalidad condicionada y acerca de la reencarnación; como también, para interpretar correctamente fenómenos como los de ciertas “herencias”: las cuales —lo menciono de pasada— no tienen como base la transmisión de individuo a individuo, sino en vez una especie de “costumbre” contraída por el “*genius*” o “*manes*” de una determinada estirpe: por lo cual cada individuo que se aparta de ella lleva cuanto más un determinado atributo característico que remite a una influencia colectiva.

Quizás se me presentará la ocasión para agregar algo más sobre esto. Aquí me queda para concluir por decir que la terminología aristotélico-escolástica, para la cual el “género” es la *materia* y el individuo es la *forma* —por lo cual cuanto mayor es la individuación, mayor es también la forma y perfección— es aquella que mejor refleja nuestras ideas.

Todo lo que en la vida es aun colectivo, es aquello que a su vez existe en el hombre como aun incumplido. Separándose de todo lo que no es él mismo, individualizándose en modo absoluto en forma tal de no ser sino él mismo, y tan sólo él mismo, el hombre va más allá del destino del renacimiento, puesto que cumple el fin del mismo renacimiento. Sin más oscilaciones y desviaciones, él entonces encarna la pura dirección central, de modo tal de “no tener más démones” y de hacer una sola cosa en la tierra con su “idea” y su “Nombre”.

VI

1) VARIA

ALGO MÁS SOBRE LA SUPERVIVENCIA. ACERCA DE LOS PACTOS, EL MIEDO Y OTRAS COSAS.

Algunos lectores han permanecido más bien desconcertados con respecto a las doctrinas iniciáticas de ultratumba expuestas en estas páginas. La concepción de la “descomposición de los mixtos”, la reexhumación casi de la antigua concepción del Hades, del cual hay que escapar para convertirse verdaderamente en inmortales, sería en verdad un privilegio de pocos, por ende la negación de la corriente cristiana acerca de la cual el alma de cualquier ser humano sería ya de por sí inmortal, habiendo tan sólo que esperar en el más allá las sanciones para su conducta en la tierra (medida en relación a la moralidad y a los mandamientos divinos): toda esta temática parece pues sumamente incómoda.

Esto sin embargo no impide que la misma corresponda al punto de vista de la *realidad*, mientras que las mencionadas reacciones obedecen tan sólo a sentimientos o a confusiones intelectuales, la principal de las cuales es la existente entre inmortalidad en sentido propio absoluto y lo que en cambio es una supervivencia aproximativa.

Si nos quisiéramos poner a ironizar, podríamos preguntarnos si, de pensarlo bien, fuese en verdad alentadora la idea de que todas las personas sobrevivan, *por toda la eternidad*, con todo aquello que es y que corresponde positivamente a su Yo, a su personalidad real individual, quizás con aquellos comercios entre “espíritus” que retoman en el más allá las *routines* sociales terrenales, de las cuales SVEDENBORG ha hablado en un tal grotesco visionarismo que convierte en escépticos también ante otros aspectos de esta personalidad, muchas veces aun valorizada en ambientes de espiritistas. Pero también siguiendo las ideas esotéricas acerca de la descomposición de la unidad personal (unidad, por lo demás, sumamente relativa en los más), podría haber unas *fiches de consolation*, el caso podría no ser tan desesperado. Siempre con malicia, insinuaremos que algún “pedazo” del Yo, como complejo psíquico, dinámico y mnemónico puede

también sobrevivir, por un cierto tiempo – no demasiado, pero lo suficiente en todo caso para tomarse la satisfacción de conmovir a algún conglomerado de buenos espiritistas; para introducirse en el “espíritu” (*sit venia verbo*) de alguna solterona anglosajona e inspirarle “revelaciones” más que suficientes como para fundar algún nuevo grupo “espiritualista”; capaz de asombrar a los psicólogos de profesión dando lugar, a través de un injerto psíquico, a los *enfants prodige*, a los calculadores milagrosos, a los caballos parlantes, a los autoescribientes, a aquellos que “se acuerdan” de las pasadas reencarnaciones; de molestar, en fin, a aquellos que hubiesen ido a habitar el lugar vinculado a alguna pasión suya suficientemente comprendida (casas *hantées**), por cuanto se encuentre sin la posibilidad de perpetrar, de parte de ese “pedazo” del Yo, actos pecaminosos del tipo de aquellos de los cuales se hizo en vez culpable el primer ángel descendido en la “*Revolte des Anges*” de ANATOLE FRANCE.

Pero dejando a un lado la ironía, doctrinalmente deben considerarse posibilidades intermedias entre los dos extremos: entre la inmortalidad absoluta del adepto que obtiene la Gran Liberación y, helénicamente del “Héroe” que toma residencia en los Campos Elíseos – y la suerte que en la ultratumba debe esperarse aquel que en la tierra haya conducido una vida vinculada únicamente a la materialidad, a las pasiones y a los instintos. Se pueden admitir grados intermedios, y en tanto no se quieran hacer valer simples sentimientos y vacías esperanzas, sino que se piense objetivamente, debería resultar obvio que la condición para estas posibilidades intermedias está constituida por la medida en la cual en el propio pensar y querer se haya ya realizado, viviendo *objetivamente* (este “objetivamente” debe ser subrayado), un cierto desapego respecto del compuesto individual naturalista que tiene como base al cuerpo y a la experiencia del mundo físico.

Tomemos alguno de estos casos intermedios. Hombres, cuya vida en su totalidad y cuya conducta haya sido férreamente dominada por un único ideal, por ellos puesto por encima de la propia persona, y al cual ellos han subordinado instintos, afectos, felicidades – éstos, sin saberlo, han creado indirectamente una cierta base objetiva para la supervivencia. La naturaleza y el valor de aquel ideal, tal como se entiende, importa poco: importa sólo que el mismo haya tenido el poder de efectuar una cierta “autotrascendencia”. Sobre esto ya se ha hablado (T. I, cap. V, pg. 147)

* Casas encantadas.

Otro caso es la entrega. Típicamente, una mujer que se haya entregado totalmente a otro, en una relación de amor y de sacrificio, en un “vivir para él” o un “*encenderse por él*”, ha ya alimentado una “trascendencia”, que puede ayudarla a conservar una continuidad en aquella “alteración”, que es la muerte – y de este modo asegurarse un grado efectivo de supervivencia. Se diga lo mismo con respecto a una análoga relación referida en cambio a Dios – no con palabras, preces y devociones, sino con un impulso y en una referencia constante que lo ponga por encima de toda otra cosa. También aquí es necesario mantener el punto de vista objetivo: no interesa si “Dios” existe como una teología teísta lo concibe. Lo importante no se encuentra en el objeto de la entrega o en los fundamentos tradicionales de una fe: se encuentra en vez y sólo, en el *hecho* de una orientación que determina en la conexión oculta del ser humano una cierta modificación estructural eficaz en lo relativo a la muerte.

Otro caso es la conversión en un punto de muerte. En el estado de extrema inestabilidad psíquica debida a los sentimientos que irrumpen ante la aproximación de la muerte, el acto de concentrarse absolutamente, o de creer desesperadamente en un punto de luz, que como “Dios” es la imagen misma del estado trascendente¹, puede tener el efecto de una iniciación y *despegar* la conciencia de aquel apoyo, del cual, con la disolución del cuerpo, la misma de otro modo podría participar del destino.

Para superar el esquematismo de una alternativa demasiado rígida, la mención a estas perspectivas podrá bastar. La supervivencia, pues, asegurada integralmente por la iniciación (por la iniciación que se alcance, por supuesto), puede también ser conquistada parcialmente, sin un explícito propósito para ello, a través de modos de vida y actitudes que indirectamente determinan ciertos procesos sutiles –modos de vida y actitudes que presentan incluso un tinte idealista: la entrega completa a una idea, a otro ser, a “Dios”, sea durante la vida, como en el momento extremo– son pasos que conducen a formas intermedias situadas entre el “reino de los muertos” y la “isla de los Héroeos”.

+

¹ A tal propósito, se revela el comentario sobre el “*Libro del muerto tibetano*” en el T. II, cap. 4 (“La conciencia iniciática en el *postmortem*”).

En relación una vez más con la doctrina de la ultratumba, queremos hacer mención de un texto clásico poco conocido, que se encuentra entre los más explícitos en relación a tal tema, tal como nosotros lo hemos tratado ya (T. I, cap. 5). Es un tratado menor de PLUTARCO que se titula *De facie in orbe lunae*.

Aquí la base es la tripartición del ser humano en cuerpo, alma y mente. Como alma debe ser comprendido el conjunto de las facultades afectivas e intelectivas del hombre común, mientras que como mente (*noûs*) se debe considerar propiamente el principio supranatural de la personalidad, que raras veces aflora en la vida común, de modo tal que puede decirse que, si el hombre sabe del alma, casi ignora del todo qué es el *noûs*, el espíritu en él. Mientras que la naturaleza del alma es *lunar*, la del *noûs* es *solar*, uránica.

Con tal presupuesto, PLUTARCO nos refiere la doctrina según la cual para el hombre hay *dos muertes*. La una acontece sobre la tierra y en el reino de Demetra, siendo aquella que se verifica cuando el cuerpo se separa de los otros dos principios y vuelve, como cadáver, a la Madre Tierra, de la cual, según esta interpretación, Demetra es la diosa. En una fase sucesiva sin embargo interviene la disociación del conjunto almanente; tal es la *segunda muerte*, que no acontece sobre la tierra, sino, simbólicamente, en la luna y bajo el signo de Perséfone: el alma misma entonces se separa del principio propiamente espiritual y suprapersonal, del *noûs*, y es reabsorbida en la sustancia vital cósmica, que debe entenderse propiamente como la que es raíz de las existencias caducas sujetas al destino de muerte y de renacimiento en el “ciclo de la generación”. En efecto, la enseñanza referida por PLUTARCO tiene una exacta correspondencia con la hindú, la cual lo especifica en el sentido de oponer al destino de aquellos que van más allá el destino de aquellos para los cuales la segunda muerte representa en un cierto modo el final – el final de la existencia individual. Esta segunda posibilidad se vincula al denominado *pitr-yâna*, por igual vinculado, en la enseñanza hindú, al símbolo lunar, a la sede de la luna; aquellos que recorren esta vía obtienen la “sede de la luna”, en la cual son reabsorbidos en las estirpes de nuevos nacimientos caducos.

La reabsorción del “alma” y por ende la cesación del principio conciente individual de naturaleza simplemente humana puede requerir también un largo tiempo. PLUTARCO dice que en la “luna” –es decir en esta fase de

existencia intermedia que precede a la segunda muerte— el alma puede conservar, a la manera de recuerdo y de sueños, todo aquello que formó parte de su existencia terrestre. Y no sólo ello, en ésta pueden continuar a actuar tendencias, pasiones, impulsos, cuando éstos tuvieron una especial intensidad en seres sumamente apegados a la tierra y a la vida. En tal caso la reabsorción del alma bajo en signo de Perséfone es retrasado. Ello constituye una circunstancia favorable para aquellos para quienes la segunda muerte es el término de su itinerario póstumo, puesto que les asegura una cierta supervivencia individual. En vez, para aquellos en los cuales la disolución del *noûs* respecto del alma, el purificarse del primero respecto de la segunda, representa la condición para ir más allá, ello significa una detención, un vínculo, condicionando la segunda muerte la consecución de la liberación, del “renacimiento en lo alto”. Con la nueva disociación, que le corresponde, el principio puramente intelectual pasa más allá de la esfera lunar, lo cual vale como a decir la esfera del cambio, de la “alteración”, del devenir, y se integra en el principio que es coesencial a su naturaleza, simbolizado por el sol. Puesto que solar, tal como se dijo es la naturaleza del *noûs*, lunar es la del alma. Aquellos que arriban a una tal realización son denominados por PLUTARCO como los “vencedores”, para quienes les resulta propia la “corona de los iniciados y de los triunfadores”.

En esta ocasión se debe resaltar que la distinción ontológica entre alma y espíritu (*noûs*), que, como se ha visto, es de importancia capital en la doctrina esotérica, ya en uno de los primeros Concilios ha sido rechazada y condenada por el catolicismo, el cual se detuvo en la dualidad alma-cuerpo. Ello si bien la distinción ya mencionada hubiese sido admitida en la primera patristica y se asome también en SAN PABLO (por ejemplo en *Hebreos*, IV, 13). Por lo demás, sin referencia a la misma no hay ni siquiera la posibilidad de comprender lo que de real puede haber en el mito católico del “purgatorio”, correspondiendo esta sede en forma aproximada a la existencia intermedia que, para los que van más allá de la segunda muerte representa una fase de catarsis, de consumación de los residuos de “alma” que envuelven y detienen al *noûs*, el principio espiritual solar.

Cuánto sea peligroso en general no distinguir el alma del espíritu, ni siquiera vale la pena ponerlo de relieve: ello abre las vías a todo tipo de contaminación humanizante y a toda prevaricación del sentimiento, hasta hacer perder todo sentido de lo que trasciende a la esfera vinculada por los

antiguos con el símbolo lunar. Por lo demás, nace a través de esta vía el equívoco respecto de la inmortalidad del alma – equívoco, decimos, porque el alma como tal no es inmortal, sino mortal. Además surge aquella confusión entre el dominio afectivo psíquico y sentimental, y el orden verdaderamente espiritual y sobrenatural, que es característica en grandísima parte de la mística cristiana.

+

No se encuentra totalmente privado de relación con aquella “ley de los entes”, sobre la cual IAGLA ha retornado en el anterior capítulo, lo que aun se refleja en creencias populares acerca de los “pactos” por medio de los cuales uno se vincula con las potencias invisibles, en su comercio con las mismas.

¿Qué es lo que puede haber de positivo en cosas de este tipo? Desde el punto de vista de los principios, nos podremos referir a una baja magia que tiene relación con el mundo de las pasiones. La premisa es la idea, conocida por nuestros lectores, de que toda pasión humana tiene su “demon”, es decir: lo que en el hombre se manifiesta como pasión, existe también objetivamente, como una fuerza suprapersonal. Tal fuerza es ubicua y unívocamente calificada: el demon de una pasión no *tiene* aquella pasión, como un hombre que puede también no tenerla o tener otras – sino que él *es* aquella pasión: todo su ser *está hecho* de ésta.

Cuando un hombre alimenta una pasión, el “demon” correspondiente aflora en él, busca mezclarse en su alma como el vino con el agua. Las pasiones de los hombres constituyen la vida de los démenes, que se alimentan de ellas, en sentido literal; y por tal camino tienen manera de tomar cuerpo (expresiones comunes como: “En tal se encuentra la *encarnación* del odio, del amor, de la avaricia, etc.” son muchas veces de una exactitud literal), de la manera como lo solicita su sed. Encender en sí una pasión y adherir a ella es, ocultamente, *evocar*: el propio “cuerpo de vida” por simpatía entra en relación con un determinado orden de vibraciones y espontáneamente se dispone como instrumento para la manifestación y la acción del demon.

No sabiendo nada de la dinámica secreta que actúa en los estados “afectivos” del ser humano, tales ideas parecerán extravagantes para la

mayoría. Los que en cambio tienen ojos comprenden, sobre tal base, ciertas posibilidades, que aun hoy se manifiestan esporádicamente en la magia de las campañas. Aquel que brama por la satisfacción de una pasión propia, y acude para ello a medios extra-normales, si no tiene la “dignidad” requerida para operar con su sola fuerza, recurre a quien, por la ley misma del propio ser, tiene todo el interés en que la pasión sea satisfecha: al demon correspondiente. Se trata de hallar un método cualquiera para *abrirle* enteramente el “cuerpo vital”: en este cuerpo se establece entonces la relación con una fuerza que, siendo libre de las condiciones del cuerpo físico, puede mediar varias posibilidades extranormales.

Los modos de este contacto pueden ser sumamente variados, incluso dramatizados por apariciones, aparatos ceremoniales, órdenes, firmas de sangre, etc. – pero el concepto permanece siempre el indicado aquí.

Por lo tanto, el hecho mismo de tal conjunción en el “cuerpo vital” crea el *pacto* y da un cierto significado a la expresión popular, de que el precio del pacto es un “ceder la propia alma”. No excluyendo, también por esto, la posibilidad de dramatizaciones, que sin embargo permanecen como puramente simbólicas, el significado es: que la relación establecida en el cuerpo de vida, en especial si se encuentra “sellado” con una fórmula de potencia, constituye una verdadera y propia *intoxicación* oculta, que tiende a expandirse. La satisfacción extranormal de una pasión la multiplica fatalmente, ello porque la “apertura” que la misma ha requerido ha llevado al demon adentro de la “vida” de aquel hombre en una medida de otra manera no posible. Así en el límite, se puede decir que una tal persona no vive más para sí misma, sino para aquel que ha invocado: o se da cuenta, aterrorizada, de la “obsesión” de la pasión que se enciende y contra la cual la misma puede poco hacer, o bien se convierte en su instrumento, de modo tal de convertirse verdaderamente en la “encarnación” de un demon.

Al “tomar un alma”, por lo tanto, no se debe ver nada más que el impulso natural de una fuerza que no tiene cuerpo y que brama por tener uno; que no tiene una conciencia y que brama por asumir una para poderse manifestar sobre un plano en una condición de existencia que, en una cierta medida, le está excluida. Así, en rigor, no se puede hablar de una intencionalidad y de “maldad”: la acción procede de la “naturaleza propia” de una cierta categoría de seres incorpóreos.

Todo esto sin embargo se encuentra al margen de la “magia negra”.

+

Toda idea agregada a un estado afectivo modifica el ritmo del “cuerpo de vida” y lo sintoniza, según la propia naturaleza, con este o con aquel campo de influencia oculta. Aquel que se entrega a prácticas esotéricas, debe ser conciente de este hecho.

Así pues el *miedo* “abre”, del mismo modo que el *deseo*. Por ejemplo: una persona sabe de una acción mágica dirigida en contra de ella: de maldición, de odio, de encantamiento. Si ésta “cree” en ello, y comienza a tener miedo, facilita grandemente aquella acción. Un espíritu “positivo” al constatar efectos reales diría naturalmente que ha sido la “autosugestión” la que los ha creado. En los casos de los cuales hablamos, ello es muy superficial. Se trata de otra cosa: el pensamiento de la posibilidad del efecto amenazado, por medio del estado de temor, ha abierto el mismo la puerta a la acción *objetiva* del adversario: el mismo ha infundido en el cuerpo sutil una vibración en simpatía con la de la acción misma. No ha *determinado* el resultado (tesis unilateral de la autosugestión, que por lo demás fracasa cuando los efectos arriban a embestir también al mundo externo), sino que ha *conducido* la fuerza que lo produce y que quizás, de otra manera, habría también podido no hallar la vía para arribar a tanto.

2) EA

ACERCA DE LO “SAGRADO” EN LA TRADICIÓN ROMANA

Ya en 1929 salió publicado un libro de VITTORIO MACCHIORO titulado *Roma Capta. Ensayo acerca de la religión de los Romanos*, un libro realmente notable por la seriedad de su documentación, por la claridad de la exposición y por el sentido vivo de la tragedia en la cual se encontró envuelta la antigua tradición sagrada de los romanos. Nosotros por cierto disentimos en más de un punto con la interpretación de MACCHIORO. A MACCHIORO, como a casi todos los historiadores de la religión contemporáneos, les faltan aquellos puntos de referencia doctrinarios y tradicionales, que son los únicos que permiten comprender la esencia positiva de lo que puede referirse a formas premodernas de espiritualidad. Sin embargo él, en su libro, nos ofrece mucho material ya parcialmente organizado, utilizable para el que quiera explorar en profundidad el mundo de la espiritualidad romana anterior al período en el cual influencias extrañas la alteraron. Nosotros mismos nos serviremos de él en este ensayo, con la intención de esclarecer otros aspectos de la tradición romana, además de los que ya lo fueran en las anteriores monografías.

En relación a los Romanos de los orígenes SALUSTIO utiliza la expresión “*religiosissimi mortales*” (*Cat.*, 13) y es de CICERÓN el dicho de que la civilización romana antigua fue aquella que, por su sentido de lo sagrado, superó a todo otro pueblo o nación, *omnes nationesque superavimus* (*Har. Resp.*, IX, 19). Éstos y muchos otros testimonios hallables en toda una serie de antiguos escritores, si bien constituyen una decidida desmentida de las posturas de quienes de la civilización romana ven y valorizan tan sólo los aspectos civiles, políticos y jurídicos profanos, no debe sin embargo hacer nacer equívocos en cuanto al uso, del término “religión”. En efecto, la “religión” primordial de los Romanos, la tradicional y vinculada a los mismos misteriosos orígenes de la “ciudad sagrada”, tiene muy poco que ver con lo que hoy se comprende comúnmente con una tal expresión.

Primer punto. En la “religión” romana primigenia falta casi totalmente la *personificación de lo divino*, hasta incluso una ausencia de las mismas

imágenes del culto. El Romano antiguo, en general, alimentó una fundamental aversión hacia el pensamiento a través de imágenes. De aquí, en el dominio profano, una de las razones del desprecio con el cual el artista era reputado entre los Romanos antiguos, su originario orgullo de tener como propio otros ideales, que no el de crear imágenes o esculpir mármoles. De aquí, en el dominio de lo sagrado, la inexistencia, en la primera romanidad, de una mitología del tipo de la que suele denominarse como de la *decadencia* griega. Mucho menos el Romano conocía a los dioses como abstracciones filosóficas, como conceptos teológicos, como hipótesis especulativas. En la realidad romana el pensamiento, tomado en este sentido, tuvo un lugar tan escaso como el exteriorismo de las artes figurativas.

Por lo tanto ni como “pensamiento”, ni como mundo mitológico, y ni siquiera como hipótesis de los apoyos de una simple fe, el Romano conoció lo divino. El Romano conoció lo divino como *acción*. Antes que la del *deus*, era viva en él la sensación del *numen*: y el *numen* es la divinidad comprendida menos como “persona” que no como poder, como principio de acción; es el ente, del cual no interesa la figuración (cuanto más el Romano de los orígenes utilizaba objetos simbólicos para representarse a los *numina*: la lanza, el fuego, el escudo, etc.), sino que interesa la acción positiva. Sobre tal base, puede bien decirse que la antigua “religión” de los romanos tuvo un carácter “experimental”. SERVIO, en su comentario de la *Eneida* (III, 456), pone en evidencia este punto diciendo que los Romanos antiguos, los *maiores nostri*, remitían la totalidad de la religión no a la fe, sino a la *experiencia*: *maiores enim expugnando religionem totum in experientia collocabunt*. A lo cual se puede agregar el testimonio de LACTANCIO (*Inst. div.*, IV, 3), el cual nos informa que la “religión” romana no tenía el fin de buscar la “verdad”, sino sólo el de conocer el rito: *nec habet inquisitionem aliquam veritas sed tantummodo ritum colendi*.

Se puede pues hablar con derecho de una *concepción-intensiva de lo sagrado*, específicamente romana. El Romano antiguo parece que conservara aun una tal adhesión hacia la esfera de la esencialidad, de excluir de sus tradiciones originarias toda forma fantástica y mitológica de percepción suprasensible. Nosotros sabemos bien que las mitologías tradicionales, con sus diferentes figuras, no son creaciones de la fantasía humana, sino sistemas de formas en los cuales la fantasía, con sus imágenes,

traduce, corporiza, dramatiza experiencias suprasensibles. Pero nosotros sabemos también que estos modos de una experiencia mediata y mitologizada son inferiores con respecto a una experiencia directa y absoluta, es decir sin formas y sin imágenes: muda, esencial. Y justamente esto parece que fuera el nivel de la concepción romana de lo sagrado. En esto se puede ver el coherente correlato sacral de aquel realismo, de aquella intolerancia por lo inesencial, lo superfluo, lo sentimental y lo subjetivo, que en los tiempos primeros fue siempre una consigna romana sobre el plano ético, político y social. Y puesto que en el desprecio romano por los estetas y los “filósofos” se escondía la conciencia de un *ethos* superior, aquel íntimo estilo de vida directamente poseído que hizo decir al primer embajador de una Hélade ya en decadencia de haberse hallado en el Senado Romano, no en medio de una reunión de bárbaros, tal como él había temido, sino casi como en un “concilio de reyes”, – igualmente en la aparente pobreza del culto romano originario, en su formas secas y desnudas, ajenas a cualquier misticismo y patetismo, a cualquier oropel fantástico y estético, tenemos algo superior a las exuberantes creaciones mitológicas y teológicas de otras civilizaciones, tenemos algo misterioso y poderoso, que en su grandeza se hace a duras penas concebible: un hábito de lo *primordial*.

A la concepción del dios como *numen* le correspondió, en la Roma antigua, la concepción del culto como *puro rito*. El rito acompañaba cualquier aspecto de la vida romana, sea individual como colectiva, sea privada como política, sea de paz como de guerra. La más antigua religión romana se vincula a los denominados *Indigitamenta*. *Indigitare* significa aproximadamente, invocar. Los *Indigitamenta* eran un tratado en el cual estaban fijados los nombres de los varios dioses y las ocasiones en las cuales cada uno de éstos podía ser evocado eficazmente, de acuerdo a su naturaleza propia y, por decirlo así, su jurisdicción. Estos nombres eran pues *nomina agentis*, es decir, no tenían un origen mitológico, sino práctico. Ellos encerraban también relaciones misteriosas que retomaban la antigua idea, según al cual el nombre contiene, en una cierta medida, el poder, el alma de la cosa nombrada y evocada. Es característica la fórmula romana que siempre acompañaba al rito: “*Yo siento que estoy nombrando*”. Ella expresa la conciencia profunda del acto, su responsabilidad, la participación en el aspecto “fatal” del mismo, que podrá transformarlo en un mando

para lo invisible.

No rezos o dogmas, pues, sino ritos. Con el rito tenían comienzo y fin las relaciones del Romano con lo sagrado. “La “religión” romana –escribe MACCHIORO– no tuvo nunca un contenido teórico ni ético, ni metafísico, no poseyó nunca, ni quiso poseer, un conjunto de doctrinas sobre Dios, sobre el mundo o sobre el hombre: ella se agotaba en el rito. Afuera del rito no había religión, ni buena ni mala, ni verdadera ni falsa. Cumplir exactamente con el rito significa ser religioso. Aquel que falsifica el rito, sale de los límites de la religión, por más pura y sincera que sea su intención, y cae en la superstición”.

La determinación del *rito verdadero*, es decir, eficaz, adecuado, determinante, constituyó por lo tanto el centro de la “religión” romana. Se tuvo así un *ius sacrum*, es decir “un rito tradicional fijo, el cual coincidía con la religión y que, en cuanto tal, no podía ser cambiado en algo particular sin que fuese destruida la relación con el dios ínsita en la misma ejecución del rito. La más pequeña infracción al *ius sacrum*, aunque fuese por distracción, creaba un *piaculum*, con la consecuencia de que toda la ceremonia tenía que ser repetida. Si el culpable del *piaculum* había cometido voluntariamente el error, entonces la relación de éste con la divinidad quedaba interrumpida para siempre y estaba entonces afuera del *ius sacrum*, *impius* y sujeto al castigo divino; si el *piaculum* era involuntario, entonces se restablecía la relación con un sacrificio expiatorio”. Con respecto al “castigo divino” y a la “expiación”, es necesario entender de qué se trata. No era propiamente un “pecado”, ni un “arrepentimiento”. En un laboratorio, por inadvertencia o imprudencia, se puede haber errado en un experimento. Entonces es necesario repetirlo aun cuando no se hayan padecido las consecuencias de la equivocación, que para producirla puede haber sido suficiente con una minucia. Lo mismo se debe pensar en referencia a la acción ritual. Cuando la antigua tradición romana habla de una persona “fulminada” por haber alterado el rito de un sacrificio, en este “castigo divino” se debe tan sólo ver el efecto impersonal de fuerzas evocadas y mal manipuladas. En cuanto a la expiación o al sacrificio expiatorio, el mismo no tuvo el sentido de un acto moral de contrición, sino casi de una operación objetiva de desintoxicación y de reintegración en lo relativo a quien había abierto inconsideradamente las vías a fuerzas polarizadas en sentido negativo, y tales de disminuir la facultad objetiva

de “evocar” e *indigitare* en la persona del culpable.

En el rito, en la tradición bien definida del rito cual tradición de acción trascendente, tuvo su centro no sólo la vida romana, sino también la grandeza romana. VALERIO MÁXIMO (I, 1, 3) refiere que los Romanos atribuían su suerte a la escrupulosidad de sus ritos. Según LIVIO (XVII, 9), luego de la terrible batalla de Trasimeno no un sacerdote, sino un general, FABIO, dice a sus soldados: “Vuestra culpa es más la de haber descuidado los sacrificios, que no la de haber faltado en coraje y habilidad”. PLUTARCO (*Marc.*, 4) refiere que en los mismos momentos trágicos de la guerra gálica los Romanos “estimaban como de mayor importancia para la salvación de la ciudad que los cónsules practicaran las cosas divinas (los ritos), de que vencieran a los enemigos”. El misterio de los orígenes quedaba en evidencia: “Roma no habría podido adquirir tanto poder si, en alguna manera, no hubiese tenido un origen divino, tal de ofrecer a los ojos de los hombres algo de grande y de inexplicable” (PLUTARCO, *Rom.*, I, 8). Como un último eco de esta verdad, JULIANO EMPERADOR (*Contra Eracl.*, 222 c) no hesita en decir que al conocimiento ritual de los dioses él no le sabría contraponer “ni siquiera el dominio de todos los países bárbaros, puesto junto a los romanos”.

Quien no logra ver el viril, árido esplendor de esta espiritualidad para hallar casi inexistente toda “intimidad religiosa”, todo sentimentalismo y toda especulación teológica en este mundo hecho de *numina* y de ritos, puede ser llevado a definir como un “primitivismo mágico”, casi de pueblos salvajes, la concepción romana del mundo. El mismo MACCHIORO parece ser casi de esta idea. Pero los lectores saben ya cuánto basta para prevenir tales incomprendiones. Ellos saben que si la “magia” puede también haber sido una antigua ciencia tradicional de tipo no demasiado elevado, que los mismos romanos en más de una oportunidad prohibieron, sin embargo la misma no puede sino marcar una orientación espiritual que se encuentra respecto de lo “religioso” (en el común sentido devocional del término), así como lo masculino se encuentra respecto de lo femenino, como lo “solar” se encuentra respecto de lo “lunar”. En cuanto luego a los salvajes, los lectores saben por igual que los mismos representan para nosotros los fragmentos crepusculares de razas y civilizaciones antiquísimas, de las cuales hoy muchas veces se ha perdido incluso el nombre. Y puesto que lo que se encuentra en los orígenes no es lo inferior, sino lo superior, lo más

cercano a la espiritualidad, de la misma manera el hecho de que ciertas tradiciones en los salvajes no sobreviven sino en formas materializadas, bestiales, degeneradas y supersticiosas, no debe impedirnos de reconocer el sentido y la dignidad que compete a ellos una vez que han sido referidos a los orígenes. Ello vale en buena medida para aquello que en los salvajes es “magia” y no brujería. No en formas degeneradas, como en aquellos pobres residuos morénicos, sino en una forma aun luminosa y autoconciente la Roma antigua encarnó aquella espiritualidad originaria, con la que impregnó toda su vida, y sostuvo desde lo oculto su grandeza, justamente a través del rito y la tradición del rito.

Y ahora pasemos a otra característica de la concepción romana de lo sagrado. Ésta es la “*inmanencia*”. Al respecto, no se piense sin embargo en las especulaciones de la filosofía “idealista” moderna. Para explicarnos, comparemos el estilo de la espiritualidad romana con la helénica. Mientras que la segunda se encuentra sobre todo bajo el signo, digámoslo así, *espacial*, la primera se encuentra en vez bajo el signo *temporal*. Por la primera los dioses, objeto de la contemplación pura, viven como esencias eternas en el espacio absoluto del “supramundo”; para el Romano, en vez, los dioses, sin perder nada de su dignidad metafísica, se manifiestan esencialmente – como *numina*– en el tiempo, en la historia, en los acontecimientos humanos, y la más gran preocupación del Romano fue la de arribar a un equilibrio, de propiciar un encuentro de las fuerzas divinas y de las humanas, o bien de hacer que éstas prolongaran o acompañaran a aquellas. Todo el arte augural romano responde a una idea semejante; y puesto que, a su vez, la trama de los responsos augurales y oraculares fue inseparable del conjunto de las gestas de la romanidad, se puede decir que toda la historia romana revistió, para nuestros antepasados, el carácter de una verdadera y propia historia sagrada, de una historia continuamente encubierta en significados, revelaciones, y símbolos divinos. Sólo que todo esto no tenía como correlativa una actitud estática y pasiva, sino una actitud activa, guerrera: puede decirse sin duda que el Romano *hizo* sagrada a su historia, insertándole activamente fuerzas invisibles y actuando unido con ellas.

Un aspecto particular de la “*inmanencia*” se refiere al *símbolo humano*. Se sabe bien que en los orígenes romanos la dignidad pontifical y la regia estaban reunidas en una sola persona; también sucesivamente, y antes de la restauración augústea, en la figura de los cónsules y de muchas otras

figuras típicas romanas, algunas funciones sagradas fueron esencialmente prerrogativa de los jefes políticos. En el campo propiamente sacral se podrían sin embargo hallar ejemplos aun más característicos. Uno lo ha puesto de relieve KERÉNYI. En la Hélade, era la estatua la que simbolizaba en su perfección y plenitud, al dios olímpico. En Roma, el mismo dios tuvo en vez como consagrado un símbolo viviente, el *Flamen Dialis*; esta figura majestuosa y pura, estrechamente vinculada con la idea del Estado, en toda su vida aparecía como un símbolo viviente de la divinidad – de modo tal que se pudo justamente denominarla como “una estatua viva de Júpiter”. Y sea aun en reflejos ya crepusculares, no diferentes significados se conservaron en la edad imperial. Justamente el culto imperial es un testimonio de ello. La figura humana de un dominador encarnaba un símbolo divino.

Mencionemos todavía un aspecto de la “religión” romana, relativo a la ultratumba. En los orígenes, puede decirse que el problema de la ultratumba como problema “religioso” no se le formuló para nada al Romano medio. Virilmente realista, ajeno a toda especulación vana, cerrado a las agitaciones del que espera, del que teme y del que cree, de ello el Romano no se interesaba. Él era capaz de mirar con ojo claro y calmo hasta a la misma nada. No tenía necesidad de perspectivas ultramundanas para dar a la propia vida un sentido y una íntima norma. Así la concepción originaria de la ultratumba en Roma fue sobre todo la de una noche, de un estado sin goce ni sufrimiento: *perpetua nox durmienda* – dice CATÓN; *ultra neque curae neque gaudi locum esse* – son las palabras atribuidas al mismo CÉSAR. El éxito de la filosofía epicúrea retomada por LUCRECIO en Roma, a tal respecto, es significativo. Éste no denota un materialismo, sino nuevamente un realismo. La antigua alma romana reaccionaba en contra del misticismo y del mitologismo importados del Asia y de la Hélade decadente; la misma se reencuentra mayormente en una concepción como la de EPICURO y LUCRECIO, en la cual la explicación según las causas naturales tenía el valor de un arma para destrozarse el terror de la muerte y el miedo por los dioses, para liberar, en suma, a la vida y proveerle una calma y seguridad: mientras subsistía para los mejores, incontaminado, el ideal olímpico de los dioses como esencias impasibles y separadas, de las cuales no hay nada ni que esperar ni que temer y que para el Sabio pueden valer sólo como modelo y límite de perfección.

Pero el problema de la ultratumba no se agotaba en el problema religioso de la suerte del alma individual. El mundo antiguo ha reconocido siempre al hombre como un ente sumamente más complejo de lo que resulta del simple binomio cuerpo-alma, como un ente que comprende varias fuerzas, y primera entre todas las de la estirpe y de la raza, las cuales tienen sus leyes y especiales relaciones con los vivos y con los muertos. *La parte del muerto que se encuentra en relación esencial con tales fuerzas es aquella que sobre todo interesó al Romano*: no el muerto en sí, pues, sino el muerto concebido como una fuerza que subsiste, que continúa a vivir en el tronco profundo y en el destino de una familia, de una *gens*, de una raza y que es capaz de una acción. Y aquí se presentan nuevamente las características de la concepción general romana de lo sagrado: en lugar del alma, un *poder*; en lugar de la intimidad sentimental, la objetividad del *rito*. En efecto el Romano, originariamente, consideró en el muerto no a un ser personal, sino a una energía impersonal, a tratar como todas las otras presentidas como correlatos invisibles de lo visible. Ni los muertos amaban a los hombres, ni éstos amaban a los muertos – resalta FUSTEL DE COULANGES. No había una relación de lamento, de dolor o de piedad, o, por lo menos, esto era algo subordinado y “privado” con respecto al fin esencial, que era de *dirigir* las energías liberadas con la muerte. En modo de que éstas fueran llevadas a actuar en un sentido no de desgracia, sino de “fortuna”.

Ahora se debe considerar brevemente el desarrollo padecido por la concepción romana de la ultratumba. En los orígenes, la misma se resiente del substrato de la espiritualidad de los pueblos itálicos de más baja civilización, el horizonte de los cuales, al respecto, se detenía en la “*vida de los inferos*”: por lo cual se consideraba que los muertos en general se vuelven a confundir con las energías impersonales de la sangre y que sólo a este título, no como naturalezas transfiguradas y transfiguradoras, los mismos continúan estando unidos a los vivientes. Tal es el sentido de la antigua concepción de los *lares*, la que debe decirse menos romana que etrusca. El *lar* es el *genius generis*, es decir la fuerza vital que genera, conserva y desarrolla una determinada estirpe y que, simultáneamente, hace de receptáculo para las energías de los muertos: sustancia en la cual los muertos continúan a vivir y a estar oscuramente presentes en una *gens*. El culto de los *lares*, en su forma originaria, tal como se ha dicho, no es

romano y ni siquiera tuvo carácter patricio. Su origen es etrusco-sabino. El mismo habría sido introducido en Roma por SERVIO TULLIO, es decir por un rey de extracción plebeya. El mitologuema que hace de los lares los hijos de "Manía la muda" o Aca Laurencia, idéntica a la Diosa Dia, y que ve la región propia de ellos no en las alturas del cielo o en un lugar simbólico de la tierra, sino en la zona ínfera, subterránea (FESTO: *deorum inferorum, quos vocant lares*), nos remite a las civilizaciones asiático-meridionales de tipo ctonio y matriarcal. Una particularidad del culto de los lares era que los esclavos tenía un lugar de relieve, es más, era el único en Roma que los tuviese como ministros del culto.

Pero sucedió que el verdadero espíritu romano se manifestó a través de una purificación sucesiva de este culto. De la concepción del muerto que se disuelve en la fuerza oscura y naturalista de los antepasados, se pasa a la del muerto cual "héroe", cual antepasado divino, principio de una herencia sobrenatural que el rito familiar o gentilicio iba a renovar y confirmar en la descendencia. Ya VARRÓN, asimilando los lares a las *manes*, los denomina "espíritus divinos" y "héroes". Desde entonces, la asimilación de éstos a los héroes del culto patricio helénico se hizo siempre más frecuente, y en Roma se reafirmaron también a tal respecto las concepciones fundamentales propias de todas las grandes civilizaciones indoeuropeas de estirpe hiperbórea. CENSORINO y PLUTARCO nos hablan de una dualidad, de un doble "genio", el uno luminoso, el otro oscuro, hasta que, en tradiciones que PLOTINO retomará, el lar es concebido como el alma de aquellos que con la muerte son liberados, convirtiéndose en espíritus eternos. Mientras que el *lar* era originariamente representado por la serpiente, por el ambiguo ánimo de la tierra húmeda, a continuación el mismo asume la figura viril del *pater familiae*, en gesto de sacrificar, con lo que retorna para el lar el significado "regio" ya contenido en la expresión originaria: porque el *lar* equivale al griego *anax*, que quiere decir jefe o príncipe.

Es una concepción aristocrática que corresponderá a la más alta y purificada conciencia de la romanidad. El destino de aquellos que serán sólo sombras del Hades pasa ya en segundo plano. El muerto que queda unido a los vivos no es simple energía vital de una estirpe, sino más bien algo transfigurado, un principio luminoso que por su cuerpo tiene la llama perenne ardiente ritualmente en el centro de la casa gentilicia y que no es una abstracción o un devoto recuerdo, sino una *fuerza*, que actúa en sentido

de salud, de “fortuna” y de grandeza en la descendencia, cuando ésta, fiel a su tradición, por medio del rito mantiene íntegros los contactos.

Se nos revela, pues, un ulterior aspecto de la “inmanencia” romana. La unidad romana de los muertos con los vivos no es sino una forma de la unidad de las fuerzas divinas con las humanas desarrolladas sobre el plano de la acción y de la historia. Nuevamente, la teología imperial irá a representar, con sus genealogías divinas simbólicas, un límite de este proceso. El “genio” de los dominadores es ya una verdadera y propia fuerza del “supramundo” que relaciones misteriosas vinculan a las influencias invisibles de una determinada sangre y al elemento superindividual ínsito, a pesar de todo, en la función imperial.

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| I. - 1) EA - Aristocracia e ideal iniciático..... | 7 |
| 2) BREZINA - Cántico del fuego..... | 15 |
| 3) ARVO - Acerca de un "oráculo aritmético" y los bastidores de la conciencia..... | 16 |
| 4) AROM - Experiencias: La corona de luz..... | 23 |
| 5) DORN - <i>Clavis philosophiae chemisticae</i> | 27 |
| 6) GLOSAS VARIAS..... | 37 |
| II. - 1) EA - La leyenda del Grial y el "misterio" del Imperio.... | 41 |
| 2) HAVISMAT - El instante y lo eterno..... | 52 |
| 3) ABRAXA - Las comunicaciones..... | 57 |
| 4) DIGNIDAD DEL HOMBRE..... | 62 |
| 5) GLOSAS VARIAS..... | 65 |
| III. - 1) APRO - Los ciclos de la conciencia..... | 67 |
| 2) TAURULUS - Experiencias..... | 80 |
| 3) EA - Qué cosa es la realidad metafísica..... | 85 |
| 4) IAGLA - Acerca de la "ley de los entes"..... | 94 |
| 5) GLOSAS VARIAS..... | 102 |
| IV. - 1) PLOTINO - Máximas de sabiduría pagana..... | 105 |
| 2) LEO - Ritmos humanos y ritmos cósmicos..... | 115 |
| 3) EA - Acerca de los límites de la regularidad iniciática.... | 120 |
| V. - 1) NARAYÂNA SWAMI AIYAR - Transmutación del hombre y de los metales..... | 134 |
| 2) EA - Acerca del simbolismo del año..... | 141 |
| 3) ABRAXA - La magia de la victoria..... | 149 |
| 4) ARVO - El "origen de las especies" según el esoterismo... | 155 |
| VI. - 1) VARIA - Algo más sobre la supervivencia. Acerca de los pactos, el miedo y otras cosas..... | 164 |
| 2) EA - Acerca de lo "sagrado" en la tradición romana.... | 172 |

